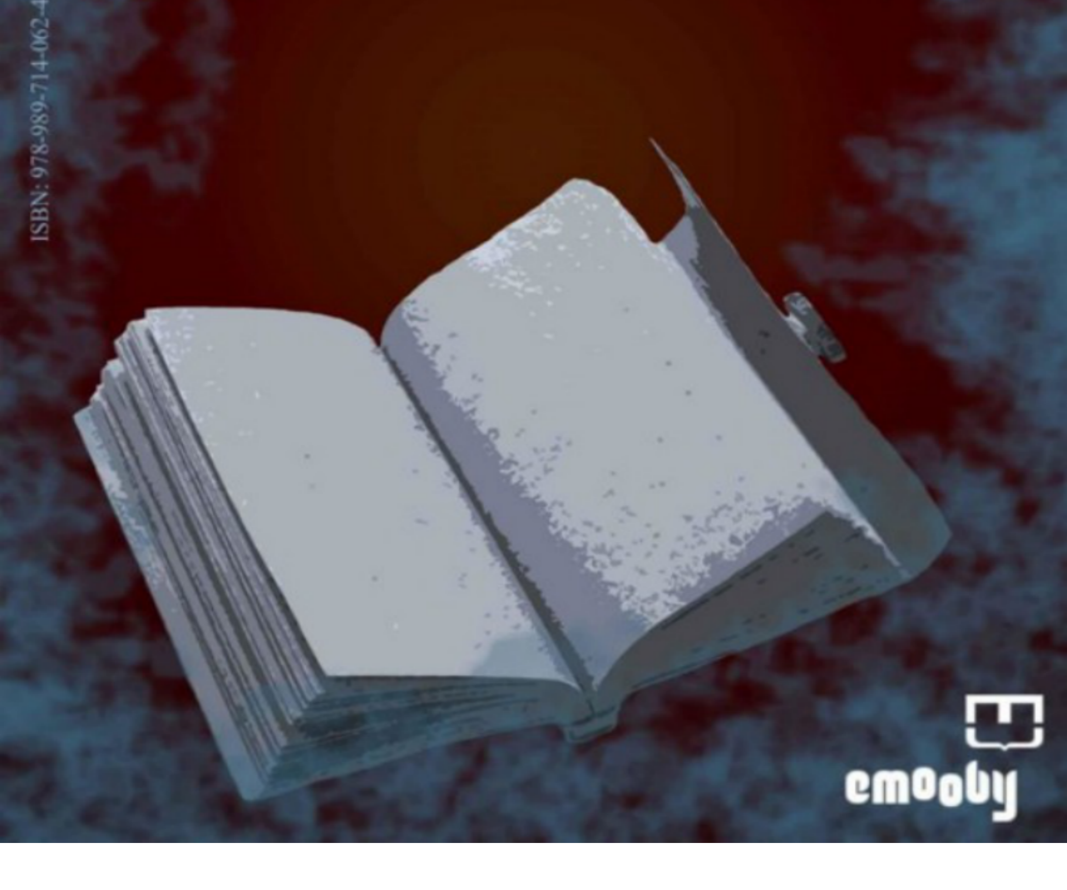
CARLOS DE TOMÁS

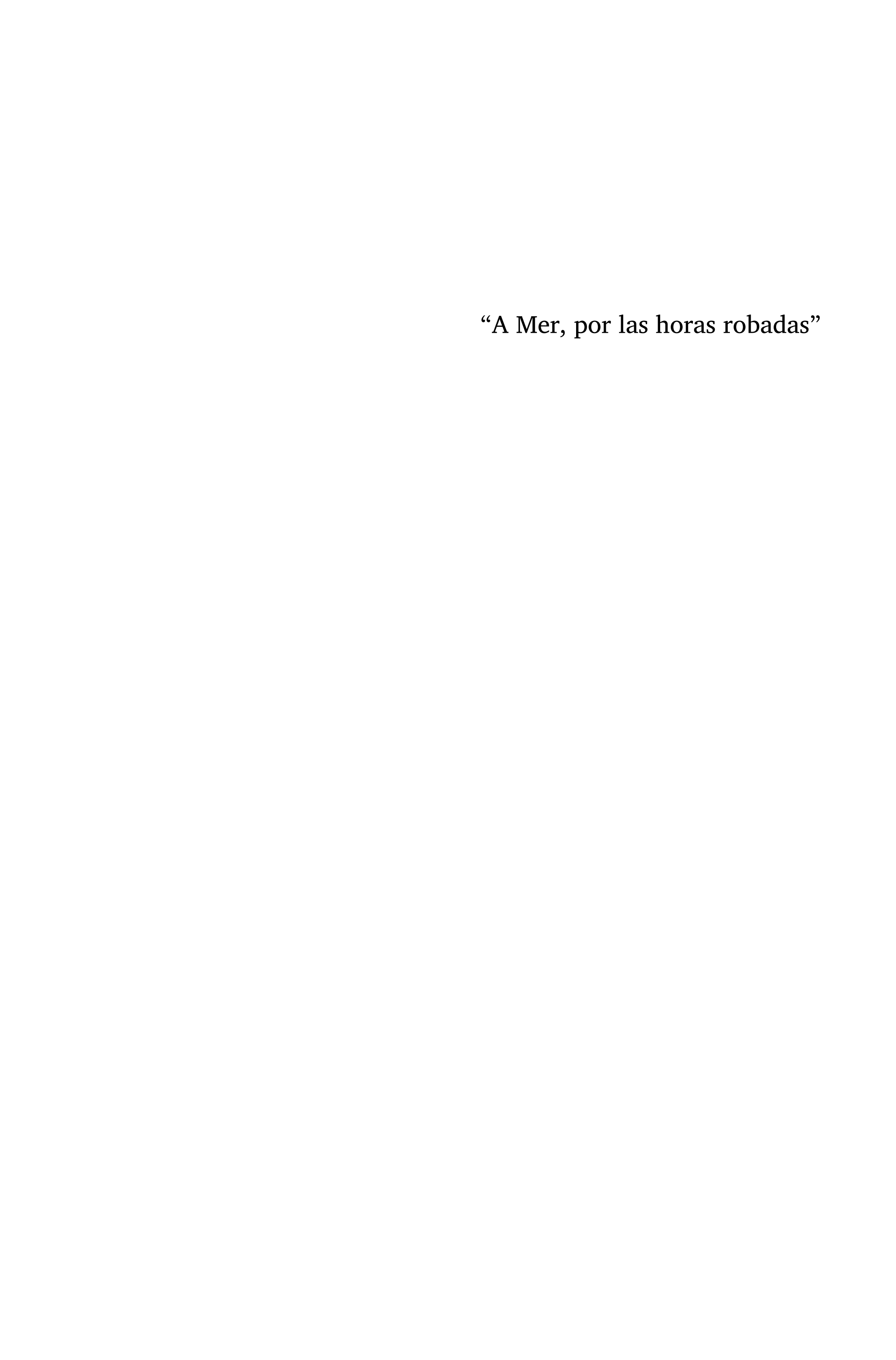
El Cuaderno Veintiuno



ISBN: 978-989-714-062-4

EL CUADERNO VEINTIUNO

CARLOS DE TOMÁS



“A Mer, por las horas robadas”

I

La casilla de salida

Aquel hombre no sabe que soy menos que una sombra, que soy invisible excepto cuando quiero mostrarme. Ese grado de perfección lo alcancé con los años. Cuando llegó a mis manos su verdadera historia y después de haberle observado mucho tiempo no tuve más remedio que escribirla. Los cimientos de esta obra están en los cuadernos de Zenón Torrecilla, en esos diarios se mezcla la contabilidad con los versos, los inventarios con los recuerdos, los pensamientos con las direcciones y los teléfonos, es difícil orientarse entre tanta caligrafía inconexa.

El día que comienzo a trabajar en el asunto, Zenón pasea por la pequeña plaza donde arranca la *rua dos mercadores*, algunos anticuarios todavía están instalándose, se adentra bajo las arcadas y observa sin pararse, con paso lento, los puestos ambulantes adosados a la fachada. Llama su atención un objeto, se para, es una pequeña caja de plata con cuatro pezuñas de felino preciosas, muy bien labrada. Intenta abrirla, no puede, y comienza a examinar con detenimiento; el punzón, el peso, la posible antigüedad, la calidad de la plata, el color. "No se puede abrir, no tengo la llave, está tal y como la compré" dice el comerciante. Nuestro hombre la agita con suavidad mientras la voltea una y otra vez para apreciar mejor su factura, y nota, con ese oído tan sutil que tiene Zenón, que algo reside en su interior. Quizá un papel o tal vez un cartoncillo. "No se" piensa casi en voz alta. "A lo mejor está forrada de terciopelo y éste anda suelto". El anticuario, con el ademán que da la experiencia, hace parecer que mira a otro lado, recoloca los objetos a la venta, sin embargo, no deja de escudriñar de soslayo a su cliente, o potencial cliente, porque hasta ahora es un manoseador como tantos otros que se aproximan al puesto. Al cabo de un instante decide explicar "no he querido abrirla, si la fuerzo podría estropear una cerradura irremplazable. Es de finales del dieciocho. Inglesa". Nuestro hombre asiente mudo, sin dejar de observar y

manosear la caja. “¿Cuánto cuesta?”, “la tengo en seiscientos euros”, “voy a pensarlo”. La deja con mimo y sin despedirse sigue paseando delante de los tenderetes. Aunque de una cierta importancia, pero no dejan de ser tenderetes, o mantas viejas sobre el empedrado, llenas de inverosímiles objetos. Zenón Torrecilla enfila la *rua dos mercadores*. El mercadillo de antigüedades de Aveiro da para unas horas, y se extiende por callejas estrechas de sabor rancio, pero Zenón, hoy no tiene ganas de muchos trotes. Es un día húmedo, de esos que se mete en los huesos el agua de los canales, y en los pulmones la bruma de otoño. La mezcla de olores entre las viejas rúas es un poema que describe la ciudad, que digo, el país entero. El aroma a caldo verde se mezcla con el de café, y con los dulces de azúcar y yema. Flotando sobre una paleta de olores más pesados; el cieno de la ría y los canales, el salitre que llega desde Barra, incluso ese olor entre cañería vieja y gas que transporta a Zenón Torrecilla al Madrid de cuando era niño. Nuestro hombre sigue rebuscando, y su mirada se pierde, sin fijeza, entre tantas piezas, unas grandes, otras diminutas, y tiene que hacer un ejercicio de concentración para valorar lo que está viendo. De vez en cuando toca algo, lo eleva, pregunta el precio. Otras veces se detiene como testigo de algún trato. Le gusta entretenerse con el tejemaneje de los vendedores que intentan convencer a los más remisos, a los inseguros, a los que no saben qué comprar pero tienen ganas de gastar dinero en cosas quizá inútiles. “Estos portugueses son silenciosos y apasionados en el comercio”, se dice. Pero a pesar de la distracción, no se quita de la cabeza la dichosa caja. “La compro o no”. Se para a elucidar. “Está cara. Si vuelvo y me la deja en cuatrocientos me quedo con ella. Pesará doscientos cincuenta gramos… A peso casi lo vale… Y si le sumo la antigüedad…” Zenón intenta convencerse. Se ha encaprichado de la pieza. Cerca de él reconoce a Evariste. Su amigo ensimismado, contempla una partitura para pianola, Zenón se aproxima y le presiona con su dedo índice el costado izquierdo. “Qué susto me has dado *chéri*. Aquí hay que tener cuidado con los roces, puede volar la cartera”, “lo siento” dice nuestro hombre levantando los brazos, e insiste “no te voy a robar”. “¿Qué te parece el rollo de pianola?”, “está perfecto”. El francés se convence “a cinco euros es una ganga, los vendo en Madrid a noventa o cien”, “pues quédate con todos”. Evariste empieza a contar para sus adentros mientras señala con el dedo las cajas que contienen las partituras. Están depositadas en una tela negra sobre los pequeños adoquines de la rúa. “Veintiuna. Me las quedo.” Después de una pausa vuelve a añadir “¿has visto

algo Zenón?", "no especialmente que valga la pena, ya sabes lo que busco". "Ya", dice el francés sin prestarle atención. Zenón Torrecilla le deja conversando con el comerciante, y sigue su marcha con las manos entrecruzadas en su espalda. "Eh, Zenón. Comemos donde siempre, a las dos hora de España". Nuestro hombre sin volver la cabeza contesta con desgana "allí estaré".

Aquel restaurante está junto a la lonja, en un espacio abierto donde termina uno de los canales, las casas de no más de dos alturas, con un regusto entre marinero y urbano, es uno de esos sitios por donde no pasa el tiempo. Las paredes interiores de la casa de comidas son de piedra, a modo de sillarejos encastrados, pequeñas fotografías en blanco y negro narran las faenas de pesca, otra foto es una composición de mujeres descalzas pisando el fango de la ría y otra más distante la estación de trenes con esos coches delante de la fachada, que parecen zapatos, años cuarenta tal vez. El suelo de barro gastado y pulido, los manteles de tela a cuadros rojos y blancos; en todas las mesas vacías un jarroncito con una flor de plástico y un pequeño cenicero de cristal aunque no se puede fumar. A pesar de la paradoja se come bien, y a falta de ceniza algunos clientes dejan los pipos de aceituna en el cenicero. Zenón se presenta con la caja de plata envuelta en papel de estraza, como si fuera pescado. Deja el bulto sobre la mesa y se sienta frente a su amigo francés, que le reprende "poca cosa has comprado", "solo esto", y se dispone a desenvolver un extremo del paquete. "Ya veo, una tabaquera de plata", "no creo que sea una tabaquera, después de comer te la enseño". Aquel es el sitio acostumbrado, cada cuarto domingo de cada mes, de vez en cuando, tienen una cita desde hace varios años, pero esta vez el encuentro ha sido una coincidencia, ninguno de los dos hombres comunicó al otro el viaje a Aveiro, aunque días antes Zenón dijo a su amigo de gremio que tenía ganas de ir, que echaba de menos Portugal, donde tantas veces se habían solazado, y el francés declinó la invitación, "posiblemente no pueda asistir". Los dos amigos se conocieron en Madrid. Evariste, un parisino cansado de correr mundo, afincado hacía más de quince años en la capital, conoció a Zenón Torrecilla cuando fue a venderle un lote de cuadros, pintura antigua, en el noventa y ocho. Zenón, en aquella ocasión le mandó a la mierda, y dejó de hablar al amigo común que les presentó, pero Evariste, un seductor empedernido, que ahora rozaba la cincuentena, no quería perder un buen contacto en el mundo de las antigüedades y con el tiempo, y varios negocios serios, hicieron amistad. "Ayer estuve en Portobello" refiere Evariste. Zenón le mira sorprendido. "¿Cuándo descansas?", "el

negocio es el negocio. Estuve en Roger Harris y me traje dos piezas de *Galle"*, "seguro que las tenías vistas y vendidas, de lo contrario las hubieras comprado en París". Evariste no levanta la mirada del plato de *bacalhao com nata*, mientras, mueve la cabeza negando y responde "tú de eso no entiendes *chéri"*. Zenón, aunque con los años ha tomado afecto a Evariste, se descompone cuando su amigo mariconea con los gestos. "Bueno, me da igual, cada uno vamos a lo nuestro". Sin embargo, después de una pausa y un sorbo de albariño a Zenón le pica la curiosidad "¿qué has hecho con los vidrios, no los llevarás encima?", "por supuesto, están en el hotel, los desenvolví y los coloqué sobre el mobiliario", y suelta una carcajada con movimiento de brazos y manos. Zenón en ese instante está entre avergonzado y sorprendido. El matrimonio que come en la mesa de al lado no quita los ojos de Evariste, aquella mujer de cara redonda y mofletes rosa sonríe, quizá entienda castellano, como casi todos los portugueses, pero seguro que su sonrisa la provocan los gestos entre grotescos y amanerados del francés. "No me jodas *chéri"*, dice Zenón imitándole y torciendo el gesto con sarcasmo, y añade "lo peor no es que te roben, es que las chicas de la limpieza, en un descuido, los rompan", vuelve a reír Evariste "a que es una gran idea", ahora ironiza Zenón "como cualquiera de las tuyas". Y siguen comiendo en silencio. El francés había salido el día anterior, a las dos de la tarde, de *Portobello road*, tomó un avión a las cuatro treinta con destino al aeropuerto *Sa Carneiro*, a las ocho y media ya estaba hospedado en el *Paloma Branca*, ese hotelito discreto, un palacete de principios del veinte, remetido en una calle vulgar próximo a la estación de trenes de Aveiro. "He descansado muy bien, me acosté temprano, me puse a hojear cantidad de revistas y algún libro que traje de Londres; a primera hora ya estaba desayunando en *Veneza* y paseaba viendo los *moliceiros*, aún no estaban instalados los puestos del mercadillo", "envidio tu disciplina. ¿Café?". Y sigue la charla, esta vez de cómo les va en el negocio.

Zenón, antes de comer, estuvo sentado más de una hora en las escaleras de la fachada *da Vera Cruz*, aquella iglesia blanca que preside una buena parte del mercado de antigüedades, y mientras miraba, casi a vista de pájaro, el movimiento de la gente recorriendo los puestos, pensaba que estaba un poco harto de venir a Aveiro y encontrarse con Evariste. Hacer las cosas por obligación no le gusta, o mejor, le está dejando de gustar, se habían impuesto esa rutina y quería descansar, era como un peso mal llevado, además, con la crisis habían bajado las ventas y con tanto

almacenado era venir por placer. No tenía ganas de más mercado. Después de comer y despedirse de su amigo, “nos vemos en Madrid”, a Zenón le sabe extraño que el francés no quiera regresar a Madrid con él, Evariste no le revela sus planes, pero a Zenón Torrecilla le da igual, toma el coche y se marcha a Costa Nova, pasea un buen rato por delante de aquellas casitas de colores, y piensa dejándose llevar por aquel decorado, por aquellas fachadas como de camisas veraniegas, que después de hacer quinientos quilómetros no puede dejar de contemplar el mar. La agradable tarde le ayuda al pensamiento sosegado. Regresa al coche después de batir a cada paso la arena de la playa, vacía de gente, y la *saudade* se apodera primero de su cuerpo y luego de su alma, aquella morriña también hace presa en los extranjeros. Es el principio del otoño y el día se apaga, se pone plomizo, y le viene a su memoria mientras siente la arena en sus pies, con los pantalones remangados, aquellos años de médico sin serlo en Argentina; antes fue cocinero en Madrid, bueno mejor dicho ayudante de cocina, y más antes peluquero, pero eso fue hace mucho tiempo. Le emocionan esos países donde cada cual puede ser lo que quiera sin dar cuentas a nadie de títulos ni etiquetas, bastaban las ganas y la irresponsabilidad de cada uno, pero en aquellas tierras el destino quiso que ayudara, favoreciera a sus gentes, como un acto de consuelo para ambos. Cuando regresó de Argentina hace veinte años conoció a Manuel Tajaneiro, hombre sabio, al que debe y agradece casi todo el conocimiento que atesora. Fueron años duros, volver a empezar, volver a andar camino hasta encontrar un sitio, y ese sitio le estaba esperando en Claudio Coello 212; una pequeña casa de dos plantas, la fachada gris sucia, a pie de calle una tienda, que más parecía un trastero, y así la llamó siempre; en el primer piso una buhardilla oscura, trastos viejos y un jubilado moribundo al frente de aquel rincón húmedo, de bombillas gastadas y terciopelos polvorientos. Aquel anciano le regaló el viejo portaminas de plata y se acostumbró a escribirlo todo, escribía esas notas que más que notas eran versos, y detallaba los objetos, las piezas de arte, y de manera escrupulosa, como si fuera un inventario, los viajes, las anécdotas, los recuerdos, sobre todo los recuerdos. Cada año un cuaderno, así sumaba el tiempo su nueva vida, pero no quería que todo se quedara en una colección de almanaques, allí estaban sus satisfacciones y sus desengaños. En alguna ocasión estuvo a punto de quemarlo todo, pero se arrepintió, era la trastienda de sus pensamientos, y estaban las direcciones, los teléfonos, las compras, las ventas y los poemas, algunos no eran

suyos, eran de otros, insertados en el margen de aquellas hojas abigarradas de escritura, la letra pequeña, clara, a lapicero; "adónde acudir cuando la memoria se oculta". Y allí, en el cuaderno veintiuno que siempre lleva encima anota: "*caja de plata, Aveiro, cuatrocientos cincuenta euros, veintisiete de septiembre*".

El viaje de regreso a Madrid es un estigma, se libra de él a las cuatro de la mañana. La ciudad vacía, algún taxi y la niebla le acompañan hasta aposentarse en el desván del trastero de Claudio Coello, llega al hogar de un hombre solo. El viaje fue un punto y aparte, lo decidió mientras conducía, "no volveré a quedar con Evariste, cambiaré mi rutina, o mejor, no quiero ninguna disciplina", aunque es mentira, algunas veces colecciona propósitos vanos. Esa noche duerme de un tirón hasta las diez de la mañana, no abre al público el negocio, hace mucho tiempo que eso no ocurre. Aún tumbado, en la cama, coge de la mesilla de caoba el paquete de papel de estraza, lo abre, da vueltas a la caja de plata, qué extraña sensación, por qué le fascina aquel objeto. Piensa "vaya viaje inútil, sólo he comprado esta reliquia". La agita junto a su oído derecho, "¿qué tendrá dentro?", se incorpora, va a buscar una herramienta de entre las muchas que tiene en el gabinete contiguo. Aquella estancia es austera pero repleta de cosas, casi agobiante, incluso del techo abuhardillado cuelgan enseres, objetos inservibles, sillas pequeñas, lámparas sin orden. El lugar se compone de un dormitorio, el gabinete, un pequeño baño, y el hueco de escalera para bajar al trastero, y están también los tragaluces en el artesonado que proyectan una tenue e inquietante luz. El olor no es malo es indescriptible, entre cuero viejo y maderas, y ese olor a gas, el mismo que le persigue desde su infancia, recuperado y flotando entre las paredes del trastero. "Así olía el patio de la casa de mi abuela en Argüelles" pensó cuando accedió al desván por primera vez hacía ya muchos años. Aquel olor no se marchó nunca, le acompañó las madrugadas mientras arreglaba algún cacharro o tomaba notas, que no eran notas eran casi versos. En la planta baja los olores son más pastosos, algo más agradables, ceras naturales, el alcohol de la gomalaca, algún barniz recién estirado, el olor a cola de carpintero. El buril entre sus dedos intenta forzar la cerradura de la caja, "imposible, la rompo". La sostiene con la mano izquierda, en la derecha el viejo portaminas, y anota en el cuaderno vigente la continuación al apunte que imprimió en Aveiro, "*de estilo más cercano al neoclásico, el punzón en la parte inferior, muy gastado, gracias a la lupa es de la ciudad de Newcastle, con tres coronas, un sello doble correspondiente al impuesto, la marca de ley con el león*

rampante, sin fecha grabada, posiblemente entre mil setecientos ochenta y noventa, la marca del fabricante borrada, ilegible, quizá caja de rapé, aunque es muy grande para eso.” Ha desligado el contraste en pocos minutos, echa mano de un manual, cierra el libro, ha dado en el clavo, aunque le molesta pensar que Evariste, a los postres en Aveiro, le había puesto sobre la pista, “has comprado una ganga, vale muchísimo más” y nuestro hombre se la quitó de las manos con un ademán poco agradable, Evariste se estaba acostumbrando a aquellos pequeños desplantes, “últimamente te noto bastante raro, tengo yo algo que ver en eso”, “ni hablar, no estoy en mi mejor momento” decía Zenón, a sabiendas de que mentía.

La caja empieza a formar parte de Zenón Torrecilla, un hombre mediocre, que veinte años atrás quiso dejar de serlo, y acaso lo consiguió para sus adentros, ¿y para sus afueras?, alguna señora de las que frecuentaban su establecimiento decía que era la persona más culta y exquisita que había conocido. Solo falta abrir la caja, y se devana los sesos buscando la manera. Suena el timbre de la puerta varias veces, el cartel de cerrado y la luz apagada del trastero no dejan dudas. “Ya volverán” se dice. Toca con el buril una de las coronas del contraste, la más oscura e incrustada, y en el silencio de aquel hábitat suena sutilmente un mecanismo a la altura del contrafuerte de la tapa, vuelve a tocar pasándose la caja a su mejor oído, y en efecto se repite el sonido, lo hace una y otra vez, hasta estar convencido que la caja no tiene cerradura de llave, es un pegote a modo de ojo, toca con la punta de la pequeña herramienta el fondo de la falsa cerradura y la tapa se dispara. Mientras observa satisfecho el interior de la caja piensa que ha merecido la pena no abrir el trastero, descanso y meta conseguida, ahora está claro, el ruido que escuchaba es el movimiento del mecanismo de cierre. En parte es una pequeña decepción pues lo único que alcanza a ver es el forro de terciopelo rojo. Deja la caja encima de la mesa del gabinete, se viste, se enfunda una gabardina oscura y baja a la calle, tiene hambre, pero qué esperaba encontrar dentro, nunca lo sabremos, no deja ninguna anotación al respecto. Dobla en Diego de León hacia Lagasca, y entra en un restaurante que más parece una farmacia, sube a la primera planta y se sienta junto a la ventana. “Don Zenón, ¿lo de siempre?”. Asiente con la cabeza y al momento está el camarero con una copa de rioja, su rioja en la mesa. “Del menú dame lo que quieras, no tengo ganas de elegir”. Desde que abrieron el establecimiento come allí casi todos los días, pero está cansado, no quiere disciplina ni para comer, además siente que lo hace en un lugar poco discreto, en una calle poco discreta y muy

transitada, aunque se perdona por la buena comida y el trato de amigo.

Ahora, sentado en el restaurante de diario, se acuerda de Manuel Tajaneiro, aquel hombre dispuesto al suicidio pero sin temple ni fuerzas para hacerlo, un hombre en sus últimos días postrado en la cama donde después dormiría Zenón Torrecilla. Apunta Zenón que aquellas largas conversaciones, a la luz del quinqué, prolongaron esa frágil vida, hasta que creyó haber narrado a nuestro hombre todo lo que entendía que debía contarle. "Has llegado como del cielo", susurraba el moribundo una y otra vez, y otras veces le premiaba diciendo "todo esto es para ti, por ti no va todo al estercolero". Los primeros días, recién llegado Zenón, sólo hablaban del firmamento, de las distancias, de la materia. Semanas después, disertaba sobre Fragonard, o sobre Balthus y establecía distancias, entre esos pintores, más alejadas que entre galaxias, y decía que le mirara bien, que era Balthus en el autorretrato de mediana edad y que, después de tanto tiempo encerrado, había llegado al convencimiento que la calle del trastero era el *Pasaje de San Andrés*, y que la verdadera realidad tenía los colores de aquella pintura, que eran los de la buhardilla, y que la chica, que acudía a diario a limpiar, y a darle de comer, era una furcia en la que se inspiró Botero cuando la pintó en el baño delante de un espejo, y después de algunas semanas más, un hilo de voz corría apenas por su boca y Zenón tenía que flexionar incómodo las cervicales para escuchar técnicas de pavonado o limpieza de sonerías, pero le agradaba. Su primer cuaderno fueron apuntes de discípulo. "Don Zenón, ¿toma el café aquí o en la barra?". "Aquí, por favor", y sigue pensando en Manuel Tajaneiro, pero esta vez como si fuera presa aún de aquel moribundo. Y a propósito de la caja de plata, recuerda aquella clase magistral, una tarde de verano recocidos en aquel antro, soportando aquellas columnas de luz polvorienta que bajaban de los tragaluces, versaba sobre los plateros ingleses y le habló de la Goldsmith´s Hall de Londres y de Exeter, York, Birmingham y Sheffield, y del estilo William & Mary, y de Lamerie y de David Tanqueray, y de los plateros de Jorge III, y de Adam y Bateman, y del estilo Regency, y tantos otros apuntes dictados con una erudición increíble, y de memoria. Aunque la memoria de Manuel Tajaneiro no era genética. Anotó Zenón en su primer cuaderno, que aquel hombre, de joven, al apoyar su mano en un puesto de feria, de esos que vendían algodón dulce, recibió una descarga eléctrica que le tuvo en coma varios días, y desde entonces todo se le grababa, como si tuviera álbumes de fotos en el cerebro. Más tarde Manuel Tajaneiro terminaba su

disertación diciéndole “si te transmito el uno por ciento de lo que sé, me doy por satisfecho en una parte, a la otra no creo que llegue”. Y Zenón preguntaba inocente “¿y cuál es la otra?”, contestando el anciano apesadumbrado “pulirte Zenón, pulirte”. Ahora nuestro hombre sabe que le costó muchos años bregarse en los salones del *Ritz* o del *Villa Magna*, o saber ligarse con igual fortuna a una señorona que a una nueva rica. No queda nadie en el primer andar del restaurante, se le pasa el tiempo sin pasar entre tanta ensoñación, y vuelve a enfundarse la gabardina oscura. En las calles de Madrid llueve con sol, los edificios se conjuran contra el arcoíris. La humedad le transporta al país vecino y se deja llevar por la temprana bruma de Caparica o la de tarde en Sintra, y aquellas veladas después de la cena en la terraza del *Lawrence’s*.

II

El puente

La vida que lleva Zenón le cansa, no es por su quehacer cotidiano, la disciplina cada vez es menor y comienza a cambiar de hábitos. Se pregunta por qué no está a gusto con nada. Ahora que lleva veinte años de tranquilidad se le revuelven las tripas con cualquier cosa que no le venga al pelo. Tiene ganas de marcharse, pero adónde, quizá una temporada, unas largas vacaciones, o tal vez desaparecer mucho más tiempo, como aquella primavera del ochenta y cuatro, cuando tomó un avión ligero de equipaje a Buenos Aires. Su abuela, la de Argüelles, le decía que estaba loco, aquel es un lugar peligroso, sin porvenir, ya no es lo que era. Sin embargo, se echó a la aventura. Alfonsín había subido al poder, a los argentinos después de la dictadura, aún les quedaban esperanzas, Zenón estaba convencido que encontraría su oportunidad en aquel país. Ese año, cansado de Madrid, pudo haberse marchado a cualquier otro lugar, de cocinero a la costa, de hippy a Ibiza, quién sabe, pero eligió Buenos Aires, tal vez sin reflexionar demasiado. Tenía una dirección, un pequeño comercio en una galería de la calle Mariano Acosta con la avenida Rivadavia, muy cerca de la Estación Floresta. Allí estuvo varias horas intentando superar el sueño, esperando la llegada del dueño del comercio, una pequeña tienda donde se amontonaban los retales en estantes de madera vieja, mientras esperaba soportaba a una mujer madura con el pelo desaliñado, la nariz aguileña, las cejas pobladas, de hablar agradable, le preguntaba por el viaje, Zenón solo quería dormir y se languidecía viendo como cotorreaba la señora según patroneaba unas telas sobre el mostrador. En las notas de viajes de Zenón Torrecilla apunta poca cosa sobre el encuentro con el gallego, nunca sabremos qué pasó, Zenón se marchó de allí hundido, y comenzó a andar mientras desoía las voces de aquel hombre desde la puerta del comercio “donde se va, volver acá, no seás loco”, y aceleró el paso, con la maletita colgada de la mano,

por el gran Buenos Aires. En el Parque Avellaneda descansó hasta bien entrada la tarde, el ocaso le provocaba desasosiego, y el frío le ofuscaba los sentidos, tenía que pensar pero era difícil. Arrugado en un banco, desorientado, levantó los ojos y adivinó una silueta de mujer, después reparó en sus ropas, toda de vaquero, la melena larga y rizada, morena marrón de facciones agradables, de gesto serio, mirándole a dos palmos mientras sujetaba un pequeño bolso de cuero y hurgaba en el bolsillo de la cazadora; los zapatos oscuros, gastados por los laterales, detrás de ella un carrito de plástico, encima del carrito un hatillo. Se puso unos guantes de lana y rompió el silencio para pedirle dinero; solo quería plata para el autobús. Zenón, sin ocurrírsele otra cosa preguntó que adónde iba y ella con una voz melosa y pausada "Rivadavia", "de esa avenida vengo", "no, Rivadavia, Salta", "aquí todo se llama Rivadavia". Se sentó aquella joven en el banco junto a él, como queriendo levantarse, y empezó a contarle la historia de su vida, a describir con detalle su pueblo, con ese orgullo chaqueño que les diferencia de los bonaerenses. Zenón hablaba de sus inquietudes y del desencanto del viaje; después de los dos monólogos marcharon a la estación de autobuses; ya de madrugada partieron hacia el Chaco. A medida que transcurría el viaje Zenón iba deshaciendo en su estómago la gran decepción que le introdujo el gallego. La voz de Mariela era una música que le cerró los ojos mientras ella le acomodaba la cabeza contra su hombro. Cuando rodaban por el puente General Belgrano en Corrientes despertó Zenón Torrecilla de manera violenta, medio tumbado sobre la muchacha, miraba a través del manoseado cristal, su cuerpo entumecido y su mente abierta a la sorpresa, mientras, enfilaban la ruta dieciséis, la carretera interminable hasta Salta, amanecía. Fueron veintiuna horas de viaje y Zenón ya no cerró más los ojos, ahora tenía la ansiedad del viajero reposado, se empapaba del paisaje y de la cantinela de la muchacha. Los cielos descerrajaban agua que parecía leche y llegando a Salta él se decidió "quiero ir a tu pueblo", ella asumiendo la lejanía "allí no va nadie, y qué digo", "No te preocupes, ya me las arreglaré, a mí no me conoces". Fueron más horas de autobús esta vez por caminos, cuando llegaron se acomodó en una barraca y el jergón le pareció un milagro. A las seis de la mañana, despertado de un puntapié en el muslo, un chiquillo le voceó "eh, Gallego, sos médico, se nos muere". Salió sobresaltado de aquél cobertizo no sabiendo porqué ni para qué y en un acto mecánico e impulsivo puso sus manos sobre el vientre de un hombre arrugado y cetrino, presionó con fuerza, se retorcía, tosió

de manera bronca, al momento el chaqueño abrió sus grandes ojos y miró a Zenón con fijeza a la luz de un candil, "gracias doctor", había sacado la enfermedad de las entrañas de aquel viejo, y desde ese momento le llamaron brujo. La boda con Mariela llegó después de mucho cocinar, cortar el pelo, sacar muelas con tenazas de ferralla, cortar troncos en el aserradero y soportar mucha lluvia, y con la boda, el calor insoportable, el polvo y largas jornadas de pesca en el río Bermejo. El cuerpo marrón de Mariela era el mejor chocolate que había probado en su vida, sensual y salvaje, le envolvía con su melena de rizos cuando ella le montaba, y cada vez se olvidaba más de Argüelles, del patio con las paredes negras y olor a gas, del calor de la cocina de aquel restaurante madrileño de tercera división y menú de medio pelo, de los cuatro años antes en el paro, del olor masticable de su abuela, de sus impertinencias, de no conocer mundo, de su insensatez, de todas las chicas a las que le parecía poco, y fue tejiendo una muralla de justificaciones para quedarse siempre en Argentina, pero eso no fue así del todo, y hoy recuerda con pena aquel viaje de regreso en las navidades del ochenta y nueve, volvía de aquel maravilloso país, estaba curado, había mudado, y con tristeza dejó a su amor y a sus amigos. Ya en Madrid hablaba de la hiperinflación insostenible, de las huelgas, de los muertos, pero todo eran excusas para evitar el compromiso prolongado, Mariela se había vuelto medio loca cuando pasaba el tiempo y no se preñaba. Zenón se marchó sin despedirse, fue de compras, como todos los meses, a Salta, y no subió al autobús equivocado, había elegido el abandono, la huída. Tuvo que trabajar en Buenos Aires para pagarse el billete de regreso a España, no le quedó más remedio que doblegarse al gallego de la calle Mariano Acosta, aunque después, como se verá, le favoreció en Madrid. Esto lo apunta de soslayo, Zenón acostumbraba a omitir en sus notas cualquier evento desafortunado. Allá dejó la maletita, en Barajas no le esperaba nadie, al igual que ahora en el viejo trastero, después de un largo paseo de recuerdos rescatados.

Llueve en Madrid, pero menos que en el Teuquito. Abre el cierre metálico para acceder a la buhardilla, tiene que atravesar el trastero, se siente pesado, se dice que debe comer menos, que ya es hora de cuidarse, que son sesenta primaveras. Sin encender la luz tropieza varias veces antes de llegar a la escalera, y dice "no sonó loza rota, tengo que cambiar de sitio esos tibores". Sube por los viejos peldaños de madera gastada, que suenan como cuando se pisan cartones vacíos de huevos, se deja caer sobre la cama, gira la cabeza hacia la mesilla y allí está la caja, la preciosa caja de plata,

la toma en sus manos, la eleva, le molestan las mangas de la gabardina, se incorpora y comienza a adoptar la severa actitud del anticuario, así se considera después de tantos años de profesión, se pone cómodo y marcha al gabinete con su caja. El flexo de la mesa ofrece una iluminación en forma de sombrero chino, ahora se aprecia mejor su silueta con la opacidad del ambiente, entre húmedo y polvoriento; en medio de esa ilusión, la caja abierta y su terciopelo rojo fluorescente, la mira, tiene las manos juntas y reposadas en el borde de la mesa, un extraño impulso le hace coger pinzas y cúter, en ese preciso momento vuelve a ser el cirujano del Gran Chaco, el pateador nocturno del Teuquito en busca de su víctima, o quizá de su paciente; el carnicero de mortadela ido a más para coger serrucho y amputar algún miembro a la luz de hogueras, en aquellos chamizos de allende los mares. Pero la caja se deja, no hace falta trabajarse el mar océano para encontrar un paciente tan confiado. La tela gastada está fuertemente pegada al interior, después de aplicar paciencia y corte, va saliendo casi entero el terciopelo, éste no se halla adherido a la base, y allí, en ese fondo impoluto de plata vieja reside un papel doblado. No ha depositado aún el terciopelo en la mesa cuando el teléfono le asusta, "¿quién llama a estas horas?", descuelga, "has tenido el móvil apagado todo el día, ¿qué te pasa Zenón?", "casi me da un infarto", "no será para tanto, dime que tal el viaje", "bien y tú", "todavía estoy en Portugal, quizá cierre una operación mañana, no te dije nada porque si no se gafa", "ya", "pasado mañana te veo, ¿estás bien?, te noto raro", Zenón con ganas de acabar la conversación "estoy de puta madre, nos vemos, suerte", "adiós Zenón, te noto raro". Cuelga el teléfono aliviado. El pesado de Evariste se hace cada vez más insoportable, "Evariste y sus negocios" piensa en voz alta con una cierta sorna. Por un instante se ha olvidado del papel que había en el fondo de la caja, aunque no dejó de mirarlo sin mirar mientras hablaba por el teléfono. Despliega aquella cuartilla "*L. Te lo mereces todo y te dejo lo que humildemente puedo, tengo que comunicártelo así para que nadie usurpe tu herencia. Cuando nadie te vea abre el cajón izquierdo de mi escritorio y corre su base desde abajo*". La gran sorpresa de Zenón es la nota escrita en castellano, eso le despista, el comerciante de Aveiro quizá compró la caja en España, o se la compró a otro anticuario portugués que a su vez la compró en España. Establece varias hipótesis que no llevan a ninguna parte. ¿Quién será "L"?. La mirada perdida entre aquellas paredes, recostado en el sillón de la mesa del gabinete, apaga la consciencia y sumerge su alma en las profundidades del sueño, la buhardilla

queda silente acompañada por la luz en forma de gorro chino que rebosa la mesa e ilumina los zapatos gastados y brillantes de Zenón.

Al alba suena el gallo, un despertador con timbre rústico que tiene el vecino que linda por detrás del trastero, Zenón despierta y en la somnolencia cree estar en el Chaco y recuerda con los ojos cerrados la gran orquesta de los gallos y los perros que pululaban a su aire por las calles de Rivadavia, aquellos madrugones para ir a cortar árboles al Teuquito, desbrozando los madrejones de algarrobos y palosanto. En el Chaco la medicina daba para poco y Zenón tenía que tirar de hacha o motosierra, en el fondo era el mismo oficio, cirugía mayor la que infligía a unos bosques diezmados, maltratados desde hace un siglo por la codicia de los blancos y después por la pobreza. Y de los humedales al aserradero, a seguir esparciendo viruta, nieve parda en el calor del Chaco; sudado y sucio, a penas cruzaba el umbral del barracón Mariela le abrazaba, casi desnuda, y lo arrastraba al catre, se había acostumbrado al olor de Mariela entre sudor y humo, su cuerpo marrón, delgado, de pechos grandes y duros, el bello sexo de sus axilas le acabó hechizando, ella siempre quería más y él llevaba a cuestas mucha cirugía, y terminaba siempre aquella sesión amatoria con temblor en las piernas, como ahora, al levantarse del sillón, la postura le juega una mala pasada, hinchados los pies y dolor en la espalda. Se mete en la ducha, "hoy abriré, aunque no me apetece". Disfruta debajo del agua pensando en la nota de la caja, pero eso le provoca intranquilidad, un cierto frenesí, "¿por dónde empezar?", atisba libertad, excusa para unas vacaciones. En su memoria hace presencia Manuel Tajaneiro, quiere saber que hubiera pensado, e intenta meterse dentro de aquel personaje al que cree conocer muy bien. Baja al trastero, enciende las luces, la mañana esta oscura, las nubes amenazan agua, abre el cierre de chapa y voltea el cartelito *"abierto",* Zenón vuelve a ser el Zenón de los últimos años. Esa mañana los carrillones están roncos y los tintineos de las sonerías de mesa compiten con las paredes, en una lucha de músicas a las diez de la mañana. Los martes son propicios para el combate y éste no se hizo esperar. Suena la campanilla de la puerta, Zenón, sentado junto a la mesa camilla del fondo, divisa la entrada en el espejo colgado a su costado, en él la estancia es oblonga y las siluetas como flotando por el pequeño zoco, deja el cuaderno y su portaminas de plata encima de la mesa, se levanta con parsimonia, juguetea con las gafas mientras se apremia a dar los buenos días. "Me gustaría echar un vistazo" dice el visitante, y sin contestar Zenón le indica con la mano que adelante, vuelve a la camilla sin

quitar ojo al cliente, en ese instante comprende que su tiempo en el trastero ha terminado, que se ha convertido en un tendero de bazar. La campanilla de la puerta le trunca su ensoñación, el cartero, y tiene que levantarse esta vez sin ganas. El día empieza a despejarse, apaga algunas luces del trastero, “¿ha visto algo que le guste?”, “sí, pero seguro que es carísimo”, “pregúnteme, se puede sorprender”, Zenón comienza a animarse, se acerca lentamente a aquel hombre de aspecto distinguido aunque algo astroso, pelo grasiento y la faz dura aunque su voz es agradable, hay melodía lo cual agrada a Zenón, ha aprendido con los años a catalogar a las personas por su timbre, su compás, sus pausas, su acertada o desacertada pronunciación, su acento, la cadencia del lenguaje, y sobre todo por los decibelios; no soporta un chillido, un pito, un siseo. “Me gusta ese espejo, ¿cuánto cuesta?”. “Precisamente ese no está en venta”. Después de un silencio “Vaya, se me anticipó alguien”, “no, no es eso, el espejo es parte de mí”. El cliente no acierta a entender ni contestar nada, se queda pensando y después dice, mirando el espejo, “creía que todo estaba en venta”, “y lo está, menos ese espejo, allí tiene otros dos”, “sí pero aquellos no tienen cornucopia, quiero este, además ofrece una ligera deformación, quizá debida a su curvatura, eso me gusta”. Zenón se enciende ligeramente en su interior, iba a despedirlo pero frena su instinto. Se da cuenta de que si vende aquel espejo retrocede en el viaje, se aparta del legado de Manuel Tajaneiro, aquel espejo son sus ojos cuando los párpados caen, es el ojo de pez desde la camilla, cuando se mira en él no se ve, ve a su maestro. “Le puedo vender el marco” dice Zenón, “no, lo veo como un todo, me gusta el cristal con sus motas de óxido, sus líneas de aguas y alguna burbuja descubierta”. Zenón comprende ahora que no es un cliente cualquiera. “Definitivamente no se lo vendo”. “Póngale precio”. Zenón se sienta sin contestar, aquel hombre le mira con fijeza, se vuelve en dirección a la salida, comienza a andar, su espalda es muy ancha, aunque delgado; de una cierta altura, el pelo graso oculta ligeramente el cuello del gabán, y Zenón pregunta lo que no acostumbra a preguntar “perdone, ¿cómo se llama?”, el hombre se gira de perfil, ahora se le pronuncian las entradas, su cabeza brilla como un cartón acerado, sonríe “Matías Marzol, volveré por aquí, me gusta este lugar, hasta la vista Zenón”, “¿me conoce?”, “de oídas, solo de oídas” dice aquel hombre con un pie en la calle, y Zenón queda bastante azorado. Pero será más tarde cuando piense en aquel sujeto, ahora tiene hambre, voltea el cartel “*cerrado*” y se marcha a comer a la farmacia que no es una farmacia.

III

Zenón recupera la memoria en el cuaderno veintiuno. Hay veces que esas impresiones se apelmazan con el relato del día a día, y escribe recordando sin dolor, pero con un cierto desconsuelo, el día en que su abuela la de Argüelles le llevó corriendo de la mano al lugar del miedo, y rememora la muerte de su madre, pero ¿por qué ahora?, quizá porque está a punto de cerrar la última página de su vida y lo sabe. Aquella mujer joven se dejó caer del viaducto de la calle de Bailén y su padre huyó sin dejar rastro, era el año cincuenta y nueve; aquel hijo único de nueve años, quedó prisionero de la mano de su abuela, jurándose a sí mismo que no volvería a sentir aquello, y aunque es verdad que Zenón fue un hombre arrojado y pocas cosas se le pusieron por delante sin que pudiera saltarlas, aquellos pensamientos fueron recurrentes a estas alturas de su vida. Anota con la letra menos apoyada y los rasgos estirados que la orfandad es una mera anécdota del destino, aunque es otra disculpa para evitar el sufrimiento. Su abuela cortó el pelo de su hija muerta, y lo guardó, como un macabro fetiche, en una bombonera de cristal, Zenón no logró nunca acostumbrarse a contemplar los cabellos de su madre sobre el mueble del salón, hasta que años después tuvo reaños para tirarlos al Manzanares. De su infancia y juventud poco más sabemos, porque poco dejó escrito, como si fuera un pasaje para olvidar.

Con dificultad traga saliva, en su cabeza continúa rodando el tiempo pasado, y sumergido en el Teuquito, echa de menos a Mariela, él que la tenía casi olvidada, comenzó a caminar por los esteros, ella corría casi desnuda, como siempre, allí estaban los dos entre cardones y vinales, y sumido en esta ensoñación mira la caja de plata, sabe que tiene un trabajo pendiente.

El miércoles no muy temprano entra Evariste en el trastero, eufórico, inflando el pecho la chaqueta abotonada parecía un globo, “¿qué tal llevas la vida?”, Zenón está tranquilo y afable, la vida le llevaba a él y se sientan junto a la camilla, allí están los dos chamarileros hablando de sus asuntos, de los últimos negocios, de la crisis, del exceso de vendedores y la escasez de compradores, de

amoríos. Comienzan a recordar los años dorados de la venta, los viajes a provincias, las jornadas en París, en Lisboa, la visita a los mercadillos y algunos domingos en Madrid, el rastro. Aquellos tiempos no volverán, cuanto más dinero gastaban más negocio tenían. Evariste detenta una tienda en la calle de Toledo, en La Latina, allí está siempre Marcela una estudiante de arte, que se deja explotar más por seducción que por necesidad. Han pasado muchas mujeres por su tienda, "como Marcela no encontré ninguna, es lista y cariñosa", así va transcurriendo la mañana y se marchan a comer juntos lejos del trastero; la farmacia que no es una farmacia queda huérfana de Zenón. A nuestro hombre le asalta la duda de contarle o no a Evariste la anécdota de la caja de plata, pero al final decide reservarse lo ocurrido, lo siente como algo suyo, íntimo. A los postres, recuerdan su primer viaje juntos a Lisboa, allá por el noventa y nueve, cuando pasó la euforia de la Expo y los precios se calmaron, en la ciudad del Tajo Zenón comenzó a saber de verdad sobre cerámica china, cenaba en Sintra con Evariste y Jorge Oliveira, un hombre de aspecto bondadoso entrado en años que había vivido mucho tiempo en Macao, dedicado al comercio de lozas. La terraza del restaurante *Lawrence's* era ese sitio que igualaba en encanto y enigma a la heredada buhardilla, y en él los dos amigos escuchaban absortos las palabras de Jorge, les enseñó a distinguir los dos métodos de fabricación de la porcelana; antes, esa tarde en su tienda de Lisboa, en *la Baixa*, les animaba a tocar las piezas, que observaran sus diferencias al tacto, la "*pasta dura*" era fría, los rayados y pequeños desconchones revelaban en la superficie una pátina cristalina unida al vidriado, ésta correspondía a la primera época de fabricación de la porcelana, era una mixtura de vidrio en polvo y arcilla, luego les pasaba otra pieza y la tocaban con sensualidad, "esta es *pasta tierna*", apreciaban que era granulada, el vidriado presentaba pequeñas grietas y estaba ligeramente decolorado, "es la más auténtica y original de China, tiene arcilla de caolín, piedra de china y piedra de feldespato". Zenón se quedó hipnotizado contemplando un jarrón *Imari*, "en Japón también se hicieron maravillas, es uno de los jarrones más caros de la tienda" señaló Jorge con entusiasmo. Evariste, con esa tendencia natural hacia lo crematístico, preguntaba el precio de algunas piezas, ya sabía, más o menos, lo que iba a comprar. Fue después de la cena, en el restaurante del Hotel *Lawrence's*, degustando un *aguardente velha*, cuando Jorge se desató en un discurso sobre la dinastía *Ming y Quing*, y la implantación de las marcas en la cerámica china, pero lo más interesante era el ojo del

experto, cuando decía que no se debía tener en cuenta la fecha del reinado para datar una pieza porque algunos ceramistas cambiaron a su conveniencia el periodo para llevarlo a una época más floreciente, les decía que por este motivo, a veces es preferible datar cada época según los defectos que presentan las piezas, la calidad del producto, la caligrafía utilizada y los estilismos de cada periodo. Zenón comprendía que nunca llegaría a ser un experto en esa materia, pero con los años y el gusto por Portugal se hizo un gran conocedor y estudioso de la cerámica de *Vista Alegre*, en casi todos sus viajes al norte de aquel país no dejaba de visitar la fábrica en Ilhavo. Zenón escribía entre cada sorbo de aguardiente, dejándose envolver por el ambiente del hotel favorito de Lord Byron. Se acordó que Manuel Tajaneiro no pudo pasar de *Sèvres* o *Chantilly* antes de morir. Disfrutando de estos recuerdos se dan cuenta los dos amigos que se hace tarde, "deberías tener una Marcela, así tu local estaría siempre abierto", pero el trastero era otra cosa, Zenón Torrecilla y aquel lugar eran uno. "Por cierto, ¿conoces a un tal Matías Marzol?", "no me suena, ¿por qué?", "es igual, nos llamamos", "siempre con tus misterios, yo te lo cuento todo", "Adiós Evariste".

Zenón, subiéndose el cuello de la oscura gabardina, comienza a andar en dirección contraria, le apetece pasear antes de tomar un taxi, la tarde empieza a ser noche y el cielo se despoja de gotas finas y suaves, mientras camina recuerda el día que Manuel Tajaneiro decidió morirse, el camastro de la buhardilla era como la cuna de un bebé maloliente, sin pelo, con algún costrón en la frente, pocos dientes y media barba cana, que solo le afeitaban una vez por semana, casi siempre en posición fetal, bajo un edredón amarillo, el quinqué le iluminaba los ojos, siempre vidriosos, entre sus grandes párpados rosa pálido, a Zenón se le anudaba la garganta pero subía todos los días como si fuera un ritual, la ceremonia de lo incógnito, cada vez que su maestro hablaba nuestro hombre ya no se sorprendía de nada, y escribía, siempre escribía, el cuaderno en su rodilla derecha, manejando el portaminas con la destreza de un arquitecto. Manuel Tajaneiro se estiró entre las telas y suspiró aliviado, "prepáralo todo como te he ordenado, esta noche me iré a descansar para siempre", y entregó un sobre a Zenón, al momento el viejo comenzó a hiperventilar, se incorporó, sus piernas levitaban al compás de la respiración cansina, los ojos se querían salir a flotar por la estancia, a volar por el trastero y dar un último repaso a los trastos de aquella guarida. Zenón no sabía cómo actuar en esos momentos de angustia, desconocía si Manuel Tajaneiro tendría

algún familiar, pero las instrucciones fueron claras, “llama a la funeraria ellos se encargarán de todo, que me incineren, de las cenizas no te hagas cargo”. Dudaba si llamar a la señora que lo atendía, a aquellas horas, a lo mejor no se moría tan de inmediato y aguantaba hasta las diez de la mañana, cuando ella hacía acto de presencia, de esa manera no se encontraría tan solo en el óbito. Se levantó para llamar a un médico, pero no sabía a cuál, mejor una ambulancia y que lo ingresen en un hospital, se acordó que cerca del trastero hay uno, el de La Princesa, desde el gabinete escuchó un gemido, y otro, acercó su oído a la boca pestilente de aquel moribundo, “no llames a nadie aún, déjame morir en mi cama”, Zenón abrió el sobre, era un sobre marrón sobado, contenía tres documentos, un testamento ológrafo de una letra clara, redondilla, sin tachones, un solo folio, decía que todo su patrimonio lo heredaba Zenón Torrecilla, detallaba los enseres, los muebles y las mercaderías del trastero y la buhardilla, Zenón supo que el local era arrendado; en otro documento aparte el consentimiento del propietario para ceder el arrendamiento a Zenón, y en el tercer folio manuscrito le decía dónde guardaba el dinero, lo tenía todo consigo, y Zenón lloró, “¿por qué a mí?”, no recordaba cuando lo hizo por última vez, mientras las lágrimas recorrían su rostro Manuel Tajaneiro espiraba. Zenón le cubrió con aquel edredón amarillo, que casi era marrón claro, y mientras contemplaba la escena, se acordaba del día que conoció al viejo, recién llegado de Buenos Aires, cuando aún no había encontrado trabajo, aquella llamada de Manuel Tajaneiro a casa de su abuela la de Argüelles, le dijo que buscaba un ayudante, que estaba mayor y enfermo, que fuera a verle, que no se arrepentiría, que estaría bien pagado. Y agradeció al cabrón gallego de la calle Mariano Acosta, arrepentido, que le diera referencias a Manuel Tajaneiro de un Zenón desesperado. Tras estos recuerdos vuelve al trastero sin tomar un taxi, la caminata se hace corta entre tantos pensamientos, y tampoco abre aquella tarde, está cansado, muy cansado.

IV

La posada

Del viejo Denon sale el aria de Turandot que tanto le gusta a Zenón, y al final de la pieza, cuando braman las trompas, y los timbales y platillos ensordecen el trastero, Zenón se transporta al furioso océano de Barra, más tarde nadie duerma, tiene que adivinar quién es "L". Se carga de euforia, la música a todo volumen le empuja a viajar, a salir de la osera a pesar del clima inconveniente. Es en la trastienda donde se cuecen los pensamientos más idílicos, como en la rebotica las pócimas más secretas, y la buhardilla es la trastienda donde Zenón Torrecilla pergeña sueños, inventa encuentros, decide volver a Portugal. El viaje no se hace esperar, pocos días después se marcha en busca del comerciante que le vendió la caja de plata. Cuando Evariste se entera, le dice que espere a que haya lampreas en el *Mondego*, que deje pasar el otoño, Zenón acepta la invitación gastronómica, pero no puede esperar, ahora quiere ir solo, encontrarse con el azar o el destino, la gran duda de su existencia. E imagina, que como en el drama de Puccini le puede ir la vida en ello, o incluso que tenga que ser otro el que acabe su obra, y en cierta manera así es, ahora que me dispongo a ordenar los cuadernos de nuestro hombre.

Llega a Aveiro cuando las farolas empiezan a ofrecer su brillo a la neblina, abre un tercio la ventanilla del vehículo para oler desde la orilla opuesta del canal que bordea el *Rossio* , esa mixtura de salitre y cieno que tanto le agrada, y ya en la avenida *doctor Lourenço Peixinho* el viejo golf bota y chirria al rodar por el pavés bacheado. Al llegar a la altura de la estación de trenes duda si hospedarse donde siempre o cambiar, se ha apoderado de él un cierto miedo, una ligera angustia, quizá por lo que pueda deparar el domingo, no tiene claras las preguntas, las respuestas que dará al comerciante, suponiendo que lo encuentre. Piensa que después de todo ha ido a disfrutar del fin de semana, y con una rápida maniobra hace girar el vehículo tomando la rúa donde asienta sus

cimientos el *Paloma Branca*, aparca frente al hotel, la marquesina diminuta, la puerta de acceso pequeña y discreta luciendo el número 19 en caracteres dorados, vuelve a mirarlo repasando las esquinas, los balcones, la palmera del jardín, sigue dudando hasta que por fin cruza la calle y decide entrar. “Buenas noches, no he reservado habitación”. *“Boas-noites* señor, no es preciso, usted siempre tiene aquí un cuarto disponible”, contesta el joven caboverdiano luciendo sus enormes dientes amarillos, y añade mientras rellena una ficha de hospedaje “todavía recordamos aquella fiesta que ofreció su amigo francés hace varios años”, “eso fue hace mucho tiempo”, “sí, pero fue la mejor fiesta que se ha dado en este hotel, yo entonces era el mozo”, aquel recuerdo provocado, le transporta a la noche de verano que Evariste hizo preparar el jardín para dar un lunch a sus amigotes de Madrid, los hospedó en el hotel durante tres días, por allí pasó una pequeña orquesta y músicos de cámara para acompañar las cenas a media noche. Evariste entonces acababa de dar un golpe de los que él llamaba “todo sustancia”, quería presumir y hacer negocio con algunos pájaros madrileños y algún que otro portugués. Evariste conoció la fábrica de cerámica, cerrada y casi ruinosa de *Carvalhinho* en Vila Nova de Gaia. Una noche cargó todo el azulejo viejo que alicataba los zócalos y algunas paredes de la antigua factoría, varias de esas toneladas del valioso material fueron a parar a una gran mansión a las afueras de Madrid, la operación de cinceles duró toda una noche cargando furgones grandes, y se valió de lo más florido de los bajos fondos de Oporto para rematar aquel robo. Le sobraron preciosas piezas azules de algunas estancias, algunos muestrarios, y se los vendió en aquella fiesta de Aveiro a un rico anticuario de Lisboa. Hoy sólo queda la altísima chimenea y los recuerdos de las fechorías del francés.

Zenón sube a su cuarto, intentando recordar la excusa que manejó para no estar en aquella bacanal. Se pone cómodo, se siente cómodo, hace ademán de encender la televisión, se arrepiente y deja el mando encima de la cama; abre el cuaderno veintiuno, comienza el lapicero a rozar aquellas hojas inmaculadas mientras su cuerpo se sienta contra el cabecero montando un maléolo sobre el otro. Hace descansos de escritura para entretejer la estrategia del encuentro con el comerciante, ya tiene compiladas en su mente las palabras y eso le conforta el sueño.

Detrás del hotel hay unos corralitos, pequeños patios, y algún huerto que llaman la atención, por estar aún en medio de la ciudad; pero así es Portugal. Todavía las ciudades no han perdido ese

encanto pueblerino que las hace más amigables, le sorprenden escenas que se perdieron hace años en España. En esos huertos canta el gallo al amanecer, allí en el país del gallo, y canta tres veces como el de Barcelos. Zenón despierta aquel domingo recordando otra vez los gallos de Rivadavia mientras se despereza aquella mañana soleada, las imágenes del Chaco se le amontonan y tumbado aún en la cama, mirando al techo sin mirar, piensa en Mariela, la imagina pisando descalza las calles polvorientas, la veía de espaldas, andando deprisa, la falda cortita le respingaba, se traslucían los muslos entre las zancadas que eran casi volteretas, cabriolas, ella volvió la cabeza y le miró, pero Zenón sufre, no recuerda su rostro, le cuesta trabajo describir sus facciones, no posee fotos que le recuerden cómo era, cómo la dejó, y se da cuenta una vez más que la sigue amando, quiere saber cómo será ahora su cara, su cuerpo, después de tantos años. Hace un esfuerzo, e imagina lo que estará haciendo ahora, en este mismo instante, y descubre que duerme. Mariela está durmiendo en aquel barracón mal pintado, a lo mejor está sola, y eso le agrada. Suena el teléfono, se asusta. “Las ocho de la mañana señor”. Cuelga el auricular sin dar las gracias. El luminoso día le anima a desperezarse, a evaporar las ensoñaciones bajo la ducha, toma una tisana, después sale a la calle, el coche lo deja aparcado frente al hotel, es evidente que no tiene intención de comprar gran cosa, toma la avenida en dirección al mercadillo, la acera esta empedrada de mosaico, es como el adoquinado de la calzada pero en pequeño, los zapatos de suela le comienzan a jugar una mala pasada en aquel suelo ondulado, dificultoso de andar, pero se olvida recreándose en algunas casas antiguas y en ruinas que ve tras la acera de enfrente, una de ellas está llena de arbustos en el tejado, compara aquella mansión con la cabeza de un cadáver, le crece el pelo, aunque de esto habría que discutir mucho, pues ha oído a los forenses decir que no crece, que lo que se contrae es la carne, o sea, una ilusión más añadida a los chascarrillos populares. Intenta deducir por qué hay tantas edificaciones majestuosas en Portugal que atesoran ruina; no tendrán dueño, o si lo tienen están en el hiperespacio, habrán huido cuando el comunismo, o quizá la administración es muy exigente en materia de restauración o reedificación, o es tal vez la crisis, o el tiempo que aquí transcurre más lento. Está en estos pensamientos y sin darse cuenta se topa con la pequeña plaza donde arranca la *rua dos mercadores*, hay pocos tenderetes, otros se están construyendo, decide desayunar en un pequeño café, las palomas le frenan el paso, se fija en las arcadas, en los ventanales blancos de cuadradillo

inglés, cada alféizar cuajado de palomas, éstas llenan de palomina todo el entorno, las farolas de la fachada, los bancos de la plaza y hasta los capiteles de los pilares. Seguro que es un buen presagio. En aquel café, apoyado en el mostrador ve afanar a aquellos hombres que intentan ganarse un jornal el día de mercado, unos por profesión y otros por divertimento, que de todo hay, y el discurrir de poca gente a esa hora tan temprana de domingo. Asoma una pequeña furgoneta blanca, aparca junto a los arcos de la plaza, Zenón cree reconocer al hombre que le vendió la caja, en efecto, aquel es, lleva una gorrita de color claro, eso le hace dudar, pero es él, las palomas se espantan, aunque no todas, deja que aquel portugués instale su tenderete, con parsimonia, como pensando que tiene todo el día por delante, que no están las cosas para correr, que tal vez es mejor quedarse en casa y no pasar fatigas. Zenón, en un derroche de paciencia o quizá de indecisión, espera que el comerciante tome posesión del solar que tiene asignado bajo las arcadas, coloca con meticulosidad todas las piezas que expone; vidrios, cerámica inglesa antigua, juegos de tocador, de plata y de alpaca, varios libros viejos amontonados, dos radios de válvulas no muy grandes, bandejas con objetos pequeños y en el suelo algún mueble poco aparatoso. El hombre aquel, queda satisfecho de la colocación, ahora se pone delante de su negocio frotándose las manos y dando pequeños impulsos a su cuerpo como si fuera a saltar, recoloca la tela blanca que cubre el puesto, luego levanta la cabeza y la gira en todas direcciones, está observando el ambiente, se pone a charlar con su vecino de profesión, suponiendo que sea ese su verdadero hacer. Zenón al otro extremo de la pequeña plaza paga el café y sale, decidido a hablar con aquel tipo, pero en el último instante de acercamiento se gira hacia la *rua dos mercadores* y enfila la calle, hablará con el comerciante cuando el sol esté más alto, cuando se marche el frescor de la mañana, necesita un precalentamiento, y comienza a recorrer las callejas que huelen ya a caldo de gallina, se interesa por las novedades de los anticuarios, alguna pintura de cierta importancia, algún libro o quizá alguna moneda de los numismáticos que también están allí instalados. Después de recorrer aquel bazar serpenteante, sabe que el momento es propicio, se acerca al comerciante, éste le reconoce, es el español que acude algunas veces por aquel rastro, intenta recordar si le ha vendido alguna pieza. Antes de que Zenón salude, se anticipa el portugués, *“bons-dias*, le interesa alguna cosa”, “no especialmente, me tiene que gustar mucho”, “como la tabaquera que le vendí el mes pasado”, “por ejemplo”. El comerciante le está facilitando las

cosas a Zenón, y éste manosea algunos objetos y le dice "¿tiene alguna pieza parecida?", "no, pero de plata tengo ceniceros, juegos de tocador para señora...", "no, de eso no. Por cierto, ¿dónde adquirió la caja que le compré?", el portugués quedó pensativo y con una sonrisa "no suelo informar del origen de la mercancía", bajando la voz insiste "no damos factura, no hay mucho control, ya sabe, la gente que vende quiere discreción, unos como comerciantes y otros como personas privadas que a lo mejor venden por necesidad y son de una cierta posición, ya me entiende", "ya", Zenón espera pensando como atacar la conversación y que aquel personaje no sigua escurridizo, e insiste "pero, si yo tuviera mucho interés en saberlo, por supuesto sin comprometerle en nada", "no sé, pero de lo que sí estoy seguro es que la persona a quien se la compré no tiene más piezas de esas", "no importa, respóndame, ¿habría algún problema para conocer a su proveedor?", el comerciante se distancia de Zenón para apoyarse en la esquina de su puesto, queda unos instantes en silencio, sin duda se pregunta para que carajos quiere saber el español quién es el proveedor, comienza a desconfiar y por otro lado quiere sacar ventaja de la situación, musitando "bueno, no sé, déjeme que lo piense, ¿se va a llevar algo?", Zenón Torrecilla entiende la indirecta, "¿qué le gustaría venderme?", "aquella figurita pequeña", "¿por qué esa precisamente?", al anticuario portugués se le encienden los ojos y comienza a hablar más alto "es una pieza especial, la adquirí en Castelo Branco hace tiempo y me gustaría venderla, es muy valiosa", Zenón alarga el brazo, coge aquella pieza de no más de quince centímetros de altura, la observa con detenimiento y viene a corroborar lo que pensó cuando la vio anteriormente, mientras escudriñaba las antigüedades del puesto. Es una burda imitación de una estilizada danzante, una criselefantina de Demetre Chiparus, y está claro que no es de bronce y marfil sino de resina y quizá plomo pavonado, "¿cuánto cuesta?", "¿cuánto me daría por ella?", "lo tengo que pensar", ahora es Zenón el que se pone en guardia, y a modo de recomendación "por cierto, ¿puede comer conmigo?", es casi una afirmación, el portugués se disculpa "gracias, no puedo, estoy solo, normalmente me acompaña mi mujer o mi hijo, pero no pudieron venir, ya sabe que no recogemos hasta el final de la tarde, no puedo dejar el puesto, guardar todo y volver a montar, es un poco complicado, tengo aquí el almuerzo", Zenón intenta convencer al comerciante "y después de recoger ¿cenaríamos juntos?", "imposible, embala, prepara la furgoneta, vuelve a casa, estoy lejos", "¿de dónde es usted?", "de Viana do Castelo", "bonita

ciudad… Bueno hombre le compro la figurita y nos vamos a comer, haga un esfuerzo", el comerciante esgrime algo más que una sonrisa mientras se transforma en mercader; gira sobre sí mismo y dice "mil euros, vale mil euros", Zenón saca del bolsillo interior de su chaqueta un billete de quinientos y lo mete debajo de la peana de mármol de la figurilla, "está muy bien pagada, a las dos vengo por aquí", el portugués con cierta sorna "¿pero no se la lleva?", "luego, al almuerzo, ¿cómo se llama usted?", "Manuel Abril Cardoso", "yo soy Zenón", "un placer señor Zenón". Nuestro hombre sale de la pequeña plaza y cruza el canal principal de Aveiro, le apetece apartarse de allí, dar un paseo hasta la hora del almuerzo, bordea el canal por delante de un majestuoso centro comercial, quiere encaminarse hacia la antigua azulejería de Aveiro un precioso edificio del diecinueve, habilitado para salones de congresos o algo parecido, contempla los *moliceiros*, los puentecitos sobre el canal llenos de flores y a su espalda, en una elevación, un cementerio que le evoca recuerdos de Manuel Tajaneiro, pero no se entristece, si Manuel hubiera tenido una tumba él iría a visitarle, a contarle el devenir de su vida; recordó que sus cenizas nunca fueron recogidas, no sabía que hacían las funerarias con las cenizas que no se recogen, tenía que informarse, y mientras rememora a su maestro se da cuenta que el camino está cortado. Frente a Zenón se eleva un enorme hotel junto a la azulejería, qué contraste, un edificio de ladrillo visto, antiguo, y esta mole de colores recién construida saliendo del agua, desde aquella posición el final del canal más parece un lago con una gran pradera en la orilla opuesta, el entorno es idílico aquella mañana iluminada. Vuelve sobre sus pasos, contemplando los barcos ahora llenos de turistas. Zenón está contento, el asunto de la caja de plata es lo único que le da ganas de vivir, tiene ilusión por hacer algo, lucha por conseguir un objetivo, aunque en verdad sea incierto, le apasionan las sorpresas que pueda encontrar, está dando un sentido a su aburrida vida, y en el fondo, el asunto es un divertimento. Regresa a la pequeña plaza y busca al comerciante, no está, ha recogido, ha desaparecido, Zenón desaforado, le pregunta al vecino de puesto, se pone nervioso, dice que se marchó a *jantar*, da varias vueltas por la placita, entra en la *rua dos mercadores* y al fin lo ve de frente, "le estaba buscando" dice el comerciante, y Zenón "me dio un buen susto, pensé que tenía que comer solo". Comen juntos en una pequeña fonda, en una de esas callejuelas, y el olor a caldo de gallina se impregna en su memoria para siempre.

V

En la mesa de la casa de comidas a Zenón y el comerciante Cardoso les separan escasos cincuenta centímetros, a pesar de estar sentados uno frente al otro. El ambiente es agobiante, una fila de mesas sobre la pared frente a una pequeña barra de bar, una escalera de caracol para subir al piso superior, que quizá es aún más angosto. La fachada del establecimiento no tiene más de dos metros y medio, y el techo está casi encima de sus cabezas. El camarero deposita en la pequeña mesa dos bandejas de comida y los platos hacen equilibrio para no rebasar la mediana de su circunferencia. Zenón se llena de olores, y comienza a sentirse a disgusto a pesar de la amena conversación del portugués, no es sólo el caldo de gallina, el caldo verde, el aroma que llega desde el grill, el queso de la sierra, también hay un cierto olor a sudor flotando en aquella fonda atestada y además está el aliento del señor Cardoso inflamando el poco aire que les separa. El comerciante en un ademán de poca discreción, coloca la falsa criselefantina en una esquina de la mesa, robando aún más centímetros al diminuto espacio, “no se vaya a olvidar la figurita”, eso no le preocupa en este momento a Zenón, seguramente la arrojará por la ventanilla del viejo golf de regreso a España. “Entonces dígame, el señor al que compró la caja ¿es anticuario o una persona anónima?”, sin dejar de masticar una patata asada, con decisión y reafirmando su oficio, el portugués saca del bolsillo interior de su chaqueta un papel, “mire, mi tarjeta, Manuel Abril Cardoso compra y venta de antigüedades”, Zenón mira la pequeña cartulina sepia y se la guarda, Cardoso insiste “soy un profesional, llevo muchos años recorriendo pueblos y ciudades, soy muy serio, unos clientes me mandan a otros y otros me llaman de parte de otros, eso es señal de que pago bien y los que me conocen pueden decir que soy discreto, por eso convenga conmigo que hay informaciones que no se pueden dar”. Zenón escucha aquella perorata y alguna más que encadena la honradez y la discreción de Cardoso. Cansado de tanta palabrería “dígame algo que quiera oír”, el señor Cardoso levanta los ojos y le mira, pero no a los ojos, más bien a la altura de la barbilla, con una mueca entre

complacencia y contrariedad le dice en voz baja, arrimando su rostro casi a la cara de Zenón “se la compré a un señor de Porto, era una herencia, le compré además cuatro trastos viejos que no valían nada”, vuelve a reposar sobre la silla, nuestro hombre comienza a tirarle de la lengua “pero usted Manuel, sabrá cómo se llama, su teléfono, a lo mejor la dirección, etcétera”, el portugués saca del bolsillo una pequeña agenda algo gastada y repleta de escritura a lapicero, en lo de la mina parece que coinciden ambos personajes; comienza a ojearla, “debió ser en junio pasado cuando la compré, debo tener el teléfono por aquí anotado”, ahora pasa las hojas con velocidad y “por fin, aquí está, Rui Abreu, apunte”, y Zenón anota el nombre y el teléfono de aquella persona, “¿tiene también la dirección?, o algún otro dato que me pueda interesar”, “no, quedé con él en un hotel de la avenida Boa Vista, tiene unos cincuenta años, bastante distinguido”, “¿sabe por qué vendió la caja de plata?”, “ya le dije que era una herencia, ah, de su madre creo recordar, ya había fallecido”, Zenón considera suficiente la información, no desea prolongar más la sobremesa, y pide la cuenta al camarero. Han quedado algunas mesas vacías, lo que supone un cierto respiro en aquella atmósfera comprimida, Zenón observa a un hombre, apoyado en la pequeña barra, no ha dejado de mirarles durante un buen rato, lo curioso es que no está tomando nada. Aquel hombre mayor, de mil arrugas en el afilado rostro y gorra inglesa no les quita ojo, incluso cuando caminan hacia la salida les persigue con la mirada. El señor Cardoso parece no percatarse del asunto. Zenón necesita aire fresco, quiere despedirse del comerciante en la calle, allí estarán más aliviados, en la pequeña rúa queda hasta más ver con aquel hombre discreto. El sol proyecta ya una sombra alargada sobre Zenón Torrecilla cuando está a punto de doblar a la *rua dos mercadores*, algunos comerciantes comienzan a recoger sus trastos y sus bártulos, se siente más sereno, está perdiendo ese punto de nerviosismo contenido que tuvo durante la mañana y la comida, incluso piensa que el aguardiente a los postres le ha sentado de maravilla. Con ese ánimo va caminando pausadamente hacia el hotel, sin dejar de planificar cuándo llamará al desconocido Abreu. Gira la cabeza hacia su hombro derecho, se huele la chaqueta apestada de humo y caldo de gallina, necesita airear la ropa, es algo que le molesta sobre manera, lo nombra como “olorunto”, ese tufo le recuerda la cocina del barracón, cuando Mariela guisaba aquellas verduras pestilentes o abrasaba la carne grasienta de chancho, se la imaginaba como siempre, medio desnuda, afanándose en el rústico hogar, de espaldas a él que

reposaba en la atardecida, desparramado en un sofá de mimbres mirando sus respingonas nalgas, cubierta por aquella falda corta y vaporosa, descalza o con unas simples sandalias de playa, aunque allí no había playa sino polvo y arena en los secos veranos del Teuquito. Los domingos cuando el ambiente era insoportable corrían a los humedales hasta la hora en que los mosquitos les espantaban al barracón; llegaban cansados, se sentaban en unos tajuelos a la puerta, hasta que bien entrada la noche el tejado de chapa se enfriaba y podían entrar a dormir, mejor, a intentar primero la preñez y después quedar lasos sobre el jergón mirando el bombillito. En aquellas conversaciones de puerta al fresco, que no era fresco, a Mariela le gustaba oír de España, Zenón hablaba de Madrid, o cuando de niño fue con sus padres al Jarama y se cayó en un zarzal, estuvieron quitándole espinas durante tres días, le llenaron el cuerpo de mercromina, y no se quejó nunca, Mariela decía que estaba segura que fue entonces cuando descubrió su vocación por la medicina, Zenón callaba y sonreía para no mentir a Mariela, aunque mentía con el silencio. El era feliz con estas pláticas bajo el cielo estrellado del Chaco, que era otro cielo distinto del de Madrid, en aquel hemisferio las estrellas eran otras, y según Mariela todas hembras, como ella que había bajado del firmamento para atraparlo. Zenón quedó influido siempre por aquellos astros.

Recorre las calles de Aveiro sin prestar atención al entorno, se deja llevar por la nostalgia del Chaco, es un recorrido programado en el subconsciente. Dándose de bruces con la puerta del hotel, siente que le duelen los pies, “malditos zapatos de suela”. Está elucidando si volver a Madrid o plegar velas y quedarse a dormir en el hotel con gallos. Zenón Torrecilla no tiene ganas de abrir el trastero al día siguiente, y después de quinientos quilómetros, muchas menos. Al final la decisión es descansar tranquilo en el hotel, por la mañana se planteará si llamar al señor Abreu o dejarlo para otra ocasión, volver a Madrid relajado, con el sol de cara. “¿El señor se queda otra noche o se marcha como de costumbre?”, el simpático caboverdiano parece adivinar los pensamientos de Zenón, “se queda esta noche”, nuestro hombre fija la mirada en el recogido bar, de espaldas a él ve una cabeza con gorra que sobresale de un sofá de napa verde, la gorra le suena, una visera inglesa haciendo juego con el mobiliario, avanza hacia el ascensor y le sorprende comprobar que es el mismo hombre, de cara acartonada, el que le observaba en la casa de comidas. Zenón se dispone a subir al ascensor pero se arrepiente, le apetece tomar un refrigerio, vuelve sobre sus pasos, se sienta en una butaca del bar, cerca de aquel

individuo que ahora lee camuflado el diario *Publico*, nuestro hombre saluda cortésmente, aunque lo que quiere es volver a ver la cara del sujeto, el portugués baja el periódico, asoma la gorra, devuelve las buenas noches con movimiento de cabeza incluido y pregunta "¿español?", "sí", "¿de dónde si se puede saber?", "de Madrid", el sujeto comienza a expresarse en un portuñol comprensible, con mucho acento luso, diciendo que le gusta mucho la capital de España, que tiene añoranza de algunos platos de la gastronomía española, Zenón está en otros pensamientos, le importa una mierda lo que dice aquel tipo, cuando frena la riada de palabras Zenón le inquiere "¿nos hemos visto antes?", "puede ser, Aveiro es una ciudad pequeña, cuando estoy aquí la recorro casi toda, me gusta pasear, ir de compras, visitar lugares que no he visto antes, etcétera", Zenón se fija en el calzado que lleva. Aprecia que tiene unos zapatos más parecidos a unas zapatillas de deporte, elegantes, piensa que vaya suerte, así no se le destrozan los pies, cae en la cuenta que se trata de un hombre acostumbrado a mucho andar, delgado, más bien enjuto, tirando a bajo, debe de ser presumido pues por la edad que aparenta no tiene ni una cana, está teñido, demasiado negro el pelo, quizá peluca, sí, más bien un pelucón, Zenón no se dio cuenta pero ahora confirma la falsedad de sus cabellos casi escondidos bajo la gorra inglesa, a lo mejor la gorra es para sujetar mejor el postizo los días de viento, que por aquí son muchos, o quizá para disimular mejor la prótesis negra, aunque prótesis realmente no es pero puede decirse. Se imagina la cabeza de aquel hombre totalmente calva con la cara arrugadísima y seca, los ojos pequeños y hundidos y los labios tan finos que casi no tiene labios. A Zenón le recorre un cierto horror en forma de escalofrío, el personaje es un tanto siniestro. Sigue escuchando sin escuchar las palabras que salen de la boca del luso, ahora habla de política, luego del tiempo, Zenón Torrecilla comienza a sentirse incómodo. Un camarero se acerca "¿desea tomar algo el señor?", "un *tawny* joven por favor", lo dice miméticamente, es lo que está tomando el "cara cartón", como apoda Zenón en ese instante al sujeto, el cual comienza un sutil interrogatorio, "veo que le gustan las cosas buenas de mi país, ¿hace mucho que viene por aquí?", "de vez en cuando, por negocios", "¿a qué se dedica?, si no es indiscreción", "al comercio en general, compra y venta, ya sabe", Zenón con esas vagas palabras quiere evitar el cuestionario, pero el portugués es pertinaz "¿qué compra o vende?, nos viene a vender seguro, como casi todos los españoles, pero eso a nosotros no nos importa, el único problema que tenemos con España es el agua, ya sabe los

pantanos, ustedes nos cortan a veces el grifo…”, el sujeto se ríe y Zenón aprovechando las últimas palabras de aquella frase deriva la conversación por otros derroteros, pero está convencido que el cara cartón ya sabe a qué se dedica, y más habiéndole observado en el restaurante. Después de degustar el dulce vino Zenón no puede contenerse “y ¿usted a qué se dedica?, ¿cuál es su profesión?”, el portugués abandona el periódico encima del asiento contiguo del sofá verde, se orilla para tomar con delicadeza su copa, con esta en las manos le responde pausadamente, recalcando las palabras “soy investigador privado, he venido de Lisboa para intentar resolver un asunto económico grave, de mucha importancia”, Zenón pensativo, se decide a hablar “bueno, no me interesan sus asuntos, ha sido un placer conocerle, me retiro a descansar, he tenido un día ajetreado”, “¿le gustaría cenar conmigo?”, “lo siento, me gustaría pero insisto que estoy cansado”, nuestro hombre se siente incómodo e intenta zafarse lo antes posible, el cara cartón se empieza a poner pesado y Zenón se levanta despidiéndose. Al momento *“boas-noites* Zenón” responde el sujeto, nuestro hombre se frena en seco, recibe un destello que le hace saltar como un resorte “no recuerdo haberle dicho mi nombre”, el cara cartón dubitativo “hace un momento me lo dijo”, Zenón con el gesto un tanto áspero “no lo recuerdo, puede ser, por cierto ¿y usted cómo se llama?”, “Agostinho Vieira”, “Adiós señor Vieira”. El arrugado personaje queda mirando a Zenón con una media sonrisa, mientras éste se dirige a los ascensores. Intenta recordar con detalle la conversación con aquel portugués, una y otra vez se reafirma en que no se ha presentado, “últimamente todo el mundo me conoce”.

Aquella noche duerme de un tirón hasta que le despiertan los gallos y su primer pensamiento fue para el cara cartón, no se lo puede quitar de la cabeza. Baja las escaleras hacia el hall del hotel a tomar la tisana de costumbre en el restaurante, es temprano, muy temprano, y está solo en el angosto comedor. Salen del buffet aromas de café, de huevos revueltos, de salchichas, de frutas, de bollos recién hechos, pero todo eso es para otros, Zenón a esas horas de la mañana no puede comer, le da asco la comida. Se levanta antes de terminar la infusión, se dirige acelerado a la recepción, “perdone, ¿el señor Vieira sigue en su cuarto?”, “buenos días, disculpe, ¿quién me dice?”, “Agostinho Vieira”, “espere, un momento”, la joven empleada del *Paloma Branca* comienza a indagar la terminal del ordenador, “lo siento pero no hay nadie hospedado con ese nombre”, Zenón entre sorpresa y enfado, “no puede ser, estuve anoche tomando un oporto con él, en el bar”,

describe al personaje, la recepcionista afirma no haber visto a esa persona, “pregunte a mi compañero cuando se incorpore al trabajo, yo no he visto a nadie con esas características”. Zenón vuelve al comedor sin despedirse de la empleada. Extrañado por lo ocurrido imagina que existe la posibilidad de que el cara cartón esté únicamente en su mente, aunque lo duda. La atmósfera poco iluminada le favorece para construir mil y una elucubraciones, contempla la taza de fina porcelana medio llena que ya no humea, absorto en sus pensamientos. Queda sentado en aquella mesa del restaurante hasta que una pareja de clientes le despierta de la ensoñación, sabe que debe marcharse del hotel, aunque antes tiene que hacer una llamada.

VI

A lo largo de los últimos diez años Zenón Torrecilla había amasado una considerable fortuna. El negocio de los trastos viejos y las pinturas antiguas le reportaron grandes beneficios, vendiendo a nuevos ricos, sobre todo a constructores los cuales ganaron mucho dinero durante ese periodo, aquellas gentes querían que sus casas tuvieran el empaque de las mansiones de la aristocracia, y Zenón les colgaba retratos sin nombre en sus estancias, personajes desconocidos de herencias dilapidadas en los malos tiempos. Casi todas las pinturas de medio cuerpo eran del siglo diecinueve y aunque anónimas en el trastero, cuando las adoptaron los novísimos gentiles lucieron con renovado brillo en los salones de postín, como si el nuevo nombre les hiciera cobrar vida. Todo este trasiego lo hacía con discreción y con la disciplina aprendida de Manuel Tajaneiro. El viejo le inculcó la austeridad, la prudencia, la euforia contenida. Zenón incorporó aquellas enseñanzas a su estilo de vida, convirtiendo el trastero día a día en un cenobio de un solo cenobita. En el cuaderno número uno ya encontramos algunas anotaciones a este respecto, y en cuadernos posteriores, se recrimina a sí mismo en algunos renglones la falta de sencillez o de mesura. Sin embargo, este estilo era lo que le distanciaba de Evariste; un despilfarrador, un vividor desaforado, un histriónico en las reuniones, donde acaparaba toda la atención, un encantador de culebras, un hombre que igual que ganaba gastaba. Zenón se divertía con él, estar juntos era una válvula de escape, y además, nuestro hombre se aprovechaba de los contactos, amistades y sobre todo de los viajes, y a Evariste le venía bien un poco de cordura en ciertas ocasiones.

Zenón Torrecilla sigue dentro de aquel hotelito aveirense, está en su cuarto a punto de partir, enciende el teléfono móvil, en el aparato están reflejadas entre otras, varias llamadas de Evariste, pero a Zenón le da igual, se considera un privilegiado usando aquel aparato cuando le apetece o lo necesita, pocos pueden deshacerse hoy de este trasto, piensa. Zenón en algunos momentos tuvo la idea de reventar el móvil desde la ventanilla del viejo golf. No estar conectado es de las cosas que más desagradan a Evariste, pero le

trae al fresco. Busca en la billetera la nota con el teléfono del señor Abreu. “Dígame, ¿quién es?”, mantiene una conversación con aquel desconocido, después sale del hotel, se pone a los mandos de su viejo golf y se dirige a Oporto. El día también es luminoso; ya en la autopista, más relajado sigue pensando en el hombre arrugado del hotel, el *Paloma Branca* es un establecimiento poco adecuado para que la gente de la calle entre a tomar una copa, el mozo del hotel tampoco pudo resolver sus dudas, y mantiene la inquietud que aquel sujeto le provoca. La autopista está bordeada de una gran masa de árboles, casi todos eucaliptos y en la mediana verdean las adelfas, a esas horas de la mañana una sutil neblina convierte el recorrido en una especie de pecera inmensa, los árboles parecen más gigantescos, él se siente arropado por el bosque, la impresión le transporta al Teuquito. Llegando a Oporto la bruma se disipa y vuelve la luz con fuerza desperezando al atlántico. Desde Vila Nova de Gaia atraviesa el Duero, recuerda el día que cruzó el *Paraná* en Corrientes, con Mariela camino del Chaco, pero la circulación es tan intensa que tiene que concentrarse en lo que está haciendo, y da un giro ya en Oporto hacia la *avenida Boavista.* Zenón ha estado varias veces en esta inmensa ciudad, sin embargo no la domina. Al llegar a la plaza *Mousinho de Albuquerque* aparca su vehículo, se informa para llegar a la *rua de Entre Quintas*, al fin localiza la calle junto a los jardines del Palacio de Cristal, aparca, las vistas del Duero y la arboleda le transfieren una cierta paz tras la inquietud de la búsqueda, Zenón Torrecilla se encuentra ahora junto a la fachada del Museo Romántico. Se pregunta por qué habrá quedado el señor Abreu en ese lugar. Allí no hay nadie, se dispone a esperar mitigando la impaciencia con la observación de aquella bonita mansión de principios del diecinueve; la *quinta de Macieirinha*. El sol está detrás de la fronda e ilumina a brochazos de luz la fachada blanca, muy anglosajona, con sus ventanales de guillotina, de cuadradillo inglés y los perfiles de granito. Decide entrar en el palacete. Zenón piensa que el señor Abreu le va a dar plantón, que el encuentro a lo mejor no despierta interés para aquel sujeto. Está dentro del museo, son las once en punto, la hora convenida, se hace con un folleto y lee que ha sido la última residencia del rey Carlos Alberto de Cerdeña después de su exilio. El rey murió allí de tuberculosis en mil ochocientos cuarenta y nueve. Se pone triste no por el dato, está influido por un instante de oscuridad, de apagamiento, el capricho del cielo interpone una nube de mal presagio, a su alrededor todo se oscurece. Zenón sigue explorando aquellas estancias cautivadoras, los lienzos, retratos de medio

cuerpo como los que vendía en el trastero, estos seguro que tienen sus nombres verdaderos, los muebles de estilo imperio o inglés, los capitonés azul marino, los estucos, las paredes de color azul pálido, luminosas a pesar de la oscura nube, los grandes cortinajes, es la casa perfecta para un anticuario, ahora se responde que tal vez Abreu está haciéndole un guiño amigable al concertar la cita en aquel lugar, y se le ocurre que Manuel Tajaneiro debía de haber muerto allí, como el rey italiano, y no en el abigarrado trastero, en la oscura buhardilla pestilente. Después de saborear el entorno sale a los jardines, encuentra a un hombre paseando, no muy alto, viste una chaqueta de ante beige, pantalones claros, su pelo algo crespo aunque sin desaseo, de mediana edad, el rostro agradable, los ojos grandes sobre grandes bolsas bajo los párpados, no muy moreno. “Buenos días, ¿es usted el señor Abreu?”, “sí, el mismo, ¿qué desea de mí?”. Zenón Torrecilla no lleva preparadas ni las preguntas ni las respuestas que ofrecerá al desconocido, y surte efecto la improvisación, comienza a hablar con elocuencia, dice que está escribiendo un estudio, un anecdotario, “*el viaje en el tiempo de una obra de arte*”; las historias que esconde una pieza antigua, las manos que recorre a través de los siglos o de los años. En apariencia lo expuesto convence al portugués, éste dice que la caja de plata la hereda de su madre recientemente fallecida, pero que en realidad es de su abuela. Los dos hombres se sientan en un banco de hierro junto a la casa inglesa, la mañana sigue siendo agradable y la pesada nube se va marchando hacia el puente de María Pía, el portugués, que hablaba bien el castellano, comienza a deshilar la historia de su familia, “mi abuela Lucia nació en Porto, trabajaba como asistente de un conocido médico en Lisboa y quedó embarazada de mi madre. Aquel médico murió sin reconocer a su hija, mi abuela Lucia deprimida y agobiada por el rechazo, después de dar a luz a la niña se fue a España. Al término de la guerra civil la acogió una familia asentada en Burgos, pero creo que no eran de allí; el marido era comandante o coronel, no lo sé muy bien, creo que era un alto cargo. Poco tiempo después se marchó toda la familia a Madrid y mi abuela con ellos. Mi madre se crió en la casa del militar como un hijo más de la familia, hablaba muy bien español, cuando se jubiló mi abuela regresó a Porto, contaba maravillas de aquellas personas, murió en mil novecientos setenta y cinco, la caja de plata fue un regalo que hizo el militar a mi abuela, después, la caja pasó a manos de mi madre, al fallecer el pasado año la heredé. Me desprendí de ella con cierto dolor, tuve que afrontar bastantes gastos después de su muerte; si pudiese retornar

otra vez a mis manos me sentiría satisfecho. Me arrepiento de haberla vendido, me gustaría conservar ese recuerdo". Abreu para en seco la narración, ambos se miran a los ojos, el portugués los tiene vidriosos, Zenón ayuda a suavizar los sentimientos de aquel hombre, "no se preocupe, me interesa la historia, no la caja. Si promete darme toda la información que posee sobre su familia relacionada con la caja de plata, estaré encantado de regalársela", Abreu demuestra estar compungido "para mí sería muy importante, además, creo que usted es una buena persona, y seguro que mejor escritor", Zenón sonríe y distiende la conversación, "escritor seguro, pero bueno, eso es otro cantar", los dos ríen, Abreu forzado, y Zenón añade "¿se acuerda usted del nombre de aquel militar?", el portugués toma más interés en el asunto respondiendo "no, pero lo averiguo, tengo cartas de mi abuela, seguro que en alguna viene el nombre, eso me llevará algún tiempo", "bueno, no importa soy un hombre paciente", "¿cuánto tiempo va a estar en Porto?", "me marcho hoy mismo hacia Madrid, ya nos conocemos y seguiremos en contacto, tome mi tarjeta, además, le tendré que hacer llegar la caja", Zenón vuelve a sonreír satisfecho, el portugués le secunda y apunta "estoy muy agradecido, esto ha sido una sorpresa para mí", "recuerde, direcciones, nombres, etcétera", "de acuerdo", el señor Abreu se marcha atravesando los jardines hacia el Palacio de Cristal, su figura se va haciendo cada vez más pequeña, desapareciendo entre los parterres, las píceas y los castaños de indias, Zenón se queda mirándolo, en un pensamiento que estima transcendente, cada hombre tiene una historia, es una aseveración muy simple pero poco recordada, esta reflexión debería favorecer más la comprensión entre los seres, se dice que debiera ser puesto en las ciudades, sobre grandes andamios con letras luminosas, porque la historia confluye en otros hombres, y todas las historias se acaban entrelazando como si la humanidad estuviera atada formando una red invisible, de unos hombres se pasa a otros hombres, y así hasta tejerse esa telaraña de vivencias, recuerdos y sentimientos; se acuerda de internet, y piensa que todo eso es el aflorar de la memoria colectiva. Zenón queda de pie, solo, delante de aquella mansión que tantos placeres le ha sugerido, y repite casi en voz alta "Lucía, Lucía", ese es el nombre, no ha sido tan difícil.

A Zenón Torrecilla los intestinos le suenan y cae en la cuenta que tiene hambre, se encamina hacia la *rua de Entre Quintas*, en este corto paseo se pregunta por qué está haciendo aquello, esa investigación que a lo mejor no lleva a ninguna parte, y si lleva, a lo mejor no tiene ningún sentido, o desperdicia su tiempo por nada,

pero en lo más profundo posee un sentimiento avaro, se interroga casi musitando “¿y si encuentro algo de muchísimo valor?, ¿y si me soluciona el futuro?, ahora las ventas escasean con esta crisis aplastante”, aunque eso es una mera justificación, en verdad está mudando, como el bicho de una crisálida saliendo al aire, intentando romper con fuerza su propia disciplina, su mediocridad, su aburrimiento; ahora, puede permitirse el lujo de hacer cualquier cosa que le haga sentir pleno de verdad, que le divierta, además lo puede hacer solo para propia satisfacción hedonista.

Le asusta el timbre del teléfono móvil, pulsa la tecla verde, al otro lado de las ondas ese acento tan peculiar “donde anda *mon ami*, se que estás en Portugal, tienes siempre el móvil apagado, y por cierto, desatendido el negocio, ¿estás de vacaciones?”, “sí, estoy de vacaciones, ¿qué pasa?, hoy mismo regreso”, “no pasa nada, soy tu amigo y me preocupo de ti, te noto últimamente un poco raro, ya sabes”, “no te preocupes tanto, estoy muy bien, yo no me preocupo de ti”, “porque sabes que soy un hombre que soluciono siempre mis problemas”, “ya, y yo, ¿qué quieres?”, “nada, pero mañana podemos comer juntos, a lo mejor te interesa alguna de mis últimas adquisiciones”, “no sé, lo de comer puede, lo de comprar ya veremos, está todo muy mal, de sobra sabes que no se vende”, “cómo se va a vender, si no abres el garito. Te voy a presentar a una amiga que puede echarte una mano”, Zenón le replica con sarcasmo “en fin, eres un poco perro, quieres vender a un amigo lo que no eres capaz de venderle a otros, y encima me quieres colocar a una de tus amiguitas, yo pago el sueldo y tú te la beneficias”, Evariste ahora con mimo “no te enfades *chéri*, mañana ten abierto el móvil, te llamaré para quedar, *adieu”*, “vale, adiós”, Zenón apaga el aparato, le ha dejado la oreja bastante caliente, lo que le molesta sobremanera. Mientras se frota el apéndice abre la puerta de su viejo golf, su mente ya está en el barrio de Salamanca. El viaje de regreso a Madrid es fructífero en recuerdos, se marcha de Oporto campante, ha disfrutado del fin de semana como hacía tiempo, además, la climatología ha sido buena compañera. En el cuaderno veintiuno tiene anotados varios pensamientos ocurridos en la soledad de la conducción, pero sobre todo llama la atención el que trata sobre una noche en Lisboa con su amigo Evariste, son pensamientos radiantes, momentos de bonanza y diversión, es curioso como en aquel viaje casi no se acuerda del Teuquito.

VII

Cuando llega al trastero piensa que una ducha será la mejor opción después del cansado viaje. Sube casi a hurtadillas, sin darse cuenta de que no molesta a nadie, que está siempre solo. Tira la ropa sobre la cama, antes de meterse bajo el agua contempla con desgana su cuerpo, ha cambiado mucho, ya no recuerda como era antes cuando sus músculos estaban firmes, eso le ayuda a no reconocer el paso del tiempo, prefiere evocar el pasado que lo siente como si fuera ayer y eso le reconforta. La ducha es un placer que le deja más arrugado aún, es el útero materno, ese sitio de paz húmeda donde ya no puede retroceder más, es el primer eslabón de su existencia. La ducha de la buhardilla es distinta a como eran las duchas en el Teuquito, por cuarto de baño un chabolo en la parte de atrás del barracón de Rivadavia, un pegote añadido, con solo el agujero excavado en la tierra, el agua venía de un depósito de lluvia en la cubierta, perforada la chapa, una tubería de goma la llevaba al interior de la vivienda, al extremo una alcachofa de plástico en el excusado que por paredes tenía una humilde cortina. Se desaguaba por una gatera en el mamparo, que más que gatera era culebrera, en varias ocasiones tuvo que limpiar de reptiles los bajos de la cama, y cuando Mariela o él se duchaban, el agua corría y regaba la calle polvorienta, pero a Zenón no le importaban aquellas incomodidades, se había acostumbrado. Ahora, sale del cubículo tras un buen rato bajo el agua caliente, se seca, no hace frio, y desnudo se sienta en la butaca del gabinete, queda unos instantes sin pensar, sin saber qué hacer, el cansancio del viaje no le permite dormir, la noche es elástica, está desvelado a pesar de la ducha caliente. Decide abrir un cajón de la mesa de despacho, enciende el flexo que proyecta una luz en forma de gorro chino, al fondo, la estancia contigua iluminada por el quinqué de la mesilla, se aprecia un resplandor suave, amarillento, y las ropas cayendo desordenadas de la cama, es una escena que sugiere los cálidos interiores de Hopper. Empieza a revolver los papeles del cajón, allí está la nota de la caja de plata, y entre otros, está también la carta que tenía en sus manos Manuel Tajaneiro el día que lo recibió por primera vez

en el trastero, una hoja de papel finísimo, de esas que se envían por avión, es la carta de recomendación del gallego de la calle Mariano Acosta. Aquel emigrante le dio trabajo cuando escapó del Chaco, y no se sabe por qué interés, o deuda o remordimiento, le escribió a su amigo Manuel Tajaneiro. Le hablaba de Zenón, y el viejo anticuario obedeció. Zenón todavía no acierta a saber, a explicarse el por qué del cariño que fraguaron ambos, quizá aquellos hechos estén relacionados con su padre, pero ninguna pista ligaba a esos dos hombres, de lo que está seguro Zenón, es de que su padre había emigrado, pero ¿adónde?, ¿por qué?, no había investigado lo suficiente para encontrar su paradero, le recomía que su padre no quisiera saber nada de él, Zenón Torrecilla se preguntaba si habría muerto, estaba seguro que sí.

Ya en la cama, intentando conciliar el sueño, se recrimina que investigar el asunto de la caja de plata es algo banal, debía haber dedicado más esfuerzo durante estos pasados años en buscar a su padre, e imagina como será de mayor, suponiendo que no haya muerto. Tiene guardadas algunas fotografías que le legó su abuela la de Argüelles, allí están sus padres y él, pero no quiere reconocerse. En un soplo de angustia, piensa en acercarse al viaducto de la calle de Bailén a encontrar respuestas, pero lo deja para más adelante. Después de volver de Argentina, acudía de vez en cuando, dando un largo paseo hacia el puente de los suicidios y quedaba parado, retenido por una cortina invisible y se daba media vuelta, sin embargo, no volvió nunca al cementerio civil, a la tumba tantas veces visitada con su abuela la de Argüelles.

El año de la estabilización franquista fue el que mató a su madre, eso creía Zenón, con la carestía de las cosas, el paro, tantas necesidades, su padre emigró, aunque tampoco estaba seguro, todo eran especulaciones. Se entristece con algunos recuerdos de la niñez, algunas veces pensó que su madre era maltratada, que su padre era un borracho, e imaginaba un acto de perdón, una emoción que le permitiera buscarle, pero siempre se arrepintió. Queda dormido, desnudo encima del camastro, el quinqué encendido, en la mano izquierda la carta del gallego y en la derecha, cayendo hacia el suelo el portaminas. Sugiere esta escena una pintura de un revolucionario francés asesinado, aunque no está muerto, solo duerme.

Despierta sobresaltado, han sido muchas sensaciones y el sueño, convertido en pesadilla, lo lanza de la cama, se encamina a beber agua, tiene sed y frío, intenta calentar algo que le entone en el viejo infiernillo, pero cambia de idea y vuelve a arrebujarse entre las

sábanas, la congoja le lleva al Chaco, recuerda ahora con añoranza, las largas jornadas de lluvia, sin poder salir del barracón, matando el aburrimiento con las caricias de Mariela y mucha yerba mate cocida con leche, como le gustaba a ella, allí soñaba, hacía planes de futuro que no sirvieron para nada, cuando el agua entraba en las casitas y todo era un lodazal, alguna hembra se ponía de parto y él asistía al alumbramiento, pero el trabajo lo hacían otras mujeres, mujeres que lo habían hecho desde siglos, a la gente le reconfortaba su presencia, sólo en contadas ocasiones tuvo que practicar la cirugía para sacar al pequeño con fatal resultado para la madre, pero aquellas situaciones especiales las solventaba bien con el alcohol, y justificaba "una vida por otra", "no se pudo hacer más", las gentes asentían conformes, con una resignación aprendida desde siempre, era la resignación de la penuria, de la distancia, él se emborrachaba y volvía empapado al barracón. Sin embargo, los alumbramientos normales le daban alegría en la temporada de lluvias y estipendios en forma de comida. Cuando moría algún niño decían que salía un pájaro a convertirse en otra cosa, un consuelo milenario. Allí en el Teuquito, o llovía o te abrasabas, la temporada del agua a veces duraba una eternidad, el río Bermejo cada año cambiaba el curso, como si estuviera descontento con la tierra que atravesaba, acaso maldita, o tan suculenta, llena de manjares, que no sabía por dónde dirigir su cauce al sur, y cuando Zenón volvía a orillas de aquel gigante no podía reconocer sus viejas curvas, los humedales se volvían peligrosos, nuevos meandros en el llano, y pescaba, y cuando era divisado sólo en aquellos bosques, decían "allá está el brujo, fue tocado por el hombre profeta, el que enseña las curas", a la caza no le prestaba atención, le daban pena los animales muertos. El Teuquito es una gran dehesa de gallegos, patrimonio de nadie, aquellas gentes usaban las tierras como si fueran suyas, las reses furtiveaban los pastos, cazaban, pescaban, y sobre todo talaban árboles, y de varios años en varios años un helicóptero se posaba en el rudimentario campo de fútbol, los gallegos tiraban algún caramelo por el polvo, a Zenón aquella escena le resultaba peor que patética, después los gallegos montando todoterrenos recorrían las tierras del Teuco una mañana y regresaban volando a Salta, de allí a Buenos Aires, después a España. Zenón se preguntaba para qué hacer miles de quilómetros, sólo para ver sucios niños y un terreno casi selva, el ego mandaba en aquellos hombres, "estas son mis tierras", pero no sus gentes. El Teuquito no tiene petróleo aunque lo buscaron, ni gas, ni nada que acreciente la codicia. Quedaron esas tierras cuando Zenón marchó,

como siempre habían quedado, con personas humildes, chaqueños, sus seres milenarios, y el Bermejo rompiendo por donde más le apetecía después de las crecidas.

Zenón Torrecilla cada día es más perezoso, bajar al trastero se le hace cuesta arriba, sobre todo esas mañanas cuando se siente un vulgar tendero, aunque no envidia a los galeristas y anticuarios de alcurnia que hay en su calle, están lejos, él dormita al otro extremo de Claudio Coello, el trastero es un islote a punto de hundirse en el centro de Madrid, pero para algunos clientes tiene su encanto y les gusta rebuscar en aquel bazar de maravillas polvorientas. Zenón adquiere manías con los años; cuando llega una vez por semana la mujer de la limpieza repite siempre las mismas palabras "no toques nada, pasa el plumero y la bayeta sin levantar ningún objeto", la mujer con un gesto mohíno masculla alguna palabra como "viejo maniático, le va a comer la mierda". El polvo del trastero es un polvo milenario, cambia de sitio, vuela y se asienta al capricho del plumero. Cuando Zenón levanta una pieza para mostrarla al cliente, siempre acude con un trapito, al izar el objeto los clientes primero miran sorprendidos el cerco de tamo dibujado en un aparador, o una cómoda, o quizá en un secreter, le da igual, le parece que la antigüedad de la pieza debe ligarse a la cicatriz del tiempo en el ambiente del trastero. Para algunos clientes es un valor añadido, un convencerse de la vejez, de la veracidad de las sabias palabras del anticuario.

Suenan los relojes a las diez, menos las viejas ampolletas que esperan mudas la llegada del amo, y como si se tratara de una liturgia, baja la empinada escalera, abre la puerta de la calle y voltea el cartelito que cuelga en el cristal, en una similar maniobra gira su figura y recorre el trastero observando las abigarradas piezas, parece una afirmación de amaestramiento. Los muebles atiborran el escenario, como si miraran al domador acatan en silencio la disciplina, todos quietos hasta que llegue su nuevo amo, Zenón se enfunda una bata gris, gastada, con los bolsillos de plastón grandes, dilatados, se sienta junto a la camilla, compone sus lentes, toma el cuaderno y el portaminas de plata, y espera, espera a veces en silencio y otras hace andar el viejo Denon, las visitas cada vez son menos, no sabe si por la crisis o son los negocios que se apagan igual que se apagan los dueños, y aunque sesenta años no es vejez, él pierde las ganas, le apetecen otras cosas, y se dice a sí mismo si habrá una relación biunívoca entre la ilusión y las ventas, pero eso no lo puede saber, no tiene una herramienta matemática que le demuestre aquello, por tanto empieza a establecer otras relaciones

plausibles a la vez curiosas a las que no encuentra explicación, relaciona la depresión, la tristeza con la disminución de las defensas en el cuerpo, él no quiere enfermar, se dice que perder la ilusión no es deprimirse, transcurren estos pensamientos cuando escucha la puerta de la calle, allí está Evariste dando voces, saludando con estrépito del brazo de una mujer joven aunque no tanto, guapa de cabellos claros, no es rubia, elegante, Zenón se fija en los zapatos, preciosos, bien peinada, y mientras disfruta de aquella visión sonriente, no se está enterando de nada de lo que dice el francés, “te presento a Corín, Corín Zenón, Zenón Corín”, se acerca a dar un beso a la mujer, es alta, más alta que él, quizá los tacones, pero no, es muy alta y esbelta. “Vamos a hacer unas compras y te recogemos a las dos, tengo reservado”, “hasta luego Zenón” dice ella con una voz gentil. Se marchan alegres, jugueteando, nuestro hombre sin pronunciar palabra, vuelve a sentarse junto a la camilla, mira el espejo de ojo de pez, como para ver a alguien, el efecto del cristal le hace ver el trastero sumergido en una urna, o mejor en un fanal, los objetos son pequeños, deformes, cambia de ángulo y éstos se agrandan oblicuamente, por un instante quiere penetrar en aquel lugar mágico, pero se acuerda que tiene que escribir lo acontecido en el viaje a Oporto, se le puede olvidar, empieza a anotar con rapidez y queda toda la mañana presa del cuaderno veintiuno.

Evariste había reservado en un conocido restaurante madrileño, muy del gusto de los gentleman del barrio. “He hablado mucho de ti a Corín”, “estoy seguro que nada bueno” y la mujer “por supuesto que no, Evariste le tiene en gran estima, dice que usted es un sabio, un gran experto en arte y antigüedades”, “bueno, no sé, creo que me he documentado lo suficiente para llevar mi humilde negocio”, el francés le secciona el discurso “tú, lo que necesitas es una ayudante como Marcela, que te abra la tienda cuando no estás, que sepa atender al público, que te permita viajar, relacionarte fuera del establecimiento”, “ni hablar, ya me basto yo solo, además, ahora no hay negocio, para qué”, “pues porque habrá menos negocio si no abres la tienda”, “que quede claro que no es una tienda, joder, no es una tienda”, una de las cuestiones que más puede molestar a Zenón es considerarse un tendero, la mujer hace un gesto como de pequeño espanto mientras le mira, nuestro hombre enrojece. Evariste intenta quitar hierro al asunto, “no le hagas caso, está un poco raro últimamente”. La conversación se marcha por otros derroteros, aunque a Zenón le pica la curiosidad por saber a qué se dedica Corín, o a qué se había dedicado, su formación, etcétera, pero no es el momento de que crea que se trata de una entrevista de

trabajo, y siguen conversando los tres en aquel enorme comedor que fue hace tiempo la platea de un teatro, rodeados de palcos y altísimos cortinones. Zenón Torrecilla tiene una cierta intención, como en otras ocasiones, de contar a Evariste el asunto de la caja de plata, pero al final se contiene, lo considera algo suyo, un viaje que debe realizar solo, aunque por otro lado la presencia de Corín le incita a contarlo, en algún instante piensa que esa historia forjaría un punto a su favor ante la mujer, una especie de vanagloria, para que Corín se construya una idea especial sobre su persona, pero la prudencia y una cierta timidez consiguen mantener por ahora esa historia en secreto. Además, el asunto de la caja, puede ser su último viaje, su gran aventura, la última búsqueda antes del cambio. Quizá, cuando resuelva aquel asunto, existe una probabilidad de marcharse a Argentina, a buscar a Mariela, después de todo es su mujer, están casados. Se da cuenta de que la historia se repite, es consciente por primera vez que haber dejado a Mariela fue un desastre, al igual que su padre, él se marchó sin dejar rastro, "estás absorto Zenón", "disfruto de la comida", Evariste sonríe, le hace una mueca y mira a Corín, ellos dos siguen hablando, Zenón continúa con sus pensamientos mientras come de manera mecánica. Ahora piensa que acaso Mariela se hubiera suicidado. Suda. Es el vino. La chaqueña pudiera estar con otro hombre, está seguro que la odiaría, que no la perdonaría nunca, por eso concluye que no irá al Chaco tan a la ligera, que llamará a cualquier conocido de Rivadabia para que le informe si ella está allí, y como está, si está con otro, pero Zenón no sabe si ese es su destino. Vuelve al pensamiento de la historia repetida, no ha caído nunca en la cuenta, ahora se acuerda de una lectura de hace tiempo, los hijos maltratados por sus padres, de adultos son con mucha probabilidad maltratadores. Se angustia, se percata que la huída es un sino que le perseguirá toda la vida, había hecho daño a personas, como su padre se lo hizo a él, y se pregunta mil veces por qué, por qué. Zenón Torrecilla toma aire, respira profundamente, el techo del anfiteatro le agobia, a los postres no quiere sentir más tristeza con esos pensamientos, y le dice a Evariste "sabes de qué me acordé cuando regresaba de Oporto", "tú dirás *mon ami*", "de aquel viaje a Lisboa, cuando compramos todo el mobiliario de un palacete, no recuerdo la zona, lo pasamos muy bien", "ya me acuerdo, fue un viaje inolvidable, no faltó de nada", "incluso la excelente comida en *Gambrinus*, ese restaurante cerca del *Rossio*, los dueños eran gallegos, o algo así, nos trataron muy bien, luego pasamos la tarde bebiendo y riéndonos con una gente magnífica en el *Pavilhao*

Chines, nos llevaron allí porque dijeron que era el establecimiento de Lisboa más adecuado para unos anticuarios, ¿te acuerdas?", "como me iba a olvidar. En ese viaje estuviste genial, tomabas siempre la iniciativa, no sé si por la bebida, luego fuimos al casino y gané, bueno no fue mucho, pero esa noche triunfamos en todo, y la compra nos salió redonda, muebles estilo Sheraton del diecinueve, joder lo que ganamos con aquella operación, casi todo lo subastamos", "sí, pero como siempre, tú sacaste mejor tajada", "de eso nada *chéri,* siempre estás igual", ahora Zenón se dirige a Corín, "le he consentido siempre casi todo, como si fuera mi hermano pequeño", "veo que lo habéis pasado juntos muy bien, mezclar trabajo y placer no es malo", Zenón hace un gesto, no muy definido, con los hombros y la cabeza. Siguen los tres riendo y recordando mientras toman una copa antes de salir del restaurante, después cuando les ponen los abrigos "¿Crees Zenón que Corín te encajaría en el negocio?", "no sé, lo tengo que pensar, puede ser", "lo mejor es que tengas una conversación a solas con ella, ¿no te parece Corín?", en ella se dibuja un gesto de interrogación, y Zenón matiza "y otra conversación a solas contigo", "bueno pero ahora no es posible, Corín y yo hemos quedado". Zenón Torrecilla se despide de Evariste con un abrazo a la puerta del restaurante, a ella le besa la mano en un gesto cómico, nada formal, y se va caminando hacia el trastero. La tarde está agradable en el templado otoño, y lo que más le sorprende es que Evariste no le preguntara por el fin de semana en Portugal, seguro que no le dio importancia, estaba a lo suyo, y lo suyo era su nueva adquisición, su nuevo trofeo romántico.

Ha decidido subir por Serrano hasta Diego de León. Casi a la altura de esa calle, de frente a él se acerca una figura que le resulta familiar, aquel pelo graso, alto, algo encorvado, un gabán en tono verde, descubre su manera de andar un tanto desgarbada, como a zancadas no largas, amplios movimiento de brazos. El sujeto se frena al ver a Zenón, "¿se acuerda usted de mí?", "creo que sí, estuvo en mi negocio, ya recuerdo, le gustaba un espejo", "en efecto, soy Matías Marzol, casualmente vengo de su establecimiento, no sé a qué hora abre", "normalmente a las cinco, pero eso es mucho decir, me dirijo hacia allí", "¿le importa que le acompañe?, me gustaría charlar con usted", "no me importa, faltaría más". Los dos hombres se encaminan juntos hacia Claudio Coello 212.

VIII

Zenón Torrecilla camina más despacio que su acompañante; éste hace un esfuerzo por acortar el paso, sufre el ritmo cansino que imprime Zenón, y se obliga a hacer frenadas o esperas para acompasarse; esto llama la atención de nuestro hombre que observa como su compañero de paseo se esfuerza en respetar su lenta marcha. Matías Marzol afea más si cabe su figura en el andar, debido a una inclinación pronunciada y oblicua de su cuerpo cuando habla con Zenón. La tarde se va recogiendo, proyectando sombras alargadas, Zenón aprecia de espaldas a la luz, como el cuerpo de Matías Marzol genera en la acera una silueta ciertamente ridícula, gigantesca, el movimiento del gabán acentúa más aquel aspecto; llegan al trastero, la sombra se estira y sube por las fachadas, Zenón no cree en malos augurios, de lo contrario despediría de inmediato al personaje, no lo hace, le invita a entrar en el local.

Enciende las gastadas luces y comienzan a brillar con timidez algunos objetos, la pátina de polvo disminuye el destello de la loza, y en los espejos se dibuja la amarillenta luz del trastero, los bronces están sucios, y el resto de cosas son oscuras, aunque algunas dejan ver los matices del barniz, sin embargo aquel ambiente no es tétrico. “¿Le gustan las antigüedades?”, “pues sí, en mi casa tenemos algunas piezas que hemos adquirido con los años”, Zenón sabe por la contestación que no vive solo, y se pregunta cómo será su mujer, por qué consiente que su marido, suponiendo que sea marido, lleve el pelo tan grasiento, ese desaliño. El gabán tiene algunos cercos de manchas viejas, limpiadas con urgencia, y las coderas gastadas. Puede que no tenga mujer y viva con su anciana madre, que todo son especulaciones de urgencia. Aquel hombre se encuentra de espaldas a Zenón, observa algunas piezas, Zenón Torrecilla se decide a comentarle “usted es joven, puede comprar mucho todavía”, “no soy tan joven, y lo de comprar, solo de vez en cuando, no soy rico”, Zenón se ríe y en un tono paternal “no hay que ser rico para hacerse con algunas piezas, el buen gusto, la sensibilidad, no tienen nada que ver con el dinero que cada uno

tiene". Se hace un silencio; con idea de abrir la brecha de la venta, intenta entrar en el alma del sujeto, y añade "tengo piezas muy asequibles, mire con tranquilidad, dijo que necesitaba un espejo", Matías Marzól se gira y clava la mirada en Zenón mientras le espeta en voz baja y recalcando "sí, pero hoy no vine para tratar ese asunto", "ah no, entonces, dígame", nuestro hombre no puede disimular un cierto temblor añadido a la incertidumbre de la respuesta, eso le descompone, intenta serenarse, se contiene, le sugiere sentarse, allí, los dos solos junto a la camilla. El hombre del gabán, como lo apodó Zenón Torrecilla, no sabe cómo comenzar, hace frío, Zenón pone en marcha la estufa que está junto a su asiento. "Usted dirá", "no sé cómo empezar, verá, tengo el encargo de transmitirle que debería dejar esta casa, en breve", Zenón salta como un resorte "¿debería?, ¿en breve?, pero ¿quién le manda?, ¿el dueño?", respira y vuelve a decir, "si quiere algo, que venga él, en persona, a hablar conmigo. Debería pero no debo, en breve ni lo sueñe, tengo contrato antiguo, no me va a largar de aquí, ¿entendido?", "le comprendo, pero soy el único interlocutor", a Zenón le tiemblan las manos y se las agarra y frota una contra la otra, está fuera de sí, pero se contiene, "no tenemos más que hablar, márchese", "sepa que utilizaré cualquier método para que deje esta casa, que quede claro", el hombre del gabán se muestra tranquilo, y eso preocupa más aún a Zenón, "le repito, que se marche", se ponen de pie, aquel hombre sale con celeridad del trastero. Sujetando el tirador de la puerta queda un instante en el umbral mirando el local, el contraluz ofrece una negra silueta reflejada en el espejo de ojo de pez, Zenón está sentado, hundido en el sillón junto a la camilla, no se levanta hasta la hora de cerrar, aquella tarde no entra nadie más.

Tiene hambre, pero no va a marcharse a cenar como de costumbre, se recluye en el gabinete de la buhardilla, sus pensamientos no quedan anotados, pero se supone cual es su estado. Sabía que el dueño del edificio había fallecido hacía pocos años y los herederos, o heredero, que él lo desconocía, seguro que deseaban hacer cascotes un inmueble muy valioso, más como solar, que como pequeño edificio, en aquel barrio ya no quedaba suelo para construir, a pesar de la crisis, era una zona tan buena y cara, estaba convencido que tenían comprometida la venta, Zenón solo tenía tres opciones; aguantar la guerra, pactar una indemnización o intentar comprarlo, pero estaba seguro, como más adelante expresará, que buscaban la contienda, el desgaste. Además, comprar para qué, para quedarse sin dinero, con lo mal que estaban las cosas

y encima sin tener herederos que disfrutaran de ese patrimonio. Ellos pensarían pagarle una mierda y por eso deducía que pactar una indemnización justa sería imposible.

Aquella noche solo añade un poema a sus notas, esta vez sin escribirlo en los márgenes del cuaderno veintiuno. *“Todo cuanto amenaza en cambiarme,/ aunque sea para mejor, odio y huyo./ Déjenme los dioses mi vida siempre/ sin renovar”* , aquella oda de Ricardo Reis, en la pluma de Pessoa, es la gran contradicción, el anhelo a conseguir, él, que quiere mudar, pero cómo, y a qué estado de su existencia, ¿acaso ahora cambia de idea y desea continuar viviendo como los últimos veinte años?. Es lógico pensar, que el poema lo transcribe en un momento de ofuscación, de disgusto, pues Zenón Torrecilla sigue su camino. Sabe que toda la noche será velar las estancias, los libros, los amontonados bártulos, y la caja de plata que reside sobre la mesa, ni un recuerdo del Teuquito, pero no tarda mucho tiempo en caer sobre la cama y piensa, poco antes de dormir, qué hubiera hecho Manuel Tajaneiro ante este nuevo acontecimiento, aquel hombre que casi todo lo sabía, ahora, sin embargo, el consejo se lo pedirá a otro.

Abre los ojos antes de oír el despertador del vecino, el que canta como un gallo, y se dispone diligente a afeitarse, ducharse y arreglarse muy bien, se corta las uñas de los pies, las de las manos, los pelos de orejas y nariz, se perfuma, se pone una camisa nueva, el traje marrón claro que tanto le gusta, deja la gabardina y se cubre con un abrigo beige de paño fino, los zapatos limpios, inmaculados. Sale a la calle mucho antes de la hora de apertura, a desayunar, y enfila como de costumbre Diego de León hacia Lagasca, entra en la farmacia que no es una farmacia, toma un café y dos porras. Esa celeridad de movimientos, la cadencia sin pausa es la disposición al combate, hace mucho tiempo que Zenón Torrecilla no se prepara mentalizado a dar batalla, “la vida es una pelea constante”, anotó en sus primeros cuadernos. Engulle las porras con fruición, tiene que coger fuerzas, enciende el teléfono móvil y llama a Evariste. “No me jodas Zenón, sabes qué hora es, ¿qué quieres?”, “ya sé que no es tu hora, necesito hablar contigo urgentemente”, “tardaré un tiempo en prepararme, no creo que te importe”, “bueno, pero por favor, ven lo antes posible”, “¿qué te pasa?, anticípame algo”, “no, ya te contaré”, “me has dado un buen susto, hasta luego”, “adiós”. Zenón sabe que Evariste no es un hombre diligente, que tardará un buen rato en llegar, hojea el periódico, hace bastante tiempo que le aburren las noticias políticas, siempre la misma historia, la crisis, los desacuerdos, los parados, la bolsa, la

ruina de los bancos y de los que no son bancos, la guerra de Irak y Afganistán, el precio del petróleo, la violencia de género, siempre igual, el mismo rollo, todo expresado como un gran circunloquio para llegar al mismo sitio de todos los días. Se queda en la sección de deportes, la verdad es que no sigue nada de ese asunto pero le distrae. Decide marcharse, aquel establecimiento empieza a llenarse de gente y eso le incomoda, oficinistas sobretodo, algún ejecutivo pijo y una señora estupenda, se queda mirándola sin pretensión, admira solo su elegancia, sale del establecimiento con idea de dar un paseo antes de abrir el trastero, sin embargo, recuerda que debe dar cuerda a los relojes, hace ya quince días que no los manipula, algunos están parados. Cuando Zenón se enfrenta a esas máquinas antiguas lo convierte en un acto de gran protocolo. Abre el cajón de una cómoda donde guarda las llaves, tiene algún llavín que le sirve para varios relojes, pone encima del mueble la caja de madera donde guarda toda la parafernalia, saca las llaves y las coloca en una disposición que sólo él interpreta, quizá por tamaños, o por el orden empleado a la hora de dar cuerda, luego saca del mismo cajón dos trapos, uno blanco de tela de hilo de algodón con la urdimbre muy gruesa, y el otro una bayeta de las comunes para limpiar el polvo, de esas de color amarillo con algo de pelo. A unos relojes les pasa uno de los trapos y el otro a los restantes, siempre acariciándolos, tampoco se sabe el por qué de esta distinción de bayetas, normalmente comienza por los carrillones que tiene colgados en la pared, las llaves son grandes, luego sigue con los de mesa, y así continua en orden maniático, abre las tapas de cristal, los que tienen tapa de cristal, y los limpia con mimo, anota los minutos de retraso o adelanto de cada uno de ellos, revisa los péndulos, las manecillas, y sobre todo repara más en su favorito, no quiere deshacerse de él, por eso lo ha marcado carísimo, es una magnífica pieza: la peana de mármol rosa con ribetes blancos, cuatro asientos a modo de almohadones, el reloj dentro de un cilindro apoyado en un extremo del mármol y a su lado dos angelotes de finísimas formas en bronce dorado, la sonería es delicada, a pesar de tener más de doscientos años y su maquinaria original, va como un cronómetro, perfecto. A las diez en punto el trastero se llena de gracia, como imperfectos armónicos, todos los relojes envuelven el alma de Zenón, está satisfecho, incluso siente un escalofrío de placer infinito, a continuación voltea el cartel de la puerta una vez que ha guardado las llaves. Después, se acomoda junto a la camilla, enciende el viejo Denon, la música suena suave y comienza a escribir mientras espera a Evariste. Se acuerda de la

caja de plata, piensa que el señor Abreu estará buscando la información que precisa para seguir la investigación, está convencido que recibirá una llamada en pocos días, aquel hombre parecía cumplidor, e imagina los escenarios que se va a encontrar con las pruebas aportadas, el Burgos de la posguerra, el Madrid de los años cincuenta o sesenta, su estilo de vida, la relación del militar con la abuela de Rui Abreu, y otras imágenes que se le pasan por la cabeza, como un viejo film en blanco y negro, fotogramas del imaginario adquirido con las películas que ha visto, los NODOS recordados, sus lecturas, la historia estudiada de la guerra civil y de la posguerra, y sobre todo el Madrid de su infancia; recrea situaciones y personajes inventados a los que coloca en los decorados de su memoria influida. Se dice que es curioso, cómo podemos volar con nuestra mente a un tiempo pasado, todo gracias a la información que vamos almacenando en nuestra memoria, Zenón piensa que podemos sumergirnos en un lugar no vivido, y sin embargo, creerlo cierto, verdadero, cuando posiblemente tenemos insertos en nuestro cerebro muchos errores provocados, algunas mentiras introducidas por los escritores de la historia, de las novelas, de los noticieros, del cine, y sobre todo abusamos de los tópicos que hacen que el escenario del pasado, sea cual sea el pasado, coincida con la recreación de la mayoría. A estos asuntos volverá Zenón Torrecilla más adelante, cuando obtenga la información que necesita para completar la historia de una caja, rodeada de personajes ya muertos.

El francés llega al trastero pasadas las once y media en los relojes de Zenón, “vine lo antes posible, el tráfico a estas horas está insufrible, cuéntame qué te pasa”, “no me pasa nada, quiero pedirte una opinión”, Zenón Torrecilla, con la elocuencia y la paciencia adquirida con los años comienza a contar a Evariste el asunto del hombre del gabán, además le ofrece las distintas posibilidades que contempla para solucionar el embrollo, Evariste, aunque callado, escucha la exposición haciendo de vez en cuando algún gesto o exclamación, pero le deja terminar, “y bien Evariste, ¿qué opinas?”, “primeramente, te diré que noto como si volvieras a ser el mismo de antes, lo cual me agrada”, el francés es un gran observador y repara en la pulcritud que presenta Zenón, en el talante prudente y firme de sus expresiones, “ya sé que este tipo de asuntos hay que sopesarlos con cuidado, que me puedo arrepentir si tomo una decisión que más tarde piense equivocada, pero lo que decida, debo de ponerlo en práctica sin demora”, “eso es cierto”, y añade el francés “creo, *mon ami*, que intentar comprar la casa no te supondrá

nada positivo, primero porque te quedarás sin dinero, o incluso necesitarás más y te endeudarás, la situación económica de nuestro gremio no es boyante, eso podría acarrearte sufrimiento e inseguridad, y segundo, porque tú, no tienes herederos que puedan disfrutar de la herencia; aunque también es verdad que el inmueble, cuando esta puta crisis pase, valdrá más y podrías venderlo, pero eso es siempre una incertidumbre, imagino que posees suficiente dinero como para tener una jubilación dorada, te aconsejo que no compres". Hubo una pausa, Zenón pensativo le dice "entonces, ¿cuál crees que es la mejor opción?", "evidentemente *chéri*, no tienes más remedio que pactar una indemnización, será una guerra de desgaste, él no puede echarte del edificio de manera legal, tendrá estudiado cuanto es el tope de dinero que pueden darte, tienes que hacerte el duro y esperar que llegue la cifra que a ti te apetezca", "pero ¿cuándo sabré cuál es la cifra máxima?", "eso se sabe siempre Zenón, parece mentira que seas un buen comerciante. Es indudable que cuando la cuerda se haya tensado tanto que esté a punto de romperse", Evariste se ríe, y añade "esta situación sólo te pasa a ti, a mí me gustaría que me ocurriera algo parecido, cogería la pasta y al poco tiempo estaría instalado en otro local, y a lo mejor me sobraba bastante dinero", "a mí me gusta este lugar, no quiero abrir en otro sitio, no tengo edad ni ilusión para hacerlo, sería como empezar de nuevo, aquí estoy a gusto", "no seas tonto acepta el dinero te jubilas y haces lo que te apetezca", "¿y si decido quedarme, y no irme nunca de aquí?", "bueno, eso puede ser un problema, me has descrito a ese tal Marzol, no creo que sea trigo limpio, te puede hacer la vida imposible, al final te irás con cuatro euros en el bolsillo y habrás sufrido mucho, eso pensando que no te liquiden, perdón, es una broma", "¿liquidarme?, ¿tú crees que hasta ese punto pueden llegar?", "no hombre, era una broma, te asustarán, pueden lesionarte o cosa parecida, pero asesinarte no creo, estate tranquilo", "joder, pues sí que me dejas tranquilo", "te recomiendo que hables con el dueño, o con el tal Marzol, con quien sea, y les dices que te vas si te indemnizan bien y punto. Vamos a tomar un café", los dos hombres salen del trastero. Ahora Zenón tiene menos claras las ideas, necesita reflexionar, estar solo. La mañana discurre según lo previsto y vuelve a desayunar con Evariste. Aunque hablan de otros asuntos, la mente de Zenón Torrecilla no está allí, está con el hombre del gabán.

Más tarde fueron a comer a un pequeño restaurante, cerca de la Plaza de la Independencia, Zenón se sentía pesado, la comida fue copiosa, él que acostumbra a comer poco; necesitaba andar, liberar

la tensión acumulada y despedirse de Evariste que ya comenzaba a cargarle.

En otoño, cuando los días se apagan más temprano nace una luz furtiva que roba las tardes, y la noche espera paciente hasta que los hombres han disfrutado de esos instantes de color malva mientras se abrigan algo más como si anhelaran el invierno. Esta sensación vive Zenón Torrecilla saliendo del Retiro camino de su casa, un periódico bajo el brazo, más para servir de cojín en los bancos del parque, aunque no se sentó ni un instante, el abrigo beige, los zapatos ahora de polvo, y según cruza Alcalá el andar cansino, con el cuerpo levemente inclinado hacia adelante, las manos en los bolsillos del abrigo, el periódico bajo la axila izquierda, y la mirada perdida en el asfalto. La madurez de Zenón no impide cierta belleza en el rostro, disimuladas entradas, el pelo cano bien peinado, su abultada frente, y en este pasear de retirada, moja de vez en cuando sus finos labios, el viento los agrieta con facilidad, y en el devenir de sus acompasadas piernas proyecta su futuro, pero de sobra sabe que no es el dueño del porvenir. Y declama para sus adentros, otros versos de Pessoa que sabe de memoria, y que más tarde escribirá en el lateral de una hoja del cuaderno veintiuno, *“Poco me importa/ amor o gloria./ La riqueza es un metal, la gloria un eco/ y el amor una sombra.”* Sobre la estrofa, comienza a trazar el futuro incierto.

IX

Corín se presenta en el trastero cuando Zenón está a punto de cerrar; monopolizan la escena los relojes a las ocho en punto, como un domador del tiempo, situado en el centro del recinto, de pie, hierático, contempla con sorpresa a la mujer inmóvil junto a la puerta. Durante unos instantes cruzan las miradas, pero no hablan, se están examinando, reparando en los detalles de cada uno. Ella aún más atractiva que el día anterior luciendo un elegante vestido de color ceniza cubierto por una prenda gris más parecida a una gabardina, los zapatos y el bolso a juego, el pelo claro pero no rubio roza curvado su sensual cuello, los labios ligeramente gastados de rosicler, y el rostro sin maquillar, luminoso. “Te envía Evariste, o vienes a comprar algo”, la mujer sonríe, se acerca a Zenón demostrando menos timidez que cuando le conoció, “ni una cosa, ni la otra, estaba cerca de aquí y me dije por qué no hacerte una visita”, guarda la distancia, él quieto ofreciendo una entonación agradable “casi no me encuentras, ya me iba”, “¿tienes una cita, o algo parecido?”, ahora es Zenón quien se aproxima a Corín, quizá para hacerle sentir más cómoda “tenía pensado tomar algo cerca de aquí, hacer tiempo hasta la hora de cenar, hoy estoy cansado anduve muchísimo”, ella esgrimiendo una cierta coquetería le dice “no quiero incomodarte, vendré otro día”, “no no, de ninguna manera, necesito hablar con alguien”, pero es mentira, lo que quiere es contemplar a la mujer, y añade “espera, voy apagando todo, cierro y nos vamos”. ella queda en medio del trastero, recreándose en el ocaso de aquel paisaje, se apagan las luces y el local es iluminado con la mortecina flama de las farolas, se queda la estancia ambigua, llena de sombras, claro-oscuros, Corín se mueve despacio hacia la salida, se escucha la percusión de los tacones sobre la vieja madera, la penumbra afina su oído, también siente las pisadas de Zenón bajando de la buhardilla, y acelera el paso hasta ponerse casi en la acera, “ya está, nos vamos”, Zenón cierra la puerta de cristal mientras voltea el cartelito, se resiste la reseca cerradura, o tal vez un cierto nerviosismo al exhalar en la proximidad la fragancia que despide Corín, “¿adónde vamos?” dice

ella expectante, y él sin decisión "no sé, a tomar algo, ¿conoces algún sitio por aquí que te guste?", "no frecuento mucho esta zona de Madrid, me da igual, donde quieras". Comienzan a caminar sin mirarse, sin cruzar palabra, Zenón se decide "ya sé a qué lugar, está cerca, es tranquilo y seguro que te gusta", se encaminan hacia Velázquez, ella "no sé por qué vine, nos conocimos ayer y a lo mejor piensas cosas raras de mí", "no sé qué es pensar cosas raras, qué tontería, puedes venir cuando quieras, me agradará, pero piensa que de trabajar conmigo nada de nada, de sobra lo sabe Evariste", "de eso estoy convencida, ayer te entendí perfectamente", Corín comienza a sentirse menos rígida, se nota en su forma de andar, más suelta, parece que da saltitos, o algo parecido, "¿a qué te dedicas?" dice Zenón, "a nada, estoy sin trabajo, trabajaba en una perfumería, hace seis meses me despidieron", "ya, también hay crisis en esas tiendas", "creo que la hay en todas partes, tienes que saber que he hecho de todo, bueno es un decir, no me malinterpretes, quiero decir…", "ya sé lo que quieres decir, no te preocupes", Zenón la mira, está ruborizándose. Entran en una cafetería, más bien un mini café inglés, bastante solitario a pesar de la hora, muy del gusto de nuestro hombre, el borde de la barra es un grueso almohadillado de capitoné verde, la encimera de chapa dorada brilla. Deciden sentarse en esos taburetes cilíndricos, mullidos, de los que están agarrados al suelo, incómodos, se aproxima el camarero que luce su cabeza lamida de gomina, es un hombre mayor, educado, su smoking rojo hace juego con el decorado, ella pide una cerveza, Zenón se conforma con una ginebra con tónica, "hace mil años que no tomo esto, espero que me siente bien", el barman con educación, mientras agita el combinado les obsequia con una conferencia magnificando las virtudes de aquella bebida, Zenón se incomoda con el comentario, el camarero se aparta hacia el otro extremo de la barra "me molesta que los camareros se metan en las conversaciones", "imagino que quiere agradar, a mí no me parece mal", callan unos instantes, suena un bolero "*contigo en la distancia*", Zenón Torrecilla aprovecha la música para tener algo de qué hablar, todavía no se ha relajado, y adoptando una actitud severa "este es el bolero de los boleros, ¿te gusta?", "bueno no es mi música favorita, pero lo he escuchado muchas veces", "los boleros son novelas pequeñitas, de tres minutos, y siempre tristes", ella mientras, cruza sus piernas en aquel incómodo asiento y deja entrever más sus carnes bajo las tupidas medias "es lo que no me gusta, la tristeza que arrastran, el desencanto", "pero no me negarás que es la mejor música para

bailar cuando se está enamorado", "no sé qué decirte, hay baladas muy bonitas", "¿estás enamorada?" y se arrepiente de lo dicho, "bueno, lo digo porque ha salido derivado de la conversación", ella coqueteando con la cabeza y las manos, "ya, lo que quieres saber es si tengo pareja", "perdón, no me interesa, de verdad", "pues no, no tengo", "¿y Evariste?", Corín suelta una risotada, "es un amigo, hace muy poco que le conozco", se anima el encuentro, quedan hablando durante un buen rato, a Zenón se le pasa fugaz el tiempo escuchando a aquella mujer de voz sensual y olor a natillas recién hechas, que encarrila las historias y alguna anécdota de su vida. A punto de apurar la copa ella frunce el ceño a la vez que sonríe a modo de mueca, como la que se hace a un niño travieso, "cuéntame algo de tu vida, solo hago que hablar de mí", "poca cosa, ya sabrás por Evariste", "como si Evariste me hubiera contado todo sobre ti", "bueno, no sé, ¿qué quieres que te cuente?", Corín permanece en silencio mientras hace un ademán para ponerse más cómoda y se aproxima a Zenón con una leve inclinación de cabeza, los restos de perfume en la mujer enervan a nuestro hombre, se siente bien, más joven si cabe, tal vez pletórico, y comienza a dar pinceladas de su actual vida, nunca refiere el pasado, no se acuerda del Teuquito, ni de Manuel Tajaneiro, ahora se considera un gran anticuario, un marchante de arte, un empresario de fortuna a pesar de la crisis, y se olvida de la caja de plata y del hombre del gabán, de la enigmática relación de Evariste con Corín, ahora está seduciendo a aquella mujer, y ella se deja, le escucha con enorme interés, él a su vez se siente seducido, es un hombre maduro, posiblemente atractivo para algunas damas de la edad de Corín, "yo también vivo sola, pero al contrario que a ti, a veces la soledad me angustia, necesito relacionarme, salir, me ahogo bastante", Zenón le da recetas para combatir esa soledad mal llevada, "escribo, lo escribo todo, paso horas y horas escribiendo, comenzó como una necesidad, y pienso que hoy es una terapia, necesito escribir, es otro tipo de necesidad", ella no alcanza a comprender algunas palabras de Zenón, pero le da igual, se encuentra a gusto, contenta, y Zenón lo sabe. "¿Puedo volver a verte?", "por supuesto, estaré encantado", Zenón tiene un brillo especial en sus ojos, acompaña a Corín hasta la boca del metro, y él se va satisfecho en dirección a la farmacia que no es una farmacia, el gin tonic le está sentando bien, la pesadez de la tarde se evapora, tiene hambre.

Más tarde, en la buhardilla se desparrama encima del camastro y duerme como hace tiempo. No escucha el reloj de gallo, se despierta sudando poco antes de las diez, los días anteriores estuvieron

cargados de muchas emociones, le apetece escribir, pero para eso tiene que volver a ser el hombre de antes de ayer, por eso aquella mañana renuncia al afeitado, baja al trastero con pocas ganas de abrir, lo hace pero no queriendo que le moleste nadie, como si le sobraran los clientes, en el viejo Denon suena Chopin, es la música elegida para escribir sobre Corín, la atmósfera se torna pálida, el cielo de Madrid se encapota y Zenón se vuelve a sumergir en la tristeza. En ese instante se acuerda de Mariela, ahora, más que nunca, la echa de menos, su mente atraviesa el océano y se marcha al Chaco, recuerda con añoranza los mimos, las caricias de esa criolla de belleza salvaje, y se arrepiente de no haber prolongado el amor, de haberla abandonado. Veinte años después siente el remordimiento de su partida, e intenta buscar la manera de recompensar aquel desastre, no quiere ser como su padre, si consigue dinero extra con la indemnización del propietario del edificio, o con el asunto de la caja de plata, solucionará la vida de Mariela, aunque esté con otro, es igual, se lo debe, no podrá arreglar el sufrimiento, pero por lo menos paliará su vejez. Aquellos pensamientos se truncan cuando decide actuar, primero busca el teléfono de Abreu, más tarde llamará al casero.

“Ah señor Torrecilla, estaba esperando su llamada, he encontrado bastantes documentos, ¿cómo se los hago llegar?”, “no se preocupe, prefiero ir a su encuentro, así cualquier duda que me surja me la podrá solventar allí mismo”, “entonces, ¿cuándo viene a Porto?”, “quiero ir esta misma semana, le vuelvo a llamar y quedamos”, “hasta pronto señor Torrecilla”. En Zenón comienza a despertar una euforia contenida y marca el número del casero que tiene anotado en el primer cuaderno, “¿Don Julio Mayoral?”, “lo siento, se ha confundido”, Zenón con sorpresa insiste a la voz de mujer que está al otro lado, “le repito que lo siento, aquí no vive ningún Mayoral, ni conozco a ese señor”, “¿está segura?”. La mujer cuelga sin darle más opciones, se levanta acelerado hacia un pequeño mueble con cajones situado al otro extremo del local, saca una pesada guía de teléfonos, empieza a hojearla sin freno, “Mayo… Mayo… Mayo, Mayoral, Mayoral jota”, no lo encuentra, vuelve a llamar, “¿diga?”, “¿Julio Mayoral por favor?”, “¿otra vez?, le han dado mal el teléfono, le ruego que no me moleste más”, se apresura Zenón “no me cuelgue, espere, ¿desde cuándo tiene ese número de teléfono?”, “desde hace más de cinco años, adiós”, y cuelga. Ahora se dirige otra vez a aquel mismo mueble, rebusca, no encuentra lo que quiere, sube a la buhardilla, abre uno de los cajones de la mesa del gabinete, está fuera de sí, toma una carpeta

pequeña, la abre, respira profundamente, allí están todos los ingresos bancarios de la renta de la casa, se cubre con la gabardina gris, y sale a toda prisa hacia el banco, “perdone, quiero saber la dirección y el teléfono del titular de esta cuenta corriente”, “despacio… despacio señor Torrecilla”, el oficial del banco, un joven alegre y dispuesto le explica que eso es una información confidencial, “pero es urgente saber aunque solo sea el teléfono”, las razones que aduce el empleado de aquella oficina no convencen ni calman a nuestro hombre. Se deja caer sobre unos divanes rojos en el hall de la sucursal, piensa que no le queda otro remedio que llamar al hombre del gabán, pero no lo da todo por perdido, alguna manera habrá de localizar al casero, su nueva dirección, o el teléfono. Vuelve al trastero contrariado, está esperando en la puerta la señora de la limpieza, tiene a sus pies una gran bolsa, es el día de la asistenta, le lleva la ropa limpia y planchada, y recogerá la sucia, “me tenía que haber avisado, estaba a punto de irme”, “lo sé, perdóneme, tuve que salir urgentemente”, la mujer sube a la buhardilla a sus quehaceres, Zenón se queda en el trastero, sigue revolviendo papeles entre los cajones de aquel mueble de estilo. La puerta de entrada se abre, Zenón Torrecilla levanta la vista, es el hombre del gabán, como si hubiera observado todos los movimientos de Zenón esa mañana llegando en el momento preciso, como un disparo certero después de perseguir la pieza, “buenos día Zenón”, “¿qué quiere ahora?, lo que me dijo tengo que meditarlo, todavía no he tomado una decisión”, mostrando un enfado enorme Matías Marzol sentencia desde la entrada con tono pausado “tiene de plazo un mes para irse”, “dígame como puedo localizar a su jefe, al dueño”, pero el hombre del gabán cierra de un portazo marchándose y no puede escuchar el final de la frase, Zenón se viene abajo, apoyado sobre aquel mueble, la cabeza caída, llora de rabia, la señora de la limpieza es testigo de toda la escena, “¿qué le pasa D. Zenón, llamo a un médico?”, “no”, grita fuera de sí, “márchese, estoy bien”, aquella mujer recoge la bolsa de ropa sucia y arrugada y se marcha nerviosa, mascullando palabras que solo ella entiende. Después, Zenón Torrecilla decide cerrar el trastero, no sale a comer, ni abre por la tarde, el teléfono móvil vuelve a estar apagado como de costumbre, tampoco cena esa noche, ni vuelve a escribir aquel día, pero el viejo Denon no ha parado de sonar a más volumen de lo acostumbrado, Turandot, solo Turandot.

X

En Oporto cuando llueve las calles brillan como en ningún otro lugar, los peatones van como inclinados, unas veces por el viento que medio los tumba, otras por el trabajoso subir de las empinadas rúas, y los autos cortan, botando, el luminoso pavés como si fueran de juguete. No es demodé la impresión de sus paisajes urbanos, más bien rancia, pero agradable, y nos transporta sin darnos cuenta al Londres victoriano, ese que apenas vemos en la ciudad del Támesis. A Zenón Torrecilla el viaje en avión se le hizo corto, pero el taxi le cansa, y a pesar de la lluvia siente la necesidad de estirar las piernas, sentir el hostigo del agua en su rostro, se apea en la plaza de *Liberdade*, abre el paraguas y se cubre dispuesto a cruzar hacia la avenida *dos Aliados* eleva la visera y allí surge la ciudad magnificente. Troquelados, como si fueran dulces de azúcar, los edificios eclécticos, las cabinas de teléfono rojas; más tarde anotará en su cuaderno que se sentía pequeño en el bulevar más bonito del mundo, de su mundo, donde ciudades como esa hacían las delicias de un anticuario. La temprana hora y la lluvia permiten a Zenón disfrutar más si cabe del entorno, son pocos los viandantes, y en él crece el gozo. Toma la *rua de Sá da Bandeira*, le molesta el agua, tiene que refugiarse y hacer tiempo hasta la hora de la reunión, entra en una cafetería acristalada, modernista, se sacude los bajos del pantalón y posa su cuerpo madrugado al lado de las grandes cristaleras. Junto a la mesa se libera del paraguas, de la gabardina gris y de la pequeña maletita, esa que le acompaña a tantos sitios; es un bulto al cual se ha acostumbrado, algo más grande que un maletín de ejecutivo, y en él lleva revuelto, una camisa, los arreos de la barba, una muda y entre la ropa el cuaderno veintiuno, pero en esta ocasión, además oculta la caja de plata en su interior, por eso tiene una ligera protuberancia en un lateral. Toma un desayuno tardío, distinto, reposado, y se dispone a contemplar el flojo trajín de la calle. En aquel rancio café, espera la hora de la cita, Zenón Torrecilla se dice que ha estado allí siempre, que toda su vida es un puñado de recuerdos amasados en aquel decorado, comprende que el camarero no le preste atención porque está aburrido de verle

tanto tiempo, tantos días escribiendo sobre el mantel crema, o acaso es invisible, pero no es un ente etéreo, es un hombre desconocido, y con este adjetivo se siente más cómodo, inadvertido, y le da aire al portaminas, tiene tiempo, escribe a cerca de Manuel Tajaneiro, está agradecido al legado de aquel moribundo, y considera que en los viajes está la prolongación del alma de Manuel, un hombre, que según sus palabras, no conoció nada fuera de Madrid, sin embargo podía describir con meticulosidad las ciudades que más le sugerían, y recuerda cómo le enumeraba, con esa memoria prodigiosa, los cuadros que colgaban en cada una de las salas de la National Gallery de Londres, y establecía paralelismos entre las pocas pinturas que guardaba en el trastero y las de similar factura habitantes de algún museo. Zenón, en algunos momentos de los últimos veinte años, llegó a pensar que Manuel Tajaneiro era su padre, con otra identidad, pero era una ilusión como más adelante se sabrá, y en aquel café *A Brasileira*, que así se llama, lo vuelve a pensar, después de analizar por enésima vez el encuentro con aquel viejo sabio. Tal vez estos pensamientos son el fruto de la *saudade*, que en aquellas tierras se apodera incluso del alma de los extranjeros, igual que le ocurrió en las costas de Aveiro, cuando paseaba cerca de Barra hace poco más de un mes. Y entre tanto deambular su mente por los recuerdos, agachado sobre la mesa, metido dentro del cuaderno, se le escapa el tiempo, busca con sus ojos el gran reloj de aquel Café, decide marcharse, ya en la calle la enorme marquesina de cristal y hierro le protegen de la lluvia, termina de componerse, dobla la esquina para dirigirse a la *rua de Passos Manuel*, enfila esa calle a su derecha; al llegar a la altura de la peatonal *Santa Catarina* duda, pero ha llegado al punto de encuentro, el *Café Majestic*. Le sobran algo más de quince minutos, decide pasear por aquella rúa comercial, pero los zapatos le traicionan nuevamente, tiene los pies empapados, da media vuelta y entra en aquel santuario del café, mira, los veladores casi vacios, los mármoles fríos como la mañana; toma asiento al fondo del establecimiento, el señor Abreu todavía tardará unos minutos, y vuelve a pensar por qué le citó en aquel lugar, al igual que la vez anterior en el Museo Romántico, ¿le estaba haciendo un guiño para agradarle?, ¿era un hombre de buen gusto, o quería simplemente sorprenderle?, Zenón acostumbra a analizar todos los detalles; hay algo que no le encaja del todo, y acabará por descubrirlo, de eso está seguro. Zenón Torrecilla ya conoce aquella cafetería, posadero de escritores; por eso no le llama tanto la atención como la primera vez hace algunos años, cuando quedó deslumbrado; en aquella

ocasión le acompañaba Evariste y a Zenón le molestó que su amigo no demostrara ninguna admiración por ese lugar, si no que al contrario, hizo bromas, tales como que la peor cafetería de Francia era como esa, que aquel era un sitio decadente. Hay poca clientela en el Majestic a pesar de la hora, un par de señoras elegantes de mediana edad, varios jóvenes en las primeras mesas, y a su izquierda un individuo con barba, de unos cincuenta años, traje oscuro, observa que está bastante arrugado, corbata estrecha, también oscura y uno de los cuellos de la camisa empitonando al aire, tiene aquel hombre la mesa llena de periódicos, uno de ellos abierto de par en par, el antebrazo izquierdo lo apoya en el mármol y no hace otra cosa sino subrayar, con velocidad y fuerza, frases y titulares de aquellos artículos; Zenón está perplejo, ahora subraya la frase de un artículo, luego la de otro, más tarde vuelve al anterior y así hasta casi emborronar las páginas del diario; voltea la hoja y hace la misma maniobra; de vez en cuando rumiando algunas palabras en un portugués cerrado que no alcanza a comprender, o emite algún sonido gutural que le molesta mucho, intenta no prestar atención al personaje, pero es imposible, entre aquellos sonidos y el roce casi chirriante del rotulador, nuestro hombre se está poniendo nervioso, además el tipo pasa las hojas con violencia, y eso es otro ruido a añadir a la colección de ruidos que expone el barbudo en el silencioso café. Zenón, contagiado por aquellas maniobras, comienza a recolocar sus bártulos, ahora la gabardina, luego la maletita y el paraguas, y en este frenesí está cuando aparece el señor Abreu, esta vez sonriente, igual que se marchó cuando se despidieron en la reunión anterior. Mientras atraviesa la cafetería para llegar a su encuentro, Zenón intenta hacer una radiografía del portugués: aquellas maneras, la vestimenta elegante y cara, los zapatos ingleses impecables, su educación, la vez anterior no le preguntó, por discreción, cuál era su profesión, a qué se dedicaba; siguen sin encajar algunas piezas del puzle. “Buenos días señor Zenón Torrecilla, ¿qué tal el vuelo?”, “muy bien gracias, siéntese por favor”, “¿no está tomando nada?”, “estaba esperando su llegada, ¿qué le apetece?”, ya está el camarero frente a ellos, el portugués se decide rápido “un *Ramos Pinto* blanco, frío”, la elección es magnífica a esas horas de la mañana y Zenón se decide por lo mismo, “¿le gusta nuestro vino?”, “sí, aunque solo puedo tomar una sola copa, es muy fuerte, se sube rápidamente a la cabeza”, la impaciencia le obliga a añadir “veo que no viene preparado, ¿dónde tiene los documentos?”, “no se preocupe, está todo anotado, en el bolsillo de mi chaqueta tengo un sobre para

usted", "me sorprende que no me deje ver las cartas", Zenón pilla de reojo al frenético barbudo, le está mirando y vuelve con rapidez a su tarea. "Esos documentos son confidenciales, son cartas familiares, no me apetece que se vean reflejadas en un libro, la vida privada de mi abuela y mi madre no deben aparecer en ningún sitio, sin embargo, le traigo todos los datos que seguro le serán de interés para su investigación", nuestro hombre queda pensativo, "no sé, he realizado un largo viaje y me da la impresión que estoy perdiendo el tiempo", "de ninguna manera Zenón, lo tengo todo aquí, verá como queda satisfecho", el portugués empieza a adoptar una pose aduladora, y añade en un tono más melódico, con una sonrisa estudiada "debería compensarme por la información, usted va a ganar mucho dinero con su libro y yo no me voy a lucrar en nada, es más, vendí la caja por trescientos miserables euros, y ahora quiere que le abra la puerta de mis recuerdos", Zenón replica enérgico "le he prometido devolverle la caja, además, debe tener en cuenta, por si la vuelve a vender, que no debe darla por menos de mil ochocientos", "no la voy a vender, fue una torpeza, quiero que me recompense, que me dé un dinero por todo este asunto", "¿cuánto quiere?" Zenón disimula su enfurecimiento, aquella postura le parece un vulgar chantaje, "¿qué le parecen diez mil euros?, y dejo que aparezcan los nombres en el libro", Zenón Torrecilla no puede disimular el enojo "está usted loco, ni hablar, me marcho", hace un intento de levantarse, Abreu le sujeta por el hombro "no se ponga así por favor, vamos a dar un espectáculo", el barbudo ha dejado de subrayar y se ríe mientras disfruta con el tejemaneje, "¿cómo quiere que me ponga?, creía que habíamos llegado a un acuerdo, y usted está incumpliendo el trato", "comprenda que tomé una decisión precipitada, no me dio tiempo a reflexionar, comprenda también que estoy pasando unos momentos de apuros económicos", "y quiere que yo se los solucione, ya, por ahí no paso", "tiene que darme algo", ahora Zenón ve la luz de la negociación, Abreu empieza a blandear, "déjeme que lo piense, pero primero tengo que ver los datos para poder valorar lo que le voy a pagar, si es que le pago algo", "no, primero el dinero y luego la información", Zenón se da cuenta de que está demostrando demasiado interés en el negocio, y eso no es bueno, puede errar, dar ventaja a su ahora contrincante, incluso piensa en olvidarse por completo de este asunto, es una locura, pero sigue adelante "le doy la caja y mil euros, no llevo más encima", "no importa, aquí tenemos oficinas de los mejores bancos españoles y puede hacer una transacción inmediata", "he dicho que no, lo siento, ahora sí que me

marcho", Zenón se levanta dando un respingo, el barbudo se desternilla, lo que pone más nervioso a nuestro hombre, no le deja concentrarse, "¿puede ordenar a este individuo que deje de reírse?, a mí no me hace ninguna gracia", Abreu se levanta de su asiento y bajando el volumen y casi al oído de Zenón "discúlpele, es un esquizofrénico, sin peligro y sin malicia, viene aquí todos los días, no se entera de nada está a lo suyo, le conozco, por eso no me importó que estuviéramos sentados junto él", "me da igual, todo esto es una locura", "siéntese por favor, le pido disculpas si le he ofendido, creo que podemos llegar a un acuerdo", Zenón suelta el paraguas, es el primer elemento que cogió a modo de tizona, "no creo que podamos llegar a nada, me ha engañado, me ha hecho venir hasta aquí para chantajearme, aprovecharse de mí", Zenón está utilizando la estrategia del vencido, a lo mejor se apiada de él y accede a pretensiones más razonables, "escuche, señor Zenón Torrecilla, tal vez el engañado sea yo, me va a hacer creer que se ha tomado tantas molestias y gastos para no lucrarse con la información que llevo encima, eso no se lo cree nadie", Abreu, mientras espera una respuesta, indica al camarero que ponga otros dos oportos fríos; Zenón no se niega, está necesitando otra copa, ahora el esquizofrénico se ha serenado y comienza a subrayar, tomando velocidad, los diarios de la mañana. Desde al fondo del Majestic se escucha romper con fuerza los goterones en el empedrado, se ha hecho una pausa, pero tiene que tomar una decisión, y después de un sorbo de aquel enjundioso vino "este caldo es tan bueno o mejor que cualquier *tokay* de la mejor añada", dijo intentando probar suerte con una estrategia más diplomática, "desde luego, además nuestras uvas no necesitan pudrirse para conseguir tanto azúcar", "aprecio que es usted un entendido en vinos", "no mucho, aunque algo sé, me he criado entre los bancales del Duero, cerca de España, donde se cultivan nuestras mejores uvas para elaborar oporto", "pensaba que su niñez la había pasado en Madrid, además habla correctamente mi idioma", "bueno no exactamente, pero eso es información que aún no ha pagado", Zenón comienza a sospechar que aquel hombre puede intentar engañarle, pero no está seguro, esta circunstancia hace crecer más la curiosidad, "no quiero regatear ni que parezcamos un par de tratantes de ganado, deseo acabar con esto de una vez", Abreu vuelve a estar adulador "¿me permite invitarle a comer?", "no, no quiero provocar más agujero en sus finanzas, además tengo que tomar un avión a las cinco y media", "¿no se queda en Porto el fin de semana?", "no, vine exclusivamente a terminar lo que

comenzamos hace unos días, he tenido una semana horrorosa y quiero llegar cuanto antes a mi casa a descansar", "bueno, dígame cuánto quiere pagarme para que quede contento", "le voy a hacer mi última oferta, si no la acepta, me marcho y olvido el asunto para siempre", "de acuerdo", "llevo encima la caja de plata, que se la entregaré cuando vea las notas, si éstas me satisfacen le prometo mil euros en efectivo y si el resultado es positivo, es decir que puedo continuar investigando, conociendo a otras personas relacionadas, le daré cinco mil euros; eso tendré que comprobarlo en Madrid, por tanto deberá confiar en mí, si quiere le firmo un documento de compromiso", "no es necesario, le creo y me fío de usted, tome", Rui Abreu saca un sobre de color crema del bolsillo interior de su chaqueta, Zenón lo abre expectante, sin prisa, despliega los dos folios que contiene, uno manuscrito, el otro la fotocopia de una carta, comienza a leer despacio, en silencio, el portugués apura su copa satisfecho, el barbudo esquizofrénico se ha dormido, recostado en su asiento con la cabeza ligeramente descolgada hacia Zenón; el agua sigue rompiendo las aceras y el *Majestic* se anima, crece el murmullo de fondo, nuestro hombre lee recostado sobre aquella pared de gigantescos espejos que multiplican la luz y embellecen los yesos color salmón y blanco; las columnas de mármol negro brotan del suelo sujetando las bóvedas; éstas parece que van a caer del peso de las lámparas francesas; encima de los marcos encastrados en los muros hay unos bajorrelieves junto a las molduras del techo, cortejados por ángeles gorditos, son caras singulares, Zenón levanta la vista con el pensamiento puesto en el escrito y contempla sobresaltado al barbudo esquizofrénico retratado en una de esas esculturas, el retrato se ríe, es un efecto mágico, todos los días baja aquel personaje a subrayar los periódicos, y cuando duerme, como ahora, se marcha a contemplar el ambiente del Café desde las alturas, Zenón imagina que por las noches cuando se apagan los apliques y las lámparas, y los espejos quedan mudos, el barbudo vuela saliendo por las cristaleras entre las voluptuosas curvas de la puerta, a buscar otros mundos, otras distracciones. A Zenón todo aquel ambiente le parece mentira, un sueño inventado, pero queda satisfecho con la lectura, "me dijo que tenía varias cartas, ¿puedo verlas?", "creo que se las mostraré cuando me pague el resto, quedará muy satisfecho, igual que tengo que confiar en usted, debe confiar en mí". Aquellos dos hombres se dan la mano, Zenón abre la maletita, guarda el sobre y entrega un envoltorio, allí está la caja sin la nota, con el terciopelo restaurado, después saca de su billetera

dos de quinientos, el trato está cerrado.

XI

El laberinto

Atrás queda el *Majestic* en el barrio alto, como un crespón donde reposan en atalaya los pensamientos más distantes. El paraguas no es suficiente aunque la lluvia es ligera, y más ligera la maletita sin el peso de la caja. El día clarea y la gente aflora en esas calles de comercio a pesar del mal tiempo. Quedarse ¿para qué?, el día siguiente es fiesta, día de Todos los Santos; recuerda a Manuel Tajaneiro según inicia la bajada de la *rua de 31 de Janeiro*, doble remembranza por la fecha en que no puede llevarle flores a ninguna parte, aunque nunca le llevará flores, y por el nombre de la calle. Sería acaso de origen portugués el viejo del trastero o es solo una casualidad, o un juego del destino, un pedazo del galimatías de la vida. Cuando se cruza con el tranvía amarillo y blanco que sube ruidoso la empinada rúa apuesta por la sinergia, como si todo fuera encajando a lo largo de una vida, pero sin mucho sentido, y recuerda también que el paradero de su padre es un misterio, aunque no se ha preocupado en resolverlo. Aquella calle le gusta mucho más que *Santa Catarina*, los comercios son más auténticos, zapaterías antiguas, alguna sombrerería, moda barata. El paraguas le impide disfrutar de la bajada, quiere comer, no encuentra ningún restaurante en el camino, después, cuando está cerca, otra vez, de la plaza de *Liberdade*, cambia de planes; el tiempo no favorece el paseo y toma un taxi. Comerá en el aeropuerto mientras espera su vuelo, el trayecto es largo pero bonito. Reposa tranquilamente en el auto la mirada en las calles, se encuentra absorto y sufre un cierto arrepentimiento por la operación que acaba de cerrar, puede tratarse de un engaño, ¿y si son compinches Abreu y el comerciante de Aveiro?, ¿y si Abreu se inventó la historia para sacarle dinero?, por eso no le entregó las cartas, ¿y si pretenden sacarle más pasta?, ahora está seguro de que lo comprado es humo, esto le produce una zozobra que le durará hasta comprobar la veracidad de los datos escritos en aquel folio, pero eso será en Madrid, ese pesar no es por

el dinero invertido, que ya es bastante si cuenta lo que lleva gastado en Aveiro más los gastos de movilidad, es por sentirse como un infeliz al que le tomaron el pelo. Comienza a pensar que todo el mundo le ha engañado, su madre al suicidarse, su padre al abandonarle, Mariela queriendo tener un hijo suyo a toda costa, ella en el fondo soñaba con España, en Buenos Aires había fracasado, y el hijo sería su pasaporte, Manuel Tajaneiro dejándole el trastero en ese último estertor de egoísmo “que no se pierda nada, que mi heredero lo conserve”, Corín tal vez quiera engañarle, obtener algún lucro para ella aunque sea a costa del amor, Matías Marzol y el propietario del trastero, en fin, hasta Evariste del que se había dejado engañar en algunos pequeños negocios; se siente defraudado, y piensa que su vida también es un fraude, no puede contener la rabia y llora intentando evitar que el chófer le vea. Ya en la zona metropolitana, en el Gran Oporto, vuelve a mirar el paisaje y recapacita; la información que ofrece aquel folio encaja bastante, y la carta fotocopiada puede ser auténtica, no debe de ofuscarse, siempre ha pensado bien de las personas y se da cuenta que dramatiza en exceso, que son fantasmas de su imaginación, que todos son buenos, que buscan su propia felicidad, o acaso es el instinto de supervivencia, en el fondo Zenón Torrecilla les comprende, y opta, se dice que es libre para acometer empresas, aunque la de la caja de plata sea otro capricho de la vida.

Más tranquilo llega al aeropuerto; el auto sube hacia aquel enorme puente con forma de espinazo, aparca, le da pereza bajarse, la calefacción le sume en un profundo sopor, y tirando de la maletita con desgana accede a las instalaciones, busca una cafetería donde comer cualquier cosa, le sobra tiempo. El trajín de la gente es importante, aunque no distraen la visión de esa catedral metálica. A pesar del día nublado la luz es protagonista y el entorno cuajado de cerchas de todos los tamaños ofrece una visión que más le parece estar dentro del estomago del cadáver de un pescado, algunas formas textiles del techo semejan branquias, el animal ha quedado a medio descomponer. Predomina el gris plata, como escamas apagadas. Zenón siente escalofríos, aunque posiblemente sea porque se quedó destemplado al salir del coche. Por fin, después de patear desorientado el reluciente suelo, encuentra un conocido lugar de comida rápida; le sobran más de dos horas, sin embargo deglute sin pausa el bocadillo para tomar asiento en un lugar más cómodo, se decide por una fila de butacas de inclinación inversa y aprecia viniendo de lejos la música de ambiente; sorprendido identifica la pieza, la misa en si menor de Bach, no es un sueño, y se dice que es

la música más acorde a los templos de peregrinación de estos tiempos, donde todos los feligreses aspiran a subir al cielo. Queda dormido apoyada su axila derecha sobre el lomo de la maletita, que ahora es el brazo de una butaca improvisada en aquel asiento; para curarse del destemple se cubre con la gabardina gris, y queda a juego con el decorado, como cuando se camuflaba en el Teuquito para cazar, aunque sabemos que no era esa su afición favorita; y en el duermevela barrunta a alguien que se sienta justo a su izquierda, gira la cabeza con los ojos entreabiertos pero allí no hay nadie, aunque recibe una agradable emanación a natillas recién hechas, vuelve a relajarse una vez se diluye aquella sensación, esta vez piensa en Corín, la desea, aquel olor ha despertado los instintos que guarda casi dormidos, y comienza a preparar la estrategia para volver a verla, la excusa de la entrevista de trabajo es impropia; quedó claro que no necesitaba a nadie en el trastero, tendrá que utilizar otro argumento; enseñarle alguna obra de arte tampoco es buena idea, una empleada de perfumería sin interés por las antigüedades, o volver a tomar una copa e invitarla a cenar sin más. Debe encontrar una excusa que dé pie a la copa o la cena; ya se le ocurrirá algo en el transcurso del viaje, aunque no quiere que Corín se haga ilusiones, por si acaso estuviera interesada en su amor. Después de estas divagaciones se incorpora de aquel incómodo asiento, y concluye que la verdadera vida estaba en el Chaco, que aquella pobreza era un estado de perfección. Está cansado de esperar el avión que le trasladará a Madrid, mira las pantallas en un acto reflejo, tiene que espabilarse, el tiempo pasa muy deprisa, cae en la cuenta de haber quedado dormido, pero no es consciente de ello, al fin embarca, la música barroca se apaga despacio mientras penetra en el túnel inestable; después asciende a los cielos. Sentado junto a una señora mayor, entrada en carnes, vuelve a oler las natillas recién hechas, se acuerda de Corín y duerme esta vez profundamente hasta Madrid.

El sueño repara el tremendo madrugón de aquel viernes, en Barajas se siente bien, sobre todo despejado, “Lléveme a Claudio Coe… no, perdón, al paseo de Extremadura”, “¿a qué altura?”, “ya le indico cuando estemos cerca”, saca el teléfono móvil, lo enciende, tiene registradas varias llamadas de Evariste y un teléfono que no conoce, busca el número de Corín, lo tiene anotado en la cartera, marca, “Corín”, “hola Zenón, ¿qué haces?”, “estoy en un taxi, ¿dónde estás?”, “en casa, acabo de llegar”, “¿quieres que pase a recogerte?”, “no sé ya estoy en pijama, bueno pero tardo un rato en arreglarme, ¿sabes dónde es?”, Zenón nota como le late el

corazón más de lo debido, "pare allí, en aquella esquina", baja deprisa, entra en un *vip*, no sabe que obsequiar a aquella mujer, apenas la conoce, al momento sale de la tienda con un envoltorio en la mano y reanudan la marcha, atraviesan el Manzanares esta vez por túneles inacabables, a Zenón le gustan más los puentes que las oquedades, "déjeme en el 42". Zenón Torrecilla no está cansado, es más, se encuentra pletórico. Cenan en un restaurante argentino, ella come como si no lo hubiera hecho en una semana, "no imaginaba que una mujer delgada pudiera comer tanto", "no soy tan delgada, esta carne me gusta muchísimo", "ya veo", no hay ningún glamur en el encuentro pero eso les da igual a los dos, la conversación dura hasta bien pasada la media noche en aquel lugar de manteles rojiblancos, las mesas están iluminadas por unas lamparitas con pantallas de papel, o quizá sean pieles de vacuno muy finas, Zenón cruza las manos, aprieta el húmedo vaso de whisky con hielo, ella bebe sin mesura varios copazos de licor de café, "esto es buenísimo para hacer bien la digestión", "las bebidas dulces no me gustan, te importa", Zenón enrosca en su mano la tercera copa de balón que se está bebiendo Corín, aquel aguardiente dulce se lo lleva a la nariz, "tengo que reconocer que huele muy bien", el restaurante se va desgranando de comensales, el olor a churrasco achicharrado se disipa con el paso de las horas, la atmósfera cada vez es más propicia para la conversación, se escucha "*por una cabeza*" y a Zenón se le fue la cabeza por un momento al Teuquito, pero no quiere, saca de la maletita que descansa a sus pies el obsequio, y miente "te lo he traído desde Oporto", "no tenías que haberte molestado", ella desenvuelve con ansia el paquete, "un libro", su expresión no se sabe si es de desencanto o de interés, "y está en inglés", "bueno, pero no hace falta leerlo si no lo dominas, en realidad lo interesante son las fotografías y los dibujos, puedes recrearte en su contemplación, son muy sugerentes", la mujer sin decir nada hojea el gordo tocho *"the labyrinth"*, la portada muestra un grabado del siglo dieciséis donde se aprecia el esplendor de los jardines de la *Villa de Este* en Tívoli, cuajados de laberintos. "Muy bonito Zenón, ¿crees que la vida es un laberinto?", "no sé, pero creo que la vida que cada uno conocemos es una pintura, un cuadro que dibujamos con las sensaciones que obtenemos, aunque realmente es una falacia, la verdad está oculta y eso seguramente nos haga más felices", "desde luego Zenón, eres tan profundo que no te sigo", "bah, déjalo, me estoy poniendo pesado y seguramente hemos venido a reírnos", ella está preciosa, se nota en su rostro la pericia de una buena maquilladora, peluquera, perfumista, todo ese buen

hacer atesora la mujer que luce un sueter rojo muy escotado, nada al cuello, a Zenón se le va la vista de vez en cuando hacia sus pechos, ella lo sabe y disfruta con eso; más de dos veces piensa en coger su mano, pero reprime la intención, y no es por timidez, un hombre de su edad está casi curado de esas cosas, aunque no quiere dar el primer paso, ella aparta el libro hacia una esquina de la mesa, no hace más caso al grueso volumen, encoge los hombros y juntando los brazos como si tuviera frío en aquella cálida atmósfera "¿viajas mucho?, el miércoles me dijiste que habías estado el fin de semana anterior en Portugal, hoy has viajado a Oporto, que bárbaro, eres un hombre de negocios que no paras, seguro que te van muy bien las cosas", "no creas, es más por diversión, nunca he tomado unas vacaciones y de vez en cuando me gusta viajar, me distrae", "entonces estás forrado, casi nadie se puede permitir eso", "ni te lo imagines, son pequeños viajes, baratos, de uno o dos días, ya sabes para desconectar, y si puedo hacer un negocio lo hago, pero no estamos atravesando buenos momentos", "pensaba que eras un potentado", "cambiemos de tema, el libro que te he regalado sé que es una bobada me lo sugirió un negocio que tengo entre manos", ella le interrumpe "no ves como viajas por negocios", "no es eso, quiero decir, que estoy…bueno te preguntaré algo", "dime", "una adivinanza, no mejor, di lo primero que se te ocurra sobre lo que te voy a contar", "ay, me tienes en ascuas", "imagínate que fueras una persona muy rica, que tuvieras todo lo que se puede desear, si supieras que vas a desaparecer, por el motivo que fuere, y sólo pudieras esconder en el fondo de un pequeño cajón algo de mucho valor, ¿qué esconderías?", Corín se lleva la mano derecha al mentón, en acto de pensadora, la quita rápidamente, no quiere deslucir el maquillaje "guardaría oro", "no, el oro es muy pesado, y en un cajón pequeño cabe muy poco, lo reventaría", "pues entonces billetes, dinero", "es tan pequeño el cajón que el valor de esos billetes sería mínimo", "no sé, déjame pensar, joyas muy valiosas, quizá diamantes", "exacto, eso mismo he pensado yo", "y para qué quieres saber eso", se ríe Zenón "por nada es un juego para conocer nuestra compatibilidad", "pues sí que eres complicado Zenón, ¿me vas a regalar una joya?", "según cómo te portes", ella soltó una carcajada y siguen hablando hasta que el camarero los anima a marcharse.

Esa noche Zenón Torrecilla le saca jugo a la maletita. Los arreos de la barba los empleó a la mañana siguiente en el 42 del paseo de Extremadura, llevaba veinte años sin hacer el amor pero no se había olvidado, el sábado era festivo, y el domingo, nuestro hombre

quedó prisionero de aquel apartamento que olía a natillas recién hechas, y dieron cortos paseos por aquel barrio siempre sin cruzar el Manzanares.

XII

Las personas de naturaleza triste, cuando están contentas siguen teniendo ese rictus de pesadumbre que las define, y en todas ellas hay un pesar ancestral cargado a sus espaldas, Zenón es de esas formas y aunque parece que con Corín ha salido del capullo, engalanado, dispuesto a enterrar simientes, no puede disimular el aire circunspecto que le envuelve. De aquel fin de semana no dejó anotado casi nada, solo hace referencia a la pulcritud del apartamento de Corín, algunos pensamientos sueltos, y un verso de su poeta favorito *"qué importa a aquel a quien ya nada importa/ que uno pierda y otro venza, / si ha de amanecer siempre",* y con este texto parece que dio carpetazo al viaje de Oporto. Piensa que el futuro será sin remisión lo que tenga que ser, y se dispone a una lucha pausada, sin estridencias, aunque manejado por la corriente de los acontecimientos.

El trastero está luminoso a pesar de ser oscuro, el sol rebota en la fachada de enfrente, y como si fuera un espejo mete los primeros rayos por la cristalera de la puerta. Allí se encuentra él, retocando los trastos como si fueran los caireles de su alma, como si fuera el día de la inauguración, aunque sabe que le queda poco tiempo en ese lugar insólito. El viejo Denon se pone en marcha a ritmo de tango, y el compás marca sus pensamientos escritos con fruición en el cuaderno veintiuno. El teléfono interrumpe la música y la escritura, esperaba la llamada, "buenos días, soy Matías Marzol, ¿ha tomado ya una decisión?", aquel hombre, como un perro de presa insiste en el acoso y Zenón Torrecilla contesta para liberarse "sí, hágame una oferta generosa y me marcharé de inmediato", una pausa y "de acuerdo, en breve tendrá noticias mías, hasta luego", Zenón cuelga sin despedirse, aliviado, el tango vuelve a sonar más fuerte como si fuera un cansino baqueteo militar, nuestro hombre se ha agazapado, está a la defensiva, a la espera de lo que tenga que acaecer, es una postura más cómoda quizá por eso le entra hambre, o es por el trajín amatorio del fin de semana; y se acuerda de Corín. Le dijo al despedirse que a lo mejor era bueno no volver a verse, y ella se puso mohína pero comprensiva. En la farmacia que no es una

farmacia se repone y disfruta del desayuno y del ambiente que se respira por las mañanas. Tiene mucho trabajo por delante, o eso piensa, y vuelve al trastero a estudiar la información que le entregó el señor Abreu. Zenón, en esos momentos cree que lleva en el trastero toda la vida, pero está convencido que no morirá en el viejo camastro como Manuel Tajaneiro, su alma, la de Zenón, se irá por otros parajes, pero no sabe cuáles, ahora se da cuenta de que el trastero sigue siendo de aquel muerto, que está allí omnipresente, que no se marchó nunca, que sigue obedeciendo aún su dictado, y nunca mejor dicho, "apunta hijo, apunta, eso es importante…", tantas anotaciones y escrituras que tal vez quedarán en un contenedor, de esos donde se recicla el papel; se siente esclavo del viejo, que lo encarriló por donde quiso seduciéndole con la pena, Zenón sin mejor opción, recién llegado de Buenos Aires aceptó el reto, pero eso fue hace muchos años, sabe que dentro de poco se marchará, dejará el trastero a merced de la excavadora, seguro que no vuelve a dedicarse al mismo negocio, pero también sabe que con la caída del trastero enterrará a Manuel Tajaneiro, insepulto tanto tiempo en su memoria. Por primera vez desde hace veinte años atisba la incertidumbre sin contemplar ni un ápice de su futuro, de todas maneras evita pensar en ello, no quiere sufrir a pesar de los frentes que tiene abiertos, aunque le queda alguna esperanza; cuando pase todo aquello quiere organizar su vida, ser como un sordomudo esperando feliz el ocaso, y entonces le estorbará la memoria, será necesario olvidar, es la única forma de no tener desasosiego. Sigue escribiendo, manifestando su verdad que se revela a cada instante. Sólo, con sus pensamientos y su decorado íntimo llora. Últimamente se le escapan las lágrimas sin modificar el gesto de su rostro, como si el agua salada que cae por la mejilla fuera la única manifestación física de las escenas que le conmueven, y no se limpia, deja que la lágrima le haga un surco en la cara, le cosquillee, y al final caiga como goterón de chubasco en el cuaderno, esta vez aterriza en los folios releídos que le entregó el portugués, el llanto estoico se produce cuando imagina la relación de Lucía con aquel militar, una relación sorda y ciega, deduce que ella estuvo enamorada, aunque fuera incierto, y que el militar también, pero aquel, de nombre Silverio Olivilla quizá fue un ladrón, un capitán médico con ganas de medrar en la contienda civil, la gente tenía miedo, los falangistas decían que poseían un aparato para detectar el oro escondido en las casas. Desde finales del treinta y seis los falangistas comenzaron a requisar el oro y las joyas, las confiscaciones fueron sistemáticas, más tarde, algunos se

paseaban del brazo de sus esposas, luciendo ellas las joyas robadas a sus vecinos, ¿sería el tal Silverio de esas hechuras y dejó a Lucía un tesoro dormido en un mueble no se sabe dónde?

En el manuscrito, a modo de árbol genealógico se señala con flechitas la descendencia, *"Silverio Olivilla casado con Matilde"*, no se menciona el apellido de su mujer, debajo *"hijas Amelia y Silveria"*, y a continuación *"mi madre Antonia, tenía contacto desde Portugal con su hija Amelia que vive o vivía en Madrid, Silveria falleció muy joven"*, y más adelante *"Amelia tendrá setenta y ocho años aproximadamente"*, al final del folio está escrita la dirección, con bolígrafo remarcado *"calle de Marianela nº 31"*, tiene que consultar un callejero, esa ubicación le es desconocida, pero Zenón Torrecilla no tiene prisa a pesar del interés, y después vuelve a leer la carta fotocopiada, Abreu le dijo que aquel manuscrito siempre estuvo dentro de la caja, que la única herencia entregada por las hijas de Silverio a su abuela fueron aquellas dos cosas. Comienza la carta *"Te dejo todo mi amor en el recuerdo, tu futuro está en el fondo de esta caja…"*, Lucía, el día que recibió la caja, no supo interpretar el mensaje oculto de su amado, aquel escrito tenía dos lecturas. Ahora Zenón comprende por qué la nota estuvo oculta tanto tiempo, el militar pensó que Lucía entendería el mensaje, pero la carta solamente sirvió para acrecentar el llanto y guardar hasta su muerte el testigo del amor que sintió por Silverio. Este, no quería que sus hijas supieran que la sirvienta iba a recibir un presente valioso, por eso actuó de esa manera.

Sigue disfrutando de Gardel y la mañana pasa despacio. A Zenón le gusta escribir de esta historia, además, con esa destreza que tiene adquirida con los años, para mover el portaminas, está convencido que sería un gran escritor, ahora se limita a anotar inventarios, cuentas, poemas de otros, los recuerdos, algún sueño, y la historia de Lucía que la está fraguando en su mente como si se tratara del boceto de algo que desea contar a otros, empieza a establecer hipótesis, situaciones, imaginar escenarios, ya tiene en su cabeza una fotografía inventada de todos los personajes, a Lucía se la imagina como una mujer madura de entre cincuenta y sesenta años, y pone en mujer el rostro de Abreu, con el pelo oscuro ondulado, vestida de negro, la envuelve con esas ropas que parecen sayas, igual que las que llevaba su abuela la de Argüelles cuando guardaba luto por su hija, que fue siempre; la única diferencia estriba en que a su abuela la recuerda con un moño y el pelo blanco. A Silverio le pone un bigote y el pelo negro liso, más mayor que Lucía, con la raya al lado derecho, aunque a lo mejor los médicos del ejército no

tenían bigote, el bigote lo llevaba el resto a modo de pasaporte, de visa incontestable ante aquella sociedad supervisora, y no sabe por qué pero le pone un anillo de oro con un rubí engastado, las manos blancas y finas, como de cirujano, una copa de ojén entre los dedos mirando a las criadas con ojos libidinosos mientras desayuna, y ahora Zenón se mira sus manos y se pregunta si las suyas serán de cirujano, él que había ejercido de tal, seguro que las gentes del Chaco las miraban, pero él las tiene cortas y algo romas.

Cerca del mediodía suena en el viejo Denon "*adiós Nonino*", e intercala la fantasía con otros recuerdos. La música le hace quedar sumido en un estado de tristeza, si él pudiera hacerle un homenaje a su padre, como Piazzolla, y piensa que puede estar vivo en cualquier parte. ¿Sería Silverio como un padre para Lucía, o fue sólo su amante?, se da cuenta que sólo él, solo Zenón Torrecilla sabe que Silverio Olivilla no pudo nunca consumar el deseo de satisfacer, después de muerto, a Lucía, eso le apena bastante, él, poseedor de un secreto nunca compartido, y el homenaje, ahora lo sabe, a quién se lo tiene que hacer es a su madre, por eso en la simetría debe satisfacer a Mariela. Tiene en esos instantes un pensamiento que le dispara del asiento, se dirige a no se sabe dónde, queda de pie en el centro del trastero y quieto, piensa en voz alta "¿y si Mariela estaba embarazada cuando me marché?", Zenón construye otra hipótesis, la de tener un hijo que no conoce. Se ponen los relojes a desentrañar su máxima percusión, dan las doce en un canto que le aparta del sueño, suena el teléfono como otro timbal más que se acopla a la orquesta, "¿qué tal estás?", "bien, ¿y tú franchute?", "hombre preguntas por mí, eso es una novedad, ¿te estás haciendo viejo, o estás enfermo?", Evariste ríe y Zenón escueto "¿qué te pasa?", "no seas tan lacónico, estoy bien, no me llamas nunca, sólo cuando tienes algún problema grave, tenía ganas de hablar contigo", "¿vas a venir por aquí?", "no, ven tú alguna vez, así te enseño algunas cosas nuevas, a ver que te parecen", "pero ¿vendes algo?, porque aquí no entra nadie", "algo se vende, este domingo no se dio mal, entre Marcela y yo atendimos a mucha gente y algo vendimos", "tú, que tienes la suerte de estar junto al rastro, yo llevo varios meses que no me como una rosca", "debías aceptar la oferta que te hagan por irte y te alquilas un local cerca del mío", "ya veremos, ahora no tengo ganas de hablar de eso", "bueno, entonces te animas a bajar a La Latina, o no", "hoy no, tal vez mañana, tengo cosas que hacer", "que se dé bien el día", "adiós Evariste".

Zenón decide buscar la calle de Marianela, sube a la buhardilla y

localiza un viejo callejero que guarda en el gabinete, “aquí está”, cerca de Bravo Murillo, en la zona norte. Irá a dar una vuelta poco antes de comer, incluso puede picar algo en algún restaurante cercano. Después de programar el viaje toma la enorme guía de teléfonos y se enfrasca en la búsqueda del apellido Olivilla, pero sin fruto, no encuentra a nadie con ese apellido, está claro que tiene que dar una vuelta por aquel lugar. Desde el gabinete escucha la puerta de entrada, baja sin demora, “hola, ¿no hay nadie?”, allí está ella, radiante, vestida con un pantalón vaquero, luciendo sus deseadas caderas, sus muslos apretados, Zenón se contraria porque piensa que le chafará el día, no le apetece estar con ella, aunque la desea, “quería verte”, “pero si nos hemos despedido esta mañana”, “ya, pero tengo que decirte tantas cosas”, nuestro hombre comienza a sentirse un tanto incómodo, la invita a sentarse junto a la mesa camilla, ella habla sin parar, eufórica, él recoge los bártulos de escritura, esconde su intimidad a los ojos de Corín, “lo mismo te he molestado, seguro que estabas haciendo algo importante y…”, “qué va no te preocupes”, apaga el viejo Denon, “¿por qué quitas la música?, un poco de ambiente no viene mal”, Zenón discurre cómo volver a planificar el día “así te escucho mejor, estamos más tranquilos, ¿por qué has venido?”, ella calma la conversación “no sé, me gusta estar a tu lado, escuchar tu voz, me gustan las cosas que me cuentas”, “ya, sabes que tengo que trabajar”, “solo es una visita breve, si quieres me voy”, Corín se siente confusa, “debes saber que soy muy disciplinado, a lo mejor algo maniático, lo da la soledad, y no me gusta romper mi ritmo, debes llamarme antes”, Corín no hace caso de la insinuación “¿me enseñas tu casa?”, Zenón duda durante un momento si subirla a la buhardilla, al fin se decide “bueno sube, pero no te asustes está todo un poco desordenado, ten en cuenta que no he estado aquí el fin de semana”, ella sonríe agradecida, la curiosidad la reconcome y salta de la silla, Zenón se incorpora desganado “acompáñame”, se dirigen al fondo del local, donde el ambiente es más lóbrego, suben por la vieja escalera de madera, “huy, esto está peligroso” señala Corín al apreciar que carece de barandilla, y tampoco tiene pasamanos adosado a la pared, a la mitad de la subida comienza a sentir el olor al que Zenón está desde hace tiempo acostumbrado, ya no lo aprecia, pero ella sin disimulo se lleva su mano izquierda a la boca, tapando su nariz, huele el perfume que tiene impregnado entre sus dedos; la buhardilla se vislumbra y el olor le parece asqueroso, la estancia se aclara con los finos haces de luz que vierten los tragaluces, a pesar de la escasa iluminación se atisba el abigarramiento de los objetos,

de los colgajos, y sobre todo ese olor tan desagradable, a Corín le da un vuelco el corazón, le parece una imagen tétrica, se está arrepintiendo de haber subido, pero la curiosidad le impulsa todavía a seguir adelante, "quédate quieta aquí, no te vayas a caer, voy a dar la luz", Zenón está acostumbrado a acomodar sus pupilas a la penumbra y algunas veces cuando sube no enciende las bombillas, es como un gato en su guarida, a él le gustan esas similitudes, son esos juegos íntimos que entretienen su soledad; gira el interruptor, que es de esos de llave cerámica de antes de la guerra, aunque el cableado, que va por fuera de los muros, no es de cordoncillo antiguo, es moderno desde que sufrió un cortocircuito hace unos años y por poco quema el edificio; ahora se encienden dos bombillas casi ocultas entre los trastos colgados del artesonado, "comprende que el edificio no es mío, por eso está sin reformar, y está así desde siempre, para mí tiene su encanto", "no importa, si a ti te gusta", Corín se pregunta cómo puede vivir Zenón de esa manera, "allí tengo el baño, y por esa puerta se accede al despacho, aunque lo llamo gabinete porque no recibo a nadie, y este es mi dormitorio", "¿la cocina la tienes abajo?", "no tengo, aunque hay un infiernillo en el gabinete y una pequeña nevera, como la de los hoteles, sabes que siempre como fuera", Corín en un arranque de confianza empuja suavemente la puerta del baño, del alicatado a mitad de pared brotan humedades que dibujan manchas de moho en la pintura verde, las juntas de las baldosas están mugrientas, "esto está muy sucio Zenón, ¿no me dijiste que venía una señora?", "pero solo los jueves, y más que nada para ocuparse de la ropa, ya sabes", "tú lo que necesitas es una persona que te tenga esto limpio y ordenado, y la tienda también", a Zenón le molesta y enfurece el comentario de Corín, aunque intenta moderar el tono de voz que sale de su boca "no, eso sí que no, me desordenaría todo, además el olor a lejías y esos otros productos químicos no los soporto, lo limpio con agua y jabón y basta, no quiero morir de intoxicación", ella sube la voz "ni hablar, como vas a morir es así, pero de cólera o tifus o a saber", "no seas exagerada, si se esto no te invito a subir, vámonos", Zenón la coge suavemente del brazo para empuntarla hacia la escalera y ella "no, espera, quiero ver antes esa estantería, todos esos juguetes son maravillosos, son antiguos, pero por qué los tienes aquí arriba, deberías ponerlos a la vista de los clientes", "no están en venta, son míos", "¿los coleccionas?", "bueno se puede decir así", "déjame verlos", Corín se acerca a aquellos gordos estantes de madera cruda repletos de objetos de colores, muñecas antiguas de porcelana francesas, algunas alemanas de *Steiner* y

Kestner, mariquitas enmarcadas, dos pequeños autómatas que ella no sabe que lo son, soldaditos de plomo, piezas de gran valor a las que Corín, aún sin entender en antigüedades, le impresiona su belleza, aunque la pátina de polvo no deja ver con franqueza los vivos colores de los juguetes de hojalata, o las gasas y organdíes que visten a las muñecas. “Esto debe valer una fortuna”, Zenón junto a la escalera deja, mudo, que Corín disfrute con las piezas que él no pudo tener de niño, y en un acto de orgullo se acerca para mostrarle un trenecito de cuerda, “es mi favorito, junto con esa colección de soldados, son húsares franceses, ¿te gustan?”, ella está impresionada. Aquella mujer no podía valorar, ni apreciar un mueble antiguo, le parecía un trasto viejo, y sin embargo ahora está conmovida con aquellos juguetes. Zenón la invita a bajar, y a pesar del paréntesis, está malhumorado “te prohíbo que te metas en mi vida”, “perdón, no quería ofenderte”, a Corín le da una arcada bajando las escaleras, tropieza con el último escalón sin llegar a caerse, y se van a sentar otra vez junto a la mesa camilla. Hay un silencio prolongado, “de verdad Zenón, necesitas una mujer a tu lado”, él calla, “una mujer que te cuide, deberías vivir fuera de aquí, y venir sólo a abrir y cerrar la tienda”, “te repito que esto no es una tienda”, “bueno perdona otra vez, el negocio, esto es un negocio, o lo que sea”, Zenón pausadamente “Corín, por favor, creo que deberías marcharte”, las palabras son armoniosas, está cariacontecido, y ella se crece “pues no, no me voy, necesitas un poco de alegría, te veo estresado, hoy te voy a invitar a comer”, “no es necesario que gastes dinero, si te parece lo dejamos para otro día”, “me ofendes Zenón, ahora mismo nos vamos a tomar algo y después comemos”. Zenón Torrecilla no está acostumbrado a este tipo de situaciones, no sabe qué más decirle a Corín, cómo disuadirla de su empeño sin hacer que se sienta mal “verás, tengo que salir a realizar una visita de negocios y me va a llevar tiempo”, “pero no irás a la hora de comer”, “bueno, la verdad es que sí, tenía intención de aprovechar el mediodía, como está cerrado el trastero”, “¿y no puedes dejarlo para después de comer?”, se queda pensando “bien, iré después de comer, eres un poco pesada, tanto insistes, pero no puedo entretenerme después de los postres”, “hecho”, Corín se levanta satisfecha con ese aire de mujer agraciada con la victoria y cree que comienza a dominarle, pero se equivoca. Salen los dos del trastero en dirección a la farmacia que no es una farmacia; ella siente un repelús que le recorre el cuerpo mientras recuerda la siniestra mirada de aquellas muñecas.

XIII

El pozo

El ambiente cargado y vocinglero del restaurante no desagrada a Zenón, se siente más vivo, no le molesta verse arropado por el humo aunque él no fume, al contrario, la atmósfera repleta de bocanadas le trasporta al Teuquito. Huele, como si estuviera allí, los sahumerios del chancho socarrado. La comida significa para Zenón un encuentro de pequeñas liturgias, es una fisura en su monótono hacer. En la mesa recoloca con meticulosidad los cubiertos, las copas, la servilleta; es un acto maniático y redundante, como casi toda la organización de su vida. Corín sin cruzar palabra observa cómo su acompañante se acomoda una y otra vez en la silla hasta encontrar la postura más adecuada, ella se pregunta, después de observar aquellos rituales, si será buena idea proponerle que vaya a vivir a su casa, pero lo hace, fruto de una reflexión poco profunda, quién sabe. La mujer habla largamente hasta cansarse, Zenón que había desarrollado con los años, no solo la memoria, sino también la paciencia, escucha sin acometer ningún gesto disonante, y después de un silencio, adobado con el bullicio de fondo, se decide a sentenciar "por esa senda encontrarás el precipicio", o lo que es lo mismo tú en tu casa y yo en la mía. La quiere como amiga, y ella sin probar bocado se seca con la punta de un pañuelo de papel una incipiente lágrima tal vez fruto de la neblina del lugar, Zenón desea hacerla sentir incómoda, ella lo nota; él descompone el aire emitiendo vocablos grandilocuentes, se despega de su asiento como si volara con las palabras. Aquella mujer se siente pequeña, y hasta humillada, pero soporta con dignidad la verborrea. Corín enmudece hasta la despedida, él está más aliviado aunque su gesto no es de satisfacción, lo está pasando si cabe peor que ella. Recuerda a su poeta favorito *"suave es vivir solo"*, y sabe que esta situación, este desapego incontestable, evitará sufrimientos a Corín, pero ella lo ignora, y en ella está el olvidar, y ahora Zenón se arrepiente de la euforia del pasado viernes cuando dejó de ser por unas horas un

cenobita; había cruzado el Manzanares como cruzó el Paraná, aunque esta vez está convencido de que no se repetirá la historia. Aquella comida de compromiso, necesaria para despejar dudas e ilusiones, se termina. La mente de Zenón ya está en la calle de Marianela. Se separan a la puerta de la farmacia que no es una farmacia con un beso en la mejilla, "yo te llamaré Corín", aunque es un futurible incierto, ella comienza a decidir si la espera valdrá la pena. Sin contestar se marcha bajando hacia Serrano, Zenón quieto en la acera le mira las caderas solamente.

Nuestro hombre no atraviesa casi nunca María de Molina hacia el norte, supone un gran esfuerzo. Tiene un mapa de Madrid en su cabeza que no contempla más allá de aquella calle, y aunque el trastero está en la frontera junto a la línea divisoria que delimita la ciudad de Zenón y la otra ciudad, tiene mucho cuidado de no sobrepasarla. Le hubiera gustado vivir en Chamberí, decía que era más parisino, más vivible, que para comprar una barra de pan no hacía falta andar dos kilómetros, pero le tocó en suerte aquella ubicación. Cuando atacaba su barrio idílico, daba un gran rodeo y siempre lo hacía subiendo San Bernardo. Era como reencontrar su infancia en cada visita; de vuelta al trastero solo lo hacía atravesando el puente de Juan Bravo, anotaba que era la única puerta verdadera a su distrito. La Castellana se había convertido en ese río turbulento que le provocaba desasosiego.

Zenón Torrecilla está a pocos metros del garaje donde duerme el viejo golf, y aunque su primera intención fue desempolvarlo, construye otra idea, ir en metro, así se despreocupará del vehículo en aquel barrio que no domina; se desenvolverá mejor. No le lleva mucho tiempo encontrar la calle de Marianela, estrecha y corta. Esas manzanas de casas mezclan nuevas construcciones y edificios más antiguos; localiza el 31 al final de la calle. Un edificio humilde que tiene ya sus años, de tres plantas, los balcones con las barandas de hierro pintado de blanco, alguna bombona de butano tomando el fresco, los barrotes descascarillados; calcula al menos seis viviendas en el inmueble, Zenón desconoce el número del piso, ese dato evitaría molestias a los vecinos, tener que preguntar. La gente es desconfiada, pero él continúa su búsqueda e intenta acceder al portal. Está cerrado, y desde la puerta, a través del cristal distingue una fila de buzones, más de seis, ese es su primer objetivo, leer los nombres de los propietarios, así evitará hablar con alguien, no se siente tímido sino prudente, se encuentra indeciso, no quiere actuar incorrectamente, a lo mejor no es el día apropiado para hablar, si pudiera conseguir un teléfono y concertar una cita, y si se habían

mudado y ya no vivían allí. Ocupa el tiempo divagando mientras espera que alguien entre o salga del portal, con una buena excusa accederá a la finca, aunque pasan los minutos y tiene ganas de marcharse, aquella calle es solitaria, desde que llegó han pasado por allí dos o tres personas, la gente que cruza por las otras calles tampoco es mucha, le llama la atención que casi todos son hispanos, y recuerda a Mariela en un acto irreflexivo, automático; le molesta no ponerle cara a su antigua amada, se dice que ¿cómo es posible no acordarse de su rostro?, y eso le hace olvidar al instante. Una mujer mayor se aproxima a la puerta, él está en la otra acera y cruza con paso firme, se sitúa junto a ella en el momento preciso, ella abre la puerta, y Zenón "no se preocupe señora, creo que tienen el portero automático estropeado y no me oyen", "¿a qué piso va?", "a casa de Amelia", la mujer no contesta se queda mirando a Zenón de los pies a la cabeza, sonríe "no tiene pinta de caco", le da la espalda en un acto de confianza, sube la mujer con dificultad las escaleras; aquella casa no tiene ascensor. El portal está sucio, los suelos son parecidos a la piedra lavandera, muy gastados, los buzones viejos y torcidos, en el techo un plafón descolgado, Zenón escudriña las etiquetas, allí encuentra lo que busca "*Rodrigo Rojo*" y debajo entre paréntesis "*A. Olivilla*", sin pensarlo sube al primero derecha, en el rellano se frena, busca el timbre, lo pulsa, su corazón se acelera, escucha una voz en el interior "¿quién es?", no sabe que contestar, es una voz de hombre, Zenón mudo, sigue pensando la respuesta. Se entreabre la puerta, asoma el rostro de un sujeto no muy mayor, con barba de dos días, "¿qué quiere?", "buenas tardes, si no es molestia me gustaría hablar con Amelia Olivilla", "soy su hijo, ella ha fallecido, ¿qué quiere?", el sujeto, con toda probabilidad Rodrigo, abre un poco más la puerta y Zenón "soy amigo de Rui Abreu, el nieto de Lucía, la portuguesa que sirvió a su familia, es decir a su abuelo Silverio…", el supuesto Rodrigo le interrumpe "ya, sé de quién me habla, no los conozco, mi madre sí sabía de ellos. Concretamente ¿qué quiere?", "verá, soy anticuario, compro sobre todo muebles viejos, y había pensado que tal vez tuvieran alguno para vender, les pagaré bien", el supuesto Rodrigo con extrañeza sigue sin dar confianza a Zenón, en el rellano nuestro hombre comienza a sentirse incómodo, suda, se da cuenta que el inicio de la conversación ha sido un desacierto; el otro contesta "no sé, me suena extraño lo que me cuenta, qué tienen que ver esas personas de Portugal con mis muebles, explíquese mejor", "ha sido una casualidad, le compré algo al señor Abreu, intimamos, ya sabe, me dijo que ustedes eran una familia acomodada que tenían buenos

muebles y pensé que tal vez vendieran alguna pieza", "nosotros de acomodados no tenemos nada, mi abuelo fue un personaje importante, pero después de muerto, mi padre se deshizo de casi todo, lo poco que quedó al morir mi madre lo he ido vendiendo, tuve que venir a este piso de alquiler, más pequeño, ahora estoy solo, me quedan algunas cosas, si quiere verlas a lo mejor llegamos a un acuerdo", Zenón se tranquiliza, se seca el sudor con disimulo y respira diciendo "encantado", "pase por favor". La entrada del pisito es angosta, sin muebles ni cuadros en las paredes, amarillea la pintura blanca, varios emplastes de yeso son la única alegría de los muros; al final del corto pasillo un salón muy pequeño, el balcón al fondo, sin cortinas en el ventanal, un sofá de esos que tienen patas cónicas tipo años sesenta, de plástico gastado, marrón claro, la mesa baja de cristal sucia, con múltiples cercos de vasos y un cenicero a rebosar, un aparador repintado y una mesa redonda con cuatro sillas viejas, la tapicería oscura de flores está muy manchada, el entorno y el olor a tabaco rancio le provoca a Zenón un cierto pesar, no tanto por el deterioro sino por la falta de calidez, aquello no puede ser un hogar, además está también otro olor entre cerrado y cañería, "¿es usted Rodrigo?", "sí señor, pero siéntese", Zenón se recoge los extremos de la gabardina y se aploma en aquel sofá desvencijado, al hundirse, su cuerpo se recuesta hacia atrás sin querer, y tiene que ejecutar un incómodo balanceo para enderezarse, "ya ve lo que tengo aquí, no vale gran cosa, son muebles viejos pero imagino que esto no es lo que busca, y los dormitorios son modernos", "me dijo que había vendido algunos muebles recientemente", "no tan recientemente, el pasado año", "perdone que insista, entre los muebles que vendió no habría un escritorio, es mi especialidad", Zenón mientras espera la respuesta saca una tarjeta de su cartera e interrumpe "vuelvo a pedir perdón, no me había presentado", "ah, estupendo, pues sí, teníamos un escritorio, y bastante bueno, se lo vendí todo a un anticuario, me pagó bien por el lote de muebles, también iban algunos objetos sin importancia, mantones de manila, figurillas sin valor. Lo más importante lo vendió mi padre antes de morir, eran muebles que no nos cabían en casa, un piano de pared de esos que tienen candelabros, los libros, etcétera", "bueno, como soy especialista en escritorios antiguos, si me dijera a qué anticuario se lo vendió, pudiera ser que el mueble estuviera todavía almacenado y así podría verlo, tal vez me interese adquirirlo si llego a un acuerdo con ese comerciante", "no sé si tengo el teléfono, creo que no", "¿no sabe el nombre o la dirección de ese anticuario?, aunque solo sea la

calle", "no, contacté con él a través de un amigo, vinieron aquí con un furgón grande y lo cargaron todo, tenía los muebles amontonados, ya ve lo pequeña que es la casa, me estaban estorbando mucho", Zenón empieza a desilusionarse e insiste, "y localizando a ese amigo para que nos diera referencias, o si se acuerda de la descripción de aquella persona", Rodrigo se muerde el labio inferior haciendo ese gesto donde las cejas bajan en actitud pensativa, "ya me acuerdo, al anticuario no lo vi nunca, pero al teléfono tenía un acento raro, era extranjero", Zenón de inmediato establece una hipótesis mientras se dispara su adrenalina y en un acto reflejo dice "francés", "sí, tal vez, ahora que lo dice pudiera ser un acento francés", "creo que le conozco", se celebra un silencio, los dos se miran, aquel hombre sentado en una silla cuelga su brazo izquierdo sobre el respaldo, enciende un cigarrillo y se lo fuma como si el viento hubiera provocado una estampida de humo envolviéndolos a los dos, pero no hay viento, y enfrente Zenón, estirado en aquel incómodo sofá, extrañado de por qué aquel sujeto no se interesa por los portugueses. Ahora rompe el silencio "no le voy a robar más tiempo", "no se preocupe, a estas horas poco tengo que hacer", a Zenón le gustaría saber a qué se dedica Rodrigo, pero no quiere prolongar la conversación, ya tiene bastante, se pone de pie, estrecha la mano de aquel hombre, y éste con gesto compungido "lamento no haber sido de gran ayuda, otra vez será", "sí, otra vez será", no sabe bien a qué se refiere y se dirige a la puerta de la calle por el corto pasillo, al salir al rellano se despide con un escueto "adiós", escucha cómo se cierra la puerta según baja la escalera y olfatea un aroma a natillas recién hechas, con fuerte olor a canela, pero no se acuerda de Corín, esta vez se acuerda de su abuela la de Argüelles, alguien en esa casa debe mantener la receta tradicional de ese postre. Los olores nos transportan a muchos sitios, y en la memoria olfativa de Zenón están impresos muchos recuerdos, de todo tipo; piensa sumergido en aquel aroma, en Francia, en los perfumes, y se caga en la madre que parió al cabrón de Evariste, en un acto de desahogo.

Despunta la noche de otoño en el barrio de Tetuán, sube el cuello de la gabardina gris y después mete las manos en sus bolsillos. Se va caminando hacia Bravo Murillo donde piensa tomar un taxi, tiene sed, mira los luminosos de las transversales, y en una de esas estrechas calles "*el Cisne Negro*", entra en aquel tugurio, no acierta a saber si es cafetería o bar o las dos cosas o ninguna. Es un lugar oscuro; adapta sus pupilas, en dos mesas varios hombres juegan una partida de cartas, algunos mirones con la copa en sus

manos; en la barra, iluminada con pobres alógenos, una camarera joven entrada en carnes que no disimula, con una camiseta negra, luciendo el ombligo de su gorda barriga, alguna chatarra cuelga de su labio inferior, y al fondo, como si fuera una pieza de museo, un *Austin mini* de color blanco, es el protagonista de la decoración, aunque no tiene mucho que ver con el nombre del local, se fija mejor, dentro de aquel coche hay una parejita tomando algo. Al mini lo han vaciado y han puesto en su interior un velador con dos asientos contrapuestos, como los taxis ingleses. Junto a la barra el suelo está lleno de cáscaras de frutos secos, papeles y colillas; aprecia que son losas de terrazo de ese que ya no se pone, en las paredes cuelgan toda clase de objetos y fotos inconexas. Llaman su atención dos marionetas antiguas de madera que conservaban los hilos, una de ellas un payaso con la vestimenta escarlata raída, y la otra un polichinela con gorro de *bobby*. Los feligreses miran a Zenón en tandas, con esa mirada entre despectiva y territorial, pensando que ese no es de por aquí, la parroquia sigue a lo suyo pero sin dejar de observarle de vez en cuando, "¿qué va a ser?", se escucha la voz ronca de la chica, aquella expresión suena a camarero rancio, una muletilla aprendida en otros lugares o heredada de algún antepasado barman, Zenón Torrecilla decide quedarse y pedir un cortado y un vaso de agua, aquel café le parece betún y en la boca conoce por primera vez el sabor de la brea, lo deja a medias, bebe el agua del grifo y se queda apoyado en la barra, una bachata a todo meter hace vibrar el pecho de Zenón, le parece curioso aquel lugar, casi gritando "oye chica, no me venderías aquellas marionetas", "huy, no sé, son de mi jefe, aquel", y señala a un tipejo mal encarado, media barba, jersey azul con algunas hilachas colgando del elástico; es uno de los mirones cubata en mano, está sentado en un taburete alto apoya una pierna en el suelo y su cuerpo inclinado hacia adelante observa el juego; la muchacha voz en grito "eh, Fermín, que este señor dice que si le vendes los muñecos esos", Zenón por un momento siente vergüenza ajena, que gente más soez y dice "disculpe es una broma" dirigiéndose al dueño, y este "no no, si paga bien, le vendo lo que quiera", "no, de verdad que era una broma", estando en este negocio entra Rodrigo en el local, nuestro hombre sorprendido hace un ademán para saludarle, pero el sujeto se da de inmediato media vuelta y se marcha, el dueño desde el fondo "qué le pasa a ese, por qué se marcha, si ha quedado conmigo", Zenón graba aquellas palabras, intenta decir algo a aquel tipejo pero se le adelanta dejando el taburete a un lado, "si me da cien euros por los muñecos son

suyos", "que no de verdad, era una broma", "a mí no me gustan las bromas, dígame ¿cuánto paga?", Zenón se siente algo acosado, aquel hombre le expulsa el humo de su cigarro a la cara, y después Zenón ofrece "le doy cincuenta por los dos", el sujeto exhala un aroma alcohólico bastante molesto "ni hablar, me da cien", "perdone que cambie de tema, ¿conoce al hombre que se asomó antes?", "a usted que le importa, claro que le conozco, Antonio es un asiduo", "¿pero no se llama Rodrigo?", "no hombre, se llama Antoñito", el sujeto se ríe, Zenón Torrecilla está perplejo e incómodo, quiere terminar cuanto antes, seguro que Rodrigo, o Antonio, o cuál sea su nombre, se ha marchado al verle, no esperaba toparse con Zenón, o a lo mejor a quien no quería ver era al dueño del bar, "bueno ¿los compra o no?", "cincuenta, no voy a dar más", "pues se quedó sin ellos", Zenón con tal de despegarse de aquel maloliente se acerca a las marionetas, las observa, vuelve a la barra, esta vez separado del dueño, "dígame cuánto es el café señorita", el dueño vuelve a dirigirse a Zenón con cara de asco "estos finolis se creen que pueden venir a patearnos, no señor, ahora si quiere los muñecos le van a costar doscientos, no te digo", el sujeto vuelve a sentarse donde estaba en un principio, la peña había estado observando la escena al completo, aunque siguen a lo suyo, de vez en cuando una voz más alta que otra en la discusión normal del juego. Zenón paga, se marcha sin despedirse, en la calle respira con fuerza, como si sacara la cabeza del agua, aquel tugurio le estaba ahogando. Si hubiera ocurrido de otra manera, Zenón podía haber sacado más información al dueño del bar sobre el personaje de los dos nombres, pero midió la situación, lo prudente fue salir de allí.

Tiene ganas de llegar al trastero, recapitular lo acontecido, por fin toma ese taxi deseado. Aquella noche fabrica mil y una hipótesis como si de resolver una larga ecuación se tratara, un problema con varias soluciones.

XIV

El cuatro de noviembre despierta extraño aunque con el pensamiento sosegado, añorando la tranquilidad de los buenos tiempos en el trastero. Tumbado en la cama, con los ojos abiertos, observa como la luz que entra por los tragaluces va creciendo minuto a minuto, al igual que el ruido de fondo con el madrugador trajín de la ciudad. Estira el brazo derecho para intentar encender una bombilla y toca acariciando su segundo reloj favorito, un *Junghans* de mesa, la peana y el soporte de madera lacada en negro, los bordes que sobresalen, rematados con tachuelas; la esfera plateada, cilíndrica y encastrada en la madera, en escala; por detrás el agujero que ocupa el reloj deja ver el metal menos noble, ligeramente oxidado, de él surgen dos llaves, una para la cuerda, el paso de los segundos, y la otra para mover el macillo del despertador; la campana está debajo de la esfera, cortejada por dos pequeñas columnas de madera. La pieza fue de las primeras que construyó el fabricante, el cual siendo alemán le dio al reloj un aire victoriano. Zenón transporta el aparato de un lugar a otro; del trastero a la buhardilla, de allí al gabinete, y así según necesita su presencia; el tictac del segundero le agrada, además, no tiene que recurrir al cajón de las llaves para hacerlo andar, eso le otorga más autonomía, la pieza no provoca las emociones estéticas que el favorito de los angelotes más bien es la utilidad, lo usa para despertar o sentir su compañía, le tiene un cariño especial. Con el paso de los años se da cuenta de que duerme cada vez menos, se deja despertar por el gallo del vecino que suele canturrear a las siete de la mañana, y desde que escucha el kikirikí queda normalmente esperando a que suene el *Junghans*, que le ordena zafarrancho.

Recuerda que en el Teuquito no tenía despertador, y no supo nunca con certeza si era porque no lo necesitaba o porque no encontró uno a mano, allí el tiempo no se medía, el tiempo medía a Zenón, en el Chaco se acompasaba a la rutina del planeta, ahora era de día, ahora era de noche, amanecía o atardecía, ahora el sol estaba en el cénit, no tenía que saber más, sin embargo, en el

trastero se fraccionaba el tiempo en pedazos obligados, el tiempo se contraía, cuanto más se acortaban los instantes más se sentía dominado. Descubrió que era un enfrentamiento al devenir diario, soñaba que sin relojes el tiempo era como un vapor, un viento ligero por el que se dejaba arrastrar sin estridencias, la vida se hacía suave y sentía un placer especial porque de esa manera en su mente se fijaban todos los detalles, eso le produjo una sensación maravillosa, contempló su vida en el Chaco como una película en cámara lenta, disfrutando de todos los paisajes y decorados, recreándose en los pormenores. A veces en el Teuquito no estaba al tanto del día que era y en alguna ocasión se le amontonaron varios meses. En el Chaco se inventó su cumpleaños, como tantas otras cosas, le hubiera gustado nacer el siete de julio, para que nadie se olvidara de felicitarle, hizo realidad su fantasía pero allí nunca se acordaron.

Decide no encender la lámpara, deja el despertador en su sitio, está cómodo en la cama; hoy la pereza es buena compañera. Gracias a la tranquilidad de pensamiento puede llegar a una conclusión sobre lo acaecido el día anterior, aunque no sabe si verdadera. Abreu y Rodrigo le están engañando, el por qué lo descubrirá poco a poco, y comienza a enumerar las piezas del puzle que no encajan. Al portugués no se le veía muy necesitado como para vender la caja, además dijo que se había criado entre los bancales del Duero y no en España como dejó entrever en la primera reunión, con Rodrigo ya es el colmo, resulta que se fue a vivir sólo a aquel piso de la calle de Marianela después de muerta su madre, sin embargo en el buzón estaba escrito su nombre: *A. Olivilla*, como si estuviera viva, y añade que descubre por casualidad que no se llama Rodrigo sino Antonio, está convencido que han hecho todo eso para timarle, pero sigue sin completar el rompecabezas, por ahora se trata de poco dinero, ¿a qué tanta molestia?, ¿y qué tiene que ver en este embrollo Evariste?, será una casualidad, o quizá se inventó Rodrigo lo del acento extranjero para despistar, lo de los muebles seguro que era mentira y Rodrigo aceptó que le dijera que era francés, qué más daba, podía haber sido de cualquier otro país. Estaba seguro, esperaban que él llamara por teléfono al portugués se decía, y luego pague lo que le debo al comprobar que los datos, inventados por Abreu, los había ratificado. Pero es imposible se dice que sepan algo de la nota en la caja, por eso Zenón se da cuenta que ha cometido un error, al señor Abreu le habló de escribir un libro, sin embargo a Rodrigo, o como se llame, le habló de comprar sus muebles, ahora se darán cuenta que busca otra cosa, se ha descubierto, piensa que

intentarán estrujarle. Como en un laberinto, está frente a un muro sin salida, tiene que volver hacia atrás para poder avanzar, pero no puede dejar ningún cabo suelto, pronto comprobará si verdaderamente Evariste compró algún mueble en aquella calle.

Zenón Torrecilla sigue tumbado en la cama viendo crecer la pobre luz que invade la buhardilla, la mañana crece, si es que las mañanas crecen, aunque piensa que es el sol quien las alimenta, como si la mañana fuera un ente en el que estamos, y se acuerda de Manuel Tajaneiro, un recurso al que acude cuando no encuentra respuestas, se repite unas palabras que anotó hace muchos años en el primer cuaderno "no te fíes de nadie, este negocio está alimentado por simuladores, falsificadores, el engaño es constante", aunque Zenón sabe que su negocio es como cualquier otro, durante el tiempo vivido en el trastero ha encontrado gente buena, profesionales íntegros, pero también recuerda que había otros menos escrupulosos, como Evariste. El viejo moribundo tenía muchos recelos, estaba aislado y eso le planteaba muchas incógnitas. No encontró a nadie que le hablara del pasado de aquel viejo, era un misterio al que nunca se había enfrentado; ahora, tiene ganas de saber más sobre Manuel Tajaneiro. Se levanta con fuerzas, quiere hacer cosas, ya está harto de cama, aunque sigue siendo temprano, se lava la cara, busca los arreos de la barba, metidos en una caja negra con la tapa transparente, están colocados meticulosamente, encaja cada elemento en su agujero, la brocha es *Edwin Jagger* de pelo de tejón, cae en la cuenta que está hecha en Sheffield, y se va con su mente a la caja de plata, dice que es curioso que en esa ciudad de Inglaterra se manufacturase la mejor plata, y se percata de que la vida está llena de casualidades, de conexiones increíbles, ¿qué tiene que ver la brocha de afeitar con la plata?, pero la conexión es cierta, y ahora recuerda que al igual que había heredado aquella caja de afeitado del viejo Manuel Tajaneiro, los ingleses antiguamente regalaban estos enseres como si se tratara de algo muy preciado, tan preciado como un objeto de plata, y el ejemplo lo encuentra en el regalo que hizo Lord Wellington al obispo de Salamanca cuando entró en la ciudad después de la batalla de Arapiles, y en ese pensamiento encuentra otra conexión, otra casualidad, el Lord no solo era marqués de Talavera o Duque de Ciudad Rodrigo, también era Duque do Douro, su persona estaba a caballo entre España y Portugal, igual que la dichosa caja de plata se dice en otro pensamiento más de conexiones cósmicas, y que tal vez fue *Edwin Jagger* quien fabricó los arreos de la barba que regaló el inglés, pero hasta ahí no llega Zenón Torrecilla que está

convirtiéndose en Manuel Tajaneiro, luciendo esa erudición, pero solo para sus adentros, él no tiene ningún discípulo, y aunque en alguna ocasión había depositado muchas esperanzas en Evariste, el francés caminaba a su aire, estaba más interesado en sus propios asuntos, era un hombre complicado y extravagante. Termina de afeitarse y siente un placer especial después de rasurar su barba, de vez en cuando, se dice, deberíamos pensar más en el origen de las cosas, en el cariño y esmero que muchos fabricantes ponen a la hora de hacer cualquier objeto útil o bello. Está a punto de abrir el trastero, baja la vieja escalera, se acerca a la puerta, sube el cierre y voltea el cartelito *"abierto"*, el día no es muy luminoso, sale a la calle, respira con energía, quieto durante un instante sobre la acera para tomarle el pulso a la temperatura, "no hace frío", y tranquilamente se dirige a la camilla, rebusca entre los discos de música, otra vez Chopin, sentado, deja que el viejo Denon haga su trabajo. La estancia se llena de pasión. Sigue dándole vueltas en la cabeza al asunto de las conexiones. Seguramente, piensa, si queremos podemos conectarlo todo, es un problema de imaginación, e imagina que todo lo que le rodea, lo que había vivido y vivirá, todas sus experiencias están interconectadas, por eso vuelve a pensar que su futuro está planificado de antemano, pero en un acto de rebeldía se niega a creerlo, además, observa a menudo síntomas de lo contrario, entonces duda si los dados tienen algo que ver en esta suerte, o si cada paso que da influye en el final, y según sea el paso así ocurrirá después el efecto. Todo son especulaciones, le entristecen estos pensamientos. Se mira en el espejo de ojo de pez y descubre tras su rostro el local oblongo, distorsionado, como metido en una esfera de cristal, se mira más de cerca y se desvela grande y distinto, deforme, y el fondo pequeño y estirado, a lo mejor es esa la verdadera realidad, piensa en el autorretrato de Balthus, hay una gran semejanza con el rostro enorme que contempla; le recorre un escalofrío intenso cuando ve que cada día se parece un poco más a Manuel Tajaneiro. Suena el teléfono, "señor Torrecilla, soy Abreu", "ya le he conocido", "imagino que habrá comprobado los datos de la carta que le entregué", "sí, los he comprobado, aunque me falta verificar alguna otra cosa", "entonces puede mandarme ya el dinero que acordamos", "no le voy a pagar hasta que no compruebe todo, hay algunos datos que no me encajan", "pero ya sabe que no le he mentido, así que págueme señor Torrecilla", "le ruego que me deje trabajar, ya le llamaré cuando sepa que todo es verdad", "quiero cobrar esta misma semana", Zenón le cuelga el teléfono, indignado

por el tono del portugués. Aquella conversación le altera bastante pero se sumerge de nuevo en la música y queda durante un buen rato intentando relajarse. Con los ojos cerrados desea estar así siempre, y "siempre" será lo que le reste de vida; alimentándose de olores y música, ¿para qué más? se dice. Intenta reconstruir su mundo a base de sonidos agradables y moléculas invisibles, busca en la memoria las fragancias que más le apasionan, el olor a gasolina cuando la mañana es muy fría, el de cuero viejo al entrar en casa de un guarnicionero, el aroma a pétalos de rosa cuando emana de una rancia copa de *cavernet sauvignon*, la vainilla cuando las natillas rompen a hervir, o el olor de los humedales del Teuquito cuajado de gigantes flores de irupé.

Las visitas de clientes al trastero eran pocas, por no decir ninguna, Zenón no quería molestar a sus amistades, viejos clientes. Con la crisis era mejor dejarlos estar, no ponerles en un compromiso ofreciéndoles alguna pieza que sabía les gustaría; es evidente que ese no era el espíritu de un empresario, de un vendedor que se preciara de serlo, Zenón Torrecilla era distinto, y dejaba pasar el tiempo, ya volverán mejores días, aunque ahora le daba igual, dejará el trastero en breve, los dados o el destino le estaban jugando una mala pasada. Evariste era de otra manera, aunque sus resultados comerciales fueran malos le decía a Zenón que en estos momentos es cuando más esfuerzo hay que imprimir al negocio, y para eso se pintaba solo, todo el día enganchado al teléfono llamando a unos y otros, ofreciéndoles gangas, animándoles a que se aprovecharan de la situación, aquel cuadro lo tengo a la mitad, aquel jarrón chino está regalado; Zenón era distinto, sus objetos acumulaban cada día más polvo y la dejadez comenzaba a palparse en aquel establecimiento.

Cuando se dispone a escribir irrumpe por la puerta Matías Marzol. Con un escueto buenos días se dirige con decisión a sentarse a su lado, "tengo buenas noticias", el hombre del gabán se escarba las uñas mientras habla, evitando la mirada de Zenón, éste sin contestar obliga a aquel hombre a mirarle, "le digo que tengo buenas noticias, ya tengo la oferta, ¿no le interesa oírla?", Zenón con el gesto anegado por la tristeza sigue pasivo, aunque piensa que le gustaría saber a qué se dedica aquel hombre a parte de incordiar a las personas como él. "¡Hable!", "el dueño del edificio le ofrece sesenta mil euros por marcharse lo antes posible, ¿qué le parece?", "me parece una puta mierda", "diez millones de pesetas no son una mierda, eso le permitirá cambiarse de sitio y seguro que le sobra dinero", "sepa que no voy a aceptar menos de quinientos mil

euros", Matías Marzol se ríe y después sentencia "pues tendrá guerra", Zenón está tranquilo "¿qué tipo de guerra?", "ya sabe, haré todo lo que pueda para que se marche sin recibir un duro", "es usted un cerdo, ¿no se lo han dicho nunca?", "alguna vez pero no me importa, le comprendo", "¿hay posibilidad de subir la oferta?", "no, le aseguro que no, lo toma o lo deja", "me gustaría hablar con el dueño, seguro que con él puedo llegar a un entendimiento", "él no quiere hablar con usted", "y ¿no hay otra posibilidad de arreglarlo?", el hombre del gabán se toma un tiempo antes de responder, su pelo brilla más que en otras ocasiones, la grasa es contundente, a Zenón le da un cierto asco y se levanta, mira en el espejo de ojo de pez, ve sentado, detrás de él, muy pequeño, a Matías Marzol que se decide a contestar "tal vez exista una posibilidad pero depende de usted, y para eso tengo que estar seguro de que no me va a traicionar", Zenón no puede adivinar a qué se refiere, "dígame algo que me de alguna esperanza, no soy hombre de traiciones", "lo tengo que pensar bien, ya le diré algo. Ah por cierto, tiene que responderme a la oferta mañana, no le voy a dar ni un minuto más, no dude en llamarme, aquí le dejo apuntado el número de mi teléfono", "me deja usted igual que estaba", Zenón continúa de espaldas a aquel individuo, sin dejar de mirarle a través del espejo, observa cómo se levanta, sin despedirse se dirige a la puerta, ahora Zenón aparta la vista del espejo y mira al hombre del gabán por detrás, el gabán se le ciñe al meter las manos en los bolsillos, es excesivamente delgado y alto, y aquel pelo graso, "llámeme lo antes posible" dando un portazo. Zenón no queda intranquilo, tiene asumido aquel asunto, ahora recapacita que será bueno acudir a un abogado, alguien que le pueda asesorar. Sigue buscando el teléfono del propietario, también piensa en Evariste como asesor, pero le descarta, quiere la opinión de un profesional, tenía que haber ido antes. Zenón sigue allí, delante del espejo, durante casi toda la mañana, como intentando penetrar en un mundo aparte donde no exista el hombre del gabán, ni el petulante de Abreu, ni el sujeto de la calle de Marianela, ni el baboso del "Cisne Negro", ni Evariste; un mundo donde sólo exista el Teuquito, perderse en aquellos bosques. Le da igual la lluvia o el calor, en esos momentos le gustaría salir del apestoso trastero penetrar entre aquel marco, y se acuerda que el hombre del gabán quería el espejo, quería robarle el alma, anularle. Aquella ensoñación se esfuma con la sirena de una ambulancia. Uno de los relojes le dice que es la hora de comer, pero no tiene hambre, aunque lleva veinticuatro horas sin meter nada en el estómago, sale

del trastero, siente una presión en el pecho, ahora le importa más encontrar algo de calor humano, un consuelo, alguien en quien apoyar el hombro, piensa en Corín, es lo más recurrente, él, que se considera un lobo solitario, un dechado de autosuficiencia, pero está más hundido que otras veces, le flaquean las fuerzas. Saca el móvil del bolsillo, está en mitad de la acera, “Corín ¿me oyes?”, “sí, Zenón dime, pensé que no me ibas a llamar nunca”, “necesito verte, pedirte disculpas, me cogiste en mal momento, imagino que podrás perdonar mis impertinencias”, “por supuesto, un mal día lo tiene cualquiera”, Zenón se siente avergonzado, a esa mujer la desea como no ha deseado nunca a nadie. Aquella tarde la pasan juntos en el apartamento de Corín con el móvil apagado. De regreso, ya tarde, en el trastero, siente con cierto ahogo una amargura hiriente y viva, el “*taedium vitae*”, del que ya hablaban los romanos, ese asco a la vida; medita sobre la vanidad, los deseos irreprimibles, lo inútil, la falsedad de los hombres que iba encontrando, menos en el Teuquito donde todo era sincero. El sueño repara aquel pesar para que el día siguiente no sea tan angosto.

XV

La cárcel

Zenón Torrecilla no tiene televisor ni aparato de radio, aunque escucha música; la música es muy importante en su vida. Se mantiene informado leyendo la prensa mientras desayuna en el lugar de costumbre. La última película la vio cuando tenía veintiún años y nunca más volvió al cine, Zenón se ha quedado en Ford y en las sesiones dobles del Rex o del Bulevar, casi todo su tiempo lo ocupa en recordar y escribir con fruición. Hace tiempo pensó comprar un ordenador, pero a él no le va eso; el portaminas le provoca un placer especial entre sus manos, le gusta rellenar los cuadernos rayados, cuando completa uno se alegra, y lo guarda en un estante en la buhardilla para que el polvo lo envuelva. A pesar de que la suciedad es compañera, el orden escrupuloso es su aliado. Atesora una gran colección de discos, casi todos de música clásica, ópera verista, compositores románticos. Del barroco solo hace caso a Bach, aunque no descarta el sonido de Corelli o Monteverdi. Está rebuscando entre los múltiples cajones llenos de compactos, encuentra una carátula que le llama la atención, amarilla chillona con una cítara dibujada a carboncillo, Scarlatti, extrae el disco y lo incrusta en el viejo Denon; esas notas le despertaron una cierta alegría, quiere releer las primeras páginas de *"el juego de los abalorios"*, en aquel sobado libro, que guarda con especial cariño, está la mejor descripción del sentimiento que provoca la música, de su verdadero sentido, y lo toma en sus manos para disfrutar de las sabias palabras de Hesse; su lectura fue recomendada tempranamente por Manuel Tajaneiro, y aún en vida del viejo, comentaban algunos pasajes y la disciplina y el trabajo tomaron forma en Zenón. Ese libro, sin querer, se había impregnado en él, le caló muy hondo, y de las varias lecturas que pudiera tener la obra, le forjaron el equilibrio que tanto necesitaba, "trabajo, trabajo y más trabajo…" recordaba de Manuel Tajaneiro, pero ahora, al igual que el protagonista de esa novela, Zenón quiere mudar. Sólo quiere

paz interior, la disciplina y el trabajo han quedado atrás, desea respuestas. Sigue sonando Scarlatti, y lee para sus adentros "… *en tiempos bien ordenados, la música es tranquila y amena…*". Zenón Torrecilla, excepto en el negocio de las antigüedades, es un autodidacta, su escasa formación de juventud le ha obligado a devorar libros sin orden ni concierto. Las recomendaciones del viejo fueron sus únicas lecturas dirigidas. Pero con la poesía era diferente, su amor por los versos nació una tarde hace veinticuatro años cuando leyó por casualidad a Neruda; a Pessoa lo descubrió rebuscando en las casetas de viejo de la Cuesta de Moyano. Quería un poeta no leído, y se quedó con él para siempre. Leía todos los versos que caían en sus manos, hasta que se hartó de poesía. Los libros que iba comprando, después de leídos los vendía en el trastero o los tiraba a la basura. Solo guardó los pocos que le gustaron, *donde habite el olvido* de Cernuda, los *poemas de la locura* de Hölderlin, *casa lys* de Aníbal Núñez, y sobre todo las *odas* de Ricardo Reis. Se había hecho un erudito con los años, siempre se dejaba llevar por los sentimientos de los poemas que se impregnaban en su corazón *"las delicias de este mundo ya he gozado… ya nada soy, ya nada me complace"*, y aunque renegaba del nuevo romanticismo, del posmodernismo, y todos los últimos ismos, le daba igual que el poeta fuese barroco o lírico. Eran las impresiones que en él mejor calaban, las que valían *"donde al fin quede libre sin saberlo… Allá, allá lejos; donde habite el olvido."* Pero con Pessoa se veía reflejado, y le gustaba decir que "la poesía es una música que se hace con ideas", y al final incluso, ya no lo leía a excepción de las citadas odas. Aquel heterónimo era el alma de su alter ego, aquel ser al que aspiraba; ahora estaba mudando para ser lo que Ricardo Reis expresaba. Con los años había transfigurado el gesto de sobriedad de su rostro, exponía una mueca de tristeza, como si los párpados y su labio inferior se le hubieran descolgado; cuanto más comprendía el sentido de la vida más se caían aquellas pieles, y escribía repetitivamente en el margen del cuaderno veintiuno "aquí estamos exclusivamente para replicarnos y después; esperar", pero él no había tenido hijos, o eso creía, y se complacía anotando que él era contra natura, un eslabón rebelde, eso le hacía feliz imaginando que le ganaba un pulso al Creador, y que su único destino era el trastero, sin encomendarse a ningún Dios.

La mañana de otoño es casi de invierno, la estancia rezuma una cierta humedad. Enciende la estufa para calmar una leve tiritona, se está haciendo mayor, por esa razón recapitula cada día más frente al espejo. Rebusca en un cajón un viejo álbum heredado de Manuel

Tajaneiro, hace tiempo que no abre sus hojas, localiza una foto del viejo cuando no era tan viejo, tendría aproximadamente su edad. Se le eriza el vello de sus brazos y vuelve frente al espejo, es increíble el parecido asombroso con aquel hombre. El oficio le está transformando, nota desde hace un corto tiempo que su rostro se troquela día a día pareciéndose cada vez más a Manuel Tajaneiro. Aquello horroriza a Zenón, pero lo asume. Junto a la camilla, al calor de la estufa, se dice que Corín fue comprensiva, que estuvo silenciosa, que los silencios compartidos fueron muy reparadores, y escribe, describiendo con meticulosidad el apartamento de Corín, aquel lugar impoluto, de muebles de colores vivos, de suelos brillantes y espejos biselados, de fotografías sugerentes en las paredes, otras más pequeñas sobre los muebles, añorando a sus padres y hermanos; la cocina granate reluciente, el baño como el de los hoteles que frecuentaba; estaban también los olores: el de Corín, siempre muy perfumada, el de lavanda que envolvía toda la casa y en la cocina olía a natillas recién hechas, aunque allí no había natillas. Además, le agradaron las luces, los distintos ambientes, bien iluminados pero no agobiantes, con esas lamparitas de pantalla repartidas por todos los rincones. “Vente conmigo, te necesito más que tú a mí”, ella no sabía que Zenón fue solo a calmar la sed, aunque no se resignaba a perderle. Se preguntaba qué había encontrado Corín en él que no tuviera Evariste, más joven, más apuesto, divertido, sin embargo, que Corín le hubiera elegido le cautivaba y una especie de florecimiento aparecía, pero quedaba marchito cuando recomenzaba a diseñar la estrategia, la agenda de los próximos días; la visita a Evariste, la charla con Matias Marzol, y la conversación pendiente con Abreu.

Zenón Torrecilla estira las piernas y pasea como tantas veces entre los muebles del trastero. Se sitúa frente al cristal de la puerta observa la calle, las manos a la espalda, la bata gris manchada de lamparones de aceite y barniz, el gesto adusto, representa para los viandantes al tendero que no quiso nunca ser, queda allí largo rato sin darse cuenta de la película que se proyecta frente a sus ojos: está en el Teuquito, paseando por los caminos polvorientos, volviendo a casa con Mariela. Y se acuerda una vez más de las veladas en que hablaban hasta el amanecer o se marchaban por la noche a pasear, a escuchar el silbido de algún espíritu, y ella insistía que callara, que la hora era buena y con luna aparecía la sombra o el silbo del alma en pena. Un día le llevó al pie de un grueso quebracho, allí mataron al cacique Yaloshi, le contó la historia de cuando el bosque verde se hizo blanco, los ancestros de los indios dejaron de respirar,

y el quebracho colorado fue talado sin piedad. Zenón disfrutaba con aquellas palabras, a pesar de ser tristes era feliz. Trunca la ensoñación una mujer puesta del otro lado del cristal, “buenos días don Zenón”, “pero si hoy no es jueves”, es la señora de la limpieza, “discúlpeme, mañana no puedo venir”, “pase, no se quede ahí”, aquella mujer al hablar trastabillaba las palabras, además hacía temblar ligeramente la voz. A Zenón le molesta porque no le permite mantener una conversación in tempore con ella, se retarda muchísimo en el habla, él piensa que más que respeto es miedo lo que transmite a la mujer, pero no adivina por qué. Es entrada en años, gruesa, con las caderas anchas y elevadas, de espaldas se observa su balanceo cansino, el grosor de sus rollizos brazos y la nuca expuesta a la intemperie luciendo un escaso pelo, aquella cabeza pequeña le hace aún más gorda, “el otro día le noté muy enfadado, ¿ya se solucionó todo?”, Zenón está de nuevo junto a la camilla, “no es de su incumbencia”, y ella mientras faena “a ese hombre le conozco”, Zenón sorprendido “ah sí, y de qué le conoce si se puede saber”, “le vi entrar varias veces a hablar con don Manuel, se encerraban arriba”, “y después de veinte años o más se sigue acordando de él”, “el mismo, pero más viejo, de esa cara no me puedo olvidar, idéntico pelo largo y brillante, es él”, “¿se acuerda cómo se llama?”, “no, yo no me meto en sus asuntos, no me interesa”, “ya, pero se acuerda de él”, “por supuesto”, “¿cuánto tiempo estuvo usted trabajando con don Manuel?, ya no me acuerdo”, “unos tres años, era tan bueno el pobre”, “se acuerda si se llamaba Matías”, la mujer hace un gesto negando con la cabeza, y Zenón “bueno ya vale de cháchara, siga a lo suyo”, eleva el volumen del viejo Denon, como queriendo ocultar sus pensamientos, está seguro de que la señora de la limpieza dice la verdad, e intenta imaginar cuál podía ser la relación del hombre del gabán con Manuel Tajaneiro, la curiosidad le hace no dudar en llamar a aquel sujeto, tiene ganas de hablar con él, ahora le importa más salir de esa duda que tratar de la oferta. “dígame señor Torrecilla”, “¿podemos quedar mañana?”, “de acuerdo, aunque tenía pensado ir por allí esta tarde”, “esta tarde no puedo, le parece bien a primera hora”, “a las diez estaré allí”. Quiere continuar escribiendo, pero la mujer de la limpieza le estorba, distraen sus pensamientos el trajín, las pisadas en la buhardilla, de vez en cuando una pregunta; dice ansioso “¿va a tardar mucho?”, “no, ya me voy don Zenón”, por fin termina las tareas, y con ese andar cansino se marcha “hasta la semana que viene”, Zenón Torrecilla queda a gusto, se estira en el asiento intentando retomar sus

inquietudes, no se escapan de su mente las palabras de aquella mujer, le parece extraño no haber coincidido en el trastero con el hombre del gabán durante el tiempo que Zenón lo frecuentaba antes de morir Manuel Tajaneiro, si tenían algún asunto entre manos era raro que no se hubiera presentado allí antes, supone además, que debía de tener alguna relación, ya en aquella época, con el propietario. Seguro que fue Matías Marzol quien solucionó la subrogación del inquilinato y por eso dijo conocerle la primera vez que lo vio, cuando quiso comprar el espejo, ahora está seguro que no quería comprar nada, fue una mera excusa para conocer el terreno, para pulsarle, como un rastreador indio; se dice que es todo muy misterioso, ya tiene ganas de ver de nuevo al hombre del gabán para hacerle algunas preguntas. Todo son inquietudes, el asunto de la caja de plata ha llegado a un punto que también le incomoda, necesita saber, está deseoso, una gran curiosidad le recorre, ¿cómo podían no saber los herederos de Silverio Olivilla que en su escritorio había un falso cajón?, pero todo puede ser. Le daba vueltas y más vueltas a todos los flecos sueltos de este asunto.

Se dispone a comer, la tarde se presenta aburrida, por eso prolonga la sobremesa en el restaurante, esta vez tiene el móvil encendido, no quiere llamar a nadie, pero alberga la esperanza de hablar con alguien, algún cliente despistado, quizá Evariste, o Corín, aunque se niega a llamar. A Evariste quiere darle una sorpresa, presentarse en su tienda sin avisar. Otear su negocio, cogerle desprevenido, no darle tiempo a pensar; a Corín no la llamará, pero está deseando que ella lo haga. Llegada la hora de abrir el trastero decide dar un paseo, le vendrá bien, aunque la tarde no invita a ello. Baja andando hasta Claudio Coello y enfila la calle hacia Alcalá, su objetivo es el Retiro, y mirar de reojo casi sin pararse, los escaparates de algunos galeristas y anticuarios de su calle. Le gusta pasar delante de los escaparates, ver que aquellos negocios también están vacíos; si veía dentro a algún cliente, apartaba la vista y vaciaba su mente. Se dice que es un buen paseo para desengrasar y aclarar las ideas. A la altura del 56 comienza a sentir un hormigueo en las piernas, los brazos están entumecidos, se siente muy pesado. Decide entrar en un pequeño bar, se encuentra aturdido, se siente mal, pide un café solo y un vaso de agua, toma asiento en un taburete, estriba su cuerpo contra la pequeña barra, la camarera está sola, “señor, ¿se encuentra bien?”, “es un pequeño mareo, se me pasará”, pone los brazos sobre aquel mostrador, deja caer la cabeza sobre ellos, Zenón Torrecilla resbala por el taburete, su último recuerdo en aquel bar fue el grito que dio la camarera al

desplomarse.

Ha sido mucha la tensión acumulada durante las últimas jornadas, y Zenón era de esos hombres que no iba nunca al médico, no se cuidaba, le daba igual tomar tres cafés que cuatro, no era hipertenso, pero la edad, el nerviosismo, la irregularidad en las comidas, en fin, múltiples factores que influyen para que el cuerpo no se comporte como debiera. Fue consciente cuando la sirena de la ambulancia le avivó camino del hospital, "estoy bien, ¿dónde me llevan?", no recordaba la última vez que fue al médico, y era la primera vez que le subían a una ambulancia.

Está incómodo, tenso, el sanitario "no se preocupe, tiene la tensión un poco alta, le harán unas pruebas y a casa". El servicio de urgencias está a rebosar; le atiende una mujer, otro ayudante toma notas. Zenón asustado, sentado en una silla de ruedas, no pierde la calma. Al poco tiempo llegan las pruebas; le trasladan a una cama cercana; los minutos se le hacen eternos, contempla las cortinas que le envuelven, escucha las conversaciónes de los médicos y enfermeras con los pacientes que comparten la estancia, sin poder verlos. Escucha también un murmullo de fondo bastante molesto. Y está el olor, un olor nuevo, pastoso, no es desagradable se parece al olor de la gomalaca, de los barnices, aunque más almibarado, menos denso, "la analítica no está del todo bien, y en el electro aparece algo que debemos observar", "¿me puedo ir?", "insisto que le vamos a dejar en observación hasta mañana, a lo mejor le hacemos alguna prueba más", "me quiero ir, tengo muchas cosas que hacer", la doctora le coge el brazo, en un arranque maternal "debería tomarse más en serio su salud, de aquí a mañana no es nada, y podemos mandarle un tratamiento más afinado", "tratamiento, pero qué tengo", "no se preocupe, el colesterol alto, una ligera arritmia, nada que no se pueda corregir si cambia de hábitos y sigue una dieta adecuada, debe cuidarse, ya no es un chaval". Zenón Torrecilla queda en silencio, se acuerda de su rostro en el espejo, tenía razón, se acerca cada vez más a Manuel Tajaneiro, aunque Zenón es más joven que cuando el viejo enfermó. No puede ser, la vida le está acelerando aquel proceso, "espere, no se vaya, mañana he quedado a las diez, debo acudir a una cita importante", "veré lo que puedo hacer para que pueda marcharse lo antes posible". La ropa y sus efectos personales los han depositado en una bolsa de plástico junto al cabecero de la cama, busca en la bolsa hasta encontrar el teléfono móvil, tiene que llamar al hombre del gabán, aplazar la cita, y lo hace; queda para última hora de la tarde, se da cuenta de que aunque al día siguiente es jueves, la

señora de la limpieza no irá por el trastero, lo que le deja más tranquilo, no importa tener cerrado. Duda si llamar a Corín, no la llama, no quiere preocuparla, además esta situación le incomoda y piensa que si Corín se entera de que está ingresado en el hospital creerá que es un viejo que no merece la pena; eso le importa en estos momentos.

Zenón estuvo en aquel lugar hasta el día siguiente a mediodía, poco sabemos del tratamiento prescrito. Sobre el mismo, no anotó nunca nada, pero sí de los pensamientos que corrieron por su cabeza durante tantas horas insomne en el hospital.

XVI

Las moscas no se marcharon del trastero y, aunque en menor número, seguían zumbando en la buhardilla, cerca del artesonado. Allí dentro se hacía perezoso el cambio de estación, era como un refugio para los insectos, como si se negaran a morir tan pronto, a Zenón le parecía extraño, debían haber desaparecido hacía un mes, sin embargo no le molestaban, se quedaban volando pegadas a la crujía, a veces ni se enteraba de que estaban allí.

El jueves. Después de salir del hospital decide hacer algo de siesta. Tumbado en la cama observa a las moscas zigzagueando silenciosas, tiene que matar el tiempo hasta las cinco. Zenón ha llegado al convencimiento de que cuando conoció a Corín, ella creyó que era un hombre excepcional, por eso brotó en ella el amor, como una necesidad, como si el amor estuviera dentro de su alma esperando encontrar un hombre especial, distinto, aunque él no la corresponde, sabe que Corín tiene una gran incertidumbre, y el amor se apagará y acabará olvidándole, sabe que el amor soporta mejor la ausencia o la muerte que la duda, y él no tiene las ideas claras. El remordimiento de Zenón le hace plantearse ir con ella cuando deje el trastero. Le gusta, pero no está seguro de dar ese paso. Para eso debería haber simetría, consonancia, y Zenón viendo el otro lado fuera del trastero, como el interior del espejo de ojo de pez, sin simetría, piensa que es otro mundo al que seguramente no se pueda adaptar. Le apetece estar con ella, tiene varias llamadas de Corín anotadas en el móvil, seguro que está preocupada, evitará contar el episodio del hospital, tiene ganas de abrazarla, de acariciar su cuerpo perfumado, el ha visto en esa mujer, desde el primer instante, un reflejo erótico, seguro que es fruto de su tristeza, porque Corín en el fondo, y a pesar de sus frecuentes risas, tiene un gesto trágico que potencia el deseo, a lo mejor ella ha visto lo mismo en él; un hombre circunspecto, abarrotado de misterio y problemas. Corín se ha enamorado, está seguro. Suena la puerta, están llamando aunque aún no son las cinco en punto. Se incorpora calzándose los zapatos; baja la escalera mientras se atusa algo los cabellos blancos. Es el hombre del gabán del otro lado del cristal,

con su altura desmedida y su manchada ropa. Abre la puerta deseando acabar de una vez por todas con ese asunto; se dice que de esta tarde no puede pasar, que para bien o para mal tiene que olvidarse del dilema. “Buenas tardes don Zenón”, “pase”, el hombre del gabán sabe que a Zenón le gusta hablar sentado junto a la camilla y hacia aquel rincón del trastero se encaminan, “¿qué dice a la oferta?”, “no la voy a aceptar, necesito tiempo. Debe de haber otra manera de arreglarlo, comprenda que esto es mi vida, lo único que tengo. Me quedan pocos años para dejarlo y quiero estar aquí. Además, me amparan las leyes, y usted no será tan cabrón de…”, Matías Marzol le corta en seco, Zenón comienza a sonrojarse, y escucha “eh, eh, no se ponga así, tranquilícese; puede haber otra manera, pero esa también pasa porque se tenga que marchar, aunque si la acepta conseguirá más dinero; dinero suficiente para retirarse, vivir cómodamente, o enfrascarse en el proyecto que usted quiera”. Se hace un silencio, sin música, casi sin respiración, sin mirarse a la cara, “no sé, estoy confuso, por cierto, ya he averiguado porqué me conocía, sabía mi nombre la primera vez que nos vimos y eso me extrañó”, el hombre del gabán fuerza una mueca cínica “¿ah sí, por qué?”, “usted bien lo sabe, no se haga el tonto, usted conocía a Manuel Tajaneiro”, se vuelve a hacer el silencio, “ah, ese pobre hombre, sí le conocía, pero no sea ingenuo, yo sabía de usted porque el dueño de esta casa me dio toda la información que precisaba”, “ya”, Zenón vuelve a Manuel Tajaneiro “¿por qué todo el mundo se empeña en decir que era un pobre hombre?, era un erudito, un sabio de la profesión, no sólo entendía de arte, sabía de todo, fue mi maestro, mi mentor…”, le interrumpe “claro que sabía, de tanto leer en la cárcel…”, Zenón indignado levanta la voz “pero qué dice”, el hombre del gabán cavila si seguir por ese camino, y al final responde tranquilo, “lo que oye, aquel viejo estuvo casi diez años encerrado, allá por los setenta, no recuerdo exactamente el periodo, era un falsificador de obras de arte, un perista, y de manera reiterada. Se le pilló en un affaire de tallas románicas falsas; se le volvió a detener con gran cantidad de objetos robados, qué más quiere que le diga”, a Zenón Torrecilla le tiembla la mano derecha apoyada sobre la camilla, expresa un cierto jadeo y su voz parece anudada sin fuerza “no me diga más de ese asunto, pero qué tenía usted que ver con él”, “yo señor Torrecilla, entonces era un joven policía, controlaba los inventarios de Manuel Tajaneiro, cuando salió de la cárcel le pasaba fotografías de piezas robadas, etcétera, colaboró bastante bien con nosotros”, “me deja de piedra”, “es normal que usted no lo supiera, él se

desconectó de aquel mundo y montó este tinglado cuando salió de la trena a finales de los setenta, no lo sabía nadie, bueno casi nadie, cuando usted llegó aquí, a mí me habían trasladado a otro cometido, ya no le veía, por eso usted no sabía nada de mí, y luego al poco tiempo dejé el cuerpo", "y por qué dejó la policía, ¿le echaron?, ¿le expedientaron?, seguro que se pringó en algo", "de eso habría mucho que hablar, pero a usted no le incumbe", "sin embargo a usted si le incumbe mi vida, qué curioso", "esto es otra cosa, un negocio que le afecta personalmente", "¿y a usted no le afecta lo que le pase a los demás?", "yo soy un mero mandado", "usted es un cerdo", "me da igual lo que diga, además le tengo que decir algo, el francés con el que anda no es trigo limpio, tenga cuidado, yo sé muchas cosas de él y de usted", "me está espiando cabronazo", "no exactamente, pero comprenda que debo saber como es mi contrincante, sus puntos débiles y fuertes, ya sabe, no suelo fallar en mi trabajo", "sin embargo yo no sé nada de usted, estoy en desventaja, aunque esta tarde estoy aprendiendo muchas cosas de un ex policía posiblemente corrupto", "no le permito que diga eso, puede insultarme lo que quiera, pero eso no se lo tolero", "vaya vaya, el señor Marzól se cabrea, me gusta" Zenón esgrime una sonrisa nerviosa, después de una pausa vuelve a insistir "vamos al grano, a ver dígame, cuál es esa otra manera de hacer este negocio", "le explico: el dueño sabe que si usted no acepta ninguna de sus ofertas, la única manera que tiene de largarle de aquí es por la fuerza, ahí entro yo, tengo los medios para que eso ocurra, y a usted eso le haría polvo y no tendría más remedio que firmar una indemnización ridícula…" "pare pare, y quien dice que no pueda defenderme", "eso es muy difícil se lo garantizo, pero déjeme continuar, yo sé hasta dónde puede llegar el propietario en la indemnización, si él pagara cerca de su máximo yo cobraría muy poco por mis servicios, tengo pactada una cantidad que oscilaría en función de lo que él tenga que abonarle a usted, pero si entre nosotros llegamos a un acuerdo serio, se puede ver beneficiado y yo también", "me vuelve a dejar de piedra Marzol, pero siga, siga a ver a dónde quiere llegar, creo que sé por dónde va", "supongamos que a usted le convencieran trescientos mil euros", "y bien", "quiero que me diga si esa cantidad le convence", "bueno ya es una cifra que no es humillante", "bien, pues el techo del dueño son cuatrocientos mil euros, ¿qué le parece?", ahora Zenón más tranquilo "pero todavía no ha acabado de explicarme el asunto, la cifra ya me va pareciendo buena, eso quiere decir que esta casa vale más de lo que había pensado, conclusión", "muy fácil, usted percibe los

cuatrocientos mil y a mí de esa cantidad usted me da cien mil, yo no le molesto y recomiendo el trato al dueño para evitarle problemas; usted sale bien parado, con ese dinero puede montar otro negocio, jubilarse o lo que quiera hacer, ¿le parece bien?, es un negocio tentador", "y cuánto le pagaría además el dueño", "llegando a esa cifra muy poco", "ya, ahora le he conocido perfectamente bien, es usted la rata más gorda que he visto en mi vida, pero bien, creo que hay poco que pensar, dígale que acepto, ¿cuándo se haría?", "señor Torrecilla, más despacio, primero tenemos que sellar nuestro acuerdo y luego el dinero", "y como se sella este acuerdo", "hay varias fórmulas, pero casi todas pasan por escribir un contrato, cosa que como usted comprenderá no podemos hacer por que sería una prueba ante mi cliente, quedaría al descubierto", "se tiene que fiar de mi palabra", "ni hablar, ya he tenido malas experiencias", "entonces dígame como quiere hacerlo", "muy fácil, me da un pagaré al portador de cien mil euros a una fecha posterior al día que quedemos en formalizar el desistimiento del contrato de alquiler y cobrar los cuatrocientos mil, que puede ser cuando convengamos, el dueño está deseando hacerlo", quedan callados los dos, se miran a los ojos, Zenón rompe el silencio "ahora soy yo el que se tiene que fiar de usted", "pero de otra manera, porque si pasara cualquier cosa, lo cual es improbable, a usted le bastaría con dar orden a su banco para que no haga efectivo el pagaré", "ahora lo he entendido perfectamente. Bien, dígame cuándo quiere que hagamos la operación", "ahora mismo señor Torrecilla", "¿ahora?, pero ¿viene preparado?, ¿ha quedado con el dueño?", el hombre del gabán se ríe "no hombre, quiero decir que podemos quedar ya en un día concreto, y usted me entrega el pagaré en este instante", silencio, "¿cuánto tiempo me darían para desalojar?", "un mes ¿le parece bien?", "sí, creo que sí, un mes está bien, entonces dígame el día que quedamos para formalizar", "hoy es jueves, pues el lunes, y a mí me da el pagaré para el martes día once", "de acuerdo". Zenón sube a la buhardilla, abre un cajón de la mesa del gabinete y saca una vieja chequera, usada en pocas ocasiones, baja a sentarse con aquel hombre que ahora además de siniestro y feo le parece un hijo de puta presuntuoso, "me he dejado el bolígrafo arriba, aquí solo tengo lapiceros", "por favor no se moleste tome mi bolígrafo don Zenón", mientras soporta estoico el gesto adulador del tipo extiende el pagaré al portador por cien mil euros, alarga la mano y mientras se lo entrega "espero no tener ningún problema con usted señor Marzol, de lo contrario a lo mejor se cambian las tornas y usted se

convierte en liebre en vez de tigre", "tranquilo, no se preocupe, ya verá como todo sale bien". Zenón Torrecilla queda pensativo mientras se aleja el hombre del gabán, ahora solo ve su pelo graso, negro, brillante, desde la puerta saluda sin hacer ruido, a nuestro hombre le queda la duda de si habrá actuado correctamente. Mira el espejo de ojo de pez y contempla como se cierra la puerta, pero la estancia no se hace oblonga, los objetos no se distorsionan, lo ve todo nítido casi envuelto en un halo brillante, límpido, el alma de Manuel Tajaneiro ya no está allí. Como en un acto mágico siente una liberación, una especie de flotación, y grita "era un ladrón, un ladrón, tiene cojones". Y ahora vuelve a su memoria la amistad que unía a Manuel con el gallego de la calle Mariano Acosta; estaba convencido que esa unión la fraguaron viejas fechorías del pasado. De manera mimética, sin pensar en lo que hace cambia el disco del viejo Denon, suena Turandot a todo volumen, cierra los ojos y se traslada a un lugar lejano, distinto, donde no está ni el viejo moribundo ni el hombre del gabán, su pensamiento se marcha a la inmensa playa de Caparica, paseaba por la blanda arena e imaginaba el suave arropo de las olas, aquel fue un descanso, una síncopa de aquel viaje entre Buenos Aires y Madrid, dos escalas en un trayecto largo, muy largo, después de hacer parada técnica en Río de Janeiro, la volvió a hacer en Lisboa, y se negó a volar ese mismo día a Madrid, las piernas estaban embotadas de ir encogido en aquellas estrechas butacas de clase turista, y se permitió el lujo de tomar un avión dos días después. Recorrió Lisboa, y acabó paseando por la playa de Caparica, anduvo desde la Cova do Vapor hasta Moinho de Baixo y allí, abordado por una gitana le predijo el futuro "morirás inmensamente rico y anciano", él le preguntó que cómo de anciano, ella le respondió que viviría más de noventa años, después siguió andando hasta Sesimbra y preguntó que dónde estaba, le dijeron que en el labio inferior del gigante, él no entendió nada, cansado y roto, muerto de frío, con la escasa ropa veraniega que trajo de Argentina, durmió en una pensión de mala muerte, y al día siguiente, temprano partió a cruzar el puente Veinticinco de Abril, y en la boca, que para otros es la cloaca de Iberia, el gigante exhalaba el vapor del templado invierno Portugués. Ahora, en el trastero se relaja pensando que si va a vivir tantos años, y sin el negocio a cuestas, y sin Manuel Tajaneiro, la mejor idea será marcharse con Corín.

XVII

La Calavera

A Zenón Torrecilla no le importa la imperfección, pero sigue sin encontrar sentido a su vida. Si el verdadero sentido es replicarse se ha salido del guión. Por eso, cualquier cosa que ocurra ha dejado de importarle, todo es mero decorado, incluso las personas. No obstante tropieza con la verdad en la tragedia, la muerte inexorable e irremplazable, y se dice que sin la muerte no existiría el tiempo que todo lo ordena. Llega a la conclusión de que sólo está el tiempo. Ahora cualquier cosa le da igual, no ha tenido hijos, no tiene que cuidar de su réplica, la vida es artificiosa, él es mero plancton pendiente de ser devorado, todo está conectado pero anónimo, no se siente un depredador sino todo lo contrario. La mañana del viernes ni se molesta en dar las luces, sale sin afeitar buscando el desayuno en la farmacia que no es una farmacia. Se arrepiente en el umbral del lugar de costumbre, da media vuelta y se marcha al bar de la esquina, ya es hora de cambiar de sitio, tiene un hambre atroz, devora el desayuno, hojea con ruido el periódico mientras da un vistazo deprisa a los titulares, más de lo mismo, paga dando un golpe con las monedas en el mostrador y sale a la calle a parar un taxi. En el trayecto hasta Sol enciende el teléfono móvil y marca "buenos días Corín, ¿qué tal has dormido?", "hola Zenón, bien, ¿qué tal estás?", "he tenido momentos mejores, pero no me quejo, sabes que me gustas mucho", "pues sí que te has levantado con fuerza, tú también me gustas, ya sabes que te quiero", "te llamaré a última hora de la mañana, comemos por el centro cerca de la Plaza Mayor, ahora tengo que dejarte", "vale Zenón espero ansiosa tu llamada", "adiós Corín". Cuelga. Le indica al taxista dónde quiere apearse, sube a pie la calle Postas para adentrarse y después atravesar la Plaza Mayor, baja por la calle de Toledo, le apetece pasear hasta la tienda de Evariste. Zenón Torrecilla se encuentra más a gusto entre aquellas calles del viejo Madrid que en el barrio de Salamanca. Muchos comercios son como el trastero, otros son

trasteros reciclados, y aunque el Madrid castizo ha dejado de serlo inundado de otras razas, eso a Zenón no le importa. Está delante del número 58, se para frente al pequeño escaparate, mira el interior del comercio sin reparar en las piezas expuestas a la calle. Marcela se encuentra sentada en un taburete detrás de un diminuto mostrador. El local no es como el trastero, es pequeño, de techos muy altos, las cuatro paredes llenas de estantes, el género mayor en el suelo. Casi no queda espacio para situar allí dentro a más de dos o tres personas. Al fondo una cortina siempre cerrada oculta el acceso a lo que Evariste llama el almacén, y recuerda de anteriores visitas; una estancia muy grande iluminada con una gigantesca claraboya, que es la base del patio de luces del edificio. El recinto se recorre de forma circular alrededor de unas grandes mesas en el centro abarrotadas de objetos; en las paredes cuelgan un buen número de lienzos, litografías, láminas antiguas, bordados, y abanicos; y en el suelo, junto a las paredes, muebles antiguos unos más que otros, pianos de pared, ánforas, columnas policromadas, peanas, basas, tallas, vitrinas llenas de pequeños objetos, piedras de todos los tamaños posiblemente romanas, calderos; y en la esquina izquierda del fondo un pequeño taller con algunas herramientas, un tablero de trabajo y decenas de botes de pintura, barnices, aguas fuertes, gomalacas, alcoholes, tinturas, tintes, resinas, pegamentos, ceras de abeja, betún de judea, pan de oro, y toda clase de estropajos de alambre de varios calibres, lijas, trapos, pinceles, brochas, algodones, espátulas, y un sinfín de achiperres para restaurar o imitar, o quién sabe si también para falsificar, envejecer las piezas de nuevo cuño, o a saber, cualquier cosa fruto del ingenio del francés. Se decide a entrar “buenos días Marcela”, ella con alegría desmesurada “hola don Zenón, mucho tiempo sin venir por aquí, qué grata sorpresa”, la joven luce un traje de chaqueta gris, debajo una camiseta blanca mostrando el canal de sus senos, se baja del taburete estirándose la faldita y se precipita a dar un par de besos a nuestro hombre “no está mi jefe, ha salido hará ya una hora, pero no creo que tarde, ¿viene a verle?”, “sí, el otro día me llamó y me dijo que me mostraría algunas piezas nuevas”, “siéntese, estará más cómodo”, “no se preocupe, estoy bien”, Zenón comienza a escudriñar con la mirada aparentemente perdida la pequeña tienda de antigüedades, haciendo un giro lentísimo sobre sí mismo. Marcela vuelve a sentarse tras el diminuto mostrador, “¿se vende mucho?”, pregunta Zenón, “uf, nada, está todo muy parado, es horrible, estoy preocupada, si esto sigue así mi jefe me va a despedir”, “¿te lo ha dicho él?”, “no pero me lo imagino,

últimamente está muy nervioso, y serio. Esto no va bien, si no saca para pagar los gastos acabará cerrando, en alguna ocasión le he oído decir que ahora estaría mejor en París", "¿de veras, tan grave está el asunto?", "sí, pero usted de sobra lo sabe, ¿qué tal le va?", "igual que a vosotros, nada de nada, y ¿los domingos se vende algo?", "que va, los domingos entra mucho mirón, pero lo que se dice comprar, nada de nada, cuatro fruslerías de poco dinero, las piezas grandes y las valiosas no salen de la tienda", Zenón decide esperar sentado sobre una pequeña butaca de terciopelo verde, se quita la gabardina doblándola sobre sus piernas que ahora las cruza. Respira un cierto olor a violeta, quizá sea un ambientador, o el perfume de Marcela impregnando el pequeño local. Ella es guapa, de rasgos sensuales, los labios carnosos, los pómulos salientes, morena, el pelo negro ondulado cae por delante de su hombro derecho, Zenón aprecia que no está maquillada y sin embargo está radiante, al contrario que Corín que va siempre pintadísima aunque con el maquillaje muy acertado. En el silencio Zenón contempla durante un buen rato las piernas también cruzadas de Marcela, son más blancas que el rostro y eso le atrae bastante, desde que sale con Corín a Zenón se le ha despertado la líbido y eso le agrada, le hace sentirse más joven, aunque en algunas ocasiones padezca cierta zozobra por lo inesperado, "¿quiere que vaya a por un café o si le apetece otra cosa?", "no gracias, acabo de desayunar, estoy bien, por cierto me dejas hacer un pequeño recorrido por el almacén", "huy, sabe que a Evariste no le gusta que entre nadie sin que él esté presente, pero tratándose de usted no hay problema; espere que voy a dar la luz, el día está un poco gris y no se verá bien", se levantan los dos; ella corre la cortina y a continuación Zenón entra en aquel lugar que más parece un guardamuebles, "mire lo que quiera", "gracias Marcela", la joven sale de allí. Nuestro hombre comienza a caminar despacio observándolo todo, intentando no dejar atrás ningún detalle. Aunque sabe lo que busca: escritorios. Quiere dejar zanjado el asunto de la caja de plata, salir de todas las dudas que han corrido por su cabeza, y está cerca del desenlace. Encima de las mesas del centro de la estancia sobresalen varias tallas polícromas, vírgenes la mayoría, casi todas de buena factura, barrocas del diecisiete y dieciocho. Zenón piensa que allí hay más valor acumulado entre las pinturas y las tallas que en varios trasteros juntos. Concluye que el francés ha acumulado demasiado producto los dos últimos años; tener tantas existencias constituye una fortuna poco productiva, por lo que tiene que estar sin un duro; es normal después de esa mala gestión, y seguramente deberá la mayoría de

las piezas, en definitiva tiene una ruina muy cojonuda. Sigue dando la vuelta al almacén, al fondo detrás de una cómoda y varios reclinatorios apilados, divisa un escritorio de estilo castellano, pero está muy deteriorado, ese no debe de ser el que busca, las huellas de carcoma y las rozaduras hacen pensar que está pendiente de restauración, más adelante ve otro escritorio, y otro más junto a él, desea que Evariste aparezca pronto, salir de todas las incógnitas. Parece que oye algo, escucha a Marcela hablando con alguien. Se acerca desde el fondo del almacén hasta el centro y se frena en seco, cree reconocer la voz, no es el francés, pero esa cadencia, el timbre grueso, agradable. No se entiende lo que dicen. A Zenón le parece reconocer la voz, pero no, de repente se hace un silencio, el cierre de la puerta de entrada, se acerca despacio hacia la cortina, "he creído escuchar a Evariste", "no, era un cliente", "pues pronto se ha ido", "la gente pregunta por cosas y si no las tenemos, ya sabe", en ese mismo instante aparece el francés "oh *mon Dieu*, que sorpresa más grande", "hola franchute, parece que andas atareado", "no, tengo todo el tiempo para ti, ¿te has dado cuenta? Marcela cada día está más guapa", Zenón sonríe, ella también. Evariste dejando unos papeles detrás del diminuto mostrador añade "cuánto tiempo hacía que no venías por aquí", "muchísimo, te prometí que vendría, me gustaría ver esas piezas nuevas de las que me hablaste", Evariste con una sonrisa sarcástica "ah, pero no has venido a verme, a estar con tu viejo amigo", "por supuesto, también", "qué tal van las cosas, ¿arreglaste ya el asunto del casero?", "estoy en ello, creo que lo tengo encauzado", "me alegro, ya me contarás", abre la cortina y le invita a pasar al almacén, "quiero que veas unas tallas, dame tu opinión y si me puedes ayudar a colocarlas me harías un gran favor, estoy en banca rota, mi único patrimonio está entre estas cuatro paredes y los bancos no dan préstamos contra las obras de arte, ya sabes, no quiero caer en manos de un prestamista sin escrúpulos", "haré lo que pueda, pero no te prometo nada, yo estoy igual", "bueno Zenón, tú eres distinto, seguro que tienes mucha pasta ahorrada, nos conocemos", "no estés tan seguro", Evariste le señala con el dedo las piezas, son las tallas que llamaron la atención de Zenón, toma en sus manos una de ellas, la policromía está perfecta, algún ligero rasguño, es una virgen con manto, finales del diecisiete, de un tamaño considerable. Observa el resto de las piezas, "son difíciles de colocar, tendrás que subastarlas", "no puedo", "no entiendo por qué", "es una larga historia, que no te voy a contar ahora", Zenón se imagina cualquier cosa, desde que sean robadas, hasta que estén en depósito y no sean suyas; algunos

particulares prefieren esta fórmula de venta y el comerciante de antigüedades se lleva una comisión. Evariste sigue hablando mientras Zenón observa con detenimiento “¿no vas a comprarme nada, qué necesitas?”, “un escritorio que esté en buen estado”, “tengo uno muy bueno, art decó, ven por aquí”, Zenón le sigue y comenta “por cierto, el otro día me informaron de una familia que vendía uno, pero llegué tarde, y a que no sabes quién se me adelantó”, “no, como no me lo digas no puedo saberlo”. “Tú. Recogiste los muebles en la calle de Marianela, ¿sabes dónde te estoy diciendo?”, “ah sí, ya lo recuerdo, pero fue hace bastante tiempo, es ese lote de muebles que ves allí y el escritorio es aquel del que te hablé”, Zenón Torrecilla está dubitativo, en esos momentos tiene que idear rápidamente la mejor manera de actuar, le gustaría inspeccionar el escritorio, pero no lo hará delante de él. Se dice que lo mejor será comprarlo y llevarlo al trastero. Ahora está parado frente al mobiliario, “¿pero no los vas a ver con detenimiento?, acércate hombre”, “¿en cuánto me dejas el escritorio?”, “no sé, compré todo el lote por un precio, tendré que dar un valor a cada pieza; es mejor que me ofrezcas por lo que te interese”, ahora Zenón se acerca al escritorio, lo contempla mientras pasa rozando con suavidad su mano derecha por los frentes, le gusta sentir el tacto de la madera. Es de raíz de nogal con un dibujo y un acabado muy fino, el tablero liso, un cajón central dividiendo los dos cuerpos, las cajoneras ocultas por dos puertas con cerradura encastrada, ocho pequeñas patas cónicas, cuatro cada cuerpo, sostienen aquel precioso mueble, “¿tienes la llave para ver las cajoneras?”, “están abiertas”, Zenón presiona la puerta del frente derecho. La abre, un cajón superior y dos baldas; después abre la puerta izquierda, tres cajones, los tiradores de bronce cuadrados y huecos como los del cajón central. Todo el mueble sin clavos ni presas, ensamblado madera sobre madera de una precisión y hechura digna del mejor artesano ebanista, posiblemente austriaco, aunque tiene alguna duda, “¿cuánto quieres por él?”, “sabes que no vale menos de doscientos mil euros”, “estás loco, eso era antes, seguro que pagaste una mierda por él”, “lo que pagué es lo de menos, el mueble está impecable, alemán años veinte, hay muy pocos en este estado”, “me da igual, te daré doce mil euros y me lo llevo”, “conmigo no juegues, déjalo ahí, lo voy a subastar”, Zenón se deja arrastrar por una cierta vehemencia “ni hablar, el mueble me lo quedo, ya arreglaremos el precio”, “si es un encargo Zenón, háblame claro, en estos momentos tan jodidos, gánate un margen moderado y págame lo justo”, “¿y qué es lo justo?”, “tú sabrás hasta

cuánto paga tu cliente", "déjame que lo piense, ¿has comprobado si tiene firma?", "no, como era un lote, lo dejé para más adelante", "¿por qué no me lo llevo?, ya hablaremos del precio, además si no le gusta a mi cliente te lo devuelvo y santas pascuas", "no, el escritorio no sale del almacén, o lo pagas o que venga tu cliente a verlo, sabes que necesito dinero, no me hagas esa putada", Zenón desea inspeccionar el mueble antes de comprarlo aunque eso se está poniendo difícil para no levantar sospechas de su objetivo último, conoce bien a Evariste y sabe que si no le paga el escritorio no podrá inspeccionarlo, "dime un precio razonable, si quieres venderlo tienes que ponerte a tiro", "ciento ochenta mil euros, y no voy a bajar de ahí", Zenón se enfurece, "no me extraña que estés jodido, no lo entiendo, necesitas vender y quieres por él lo que no vale, te repito que me digas algo razonable", "no grites Zenón, Marcela va a pensar que estamos discutiendo", "perdón, dime cuánto cuesta", "treinta millones de las antiguas pesetas, un millón ciento ochenta mil francos franceses, más de doscientos mil dólares, ¿quieres que te lo diga en más divisas?", "gilipollas… me voy", Zenón sale de entre el mobiliario en dirección a la calle, "pero dónde vas, no te enfades, llegaremos a un acuerdo, espera, vamos a tomar un café", "franchute de mierda, si no fuera porque te aprecio, pero ya conozco tus trapacerías, a saber si es ese el escritorio que compraste a aquella familia, o si es auténtico", "si tú no lo distingues seguro que lo es", Evariste se ríe mientras se adelanta para descorrerle a Zenón la cortina "Marcela nos vamos a tomar un café", "muy bien hasta luego, adiós D. Zenón, espero verle pronto", "adiós Marcela", salen los dos hombres a la calle. La mañana se ha puesto gris, a nuestro hombre le pesan las piernas, parece que lleva plomo en los zapatos, y un cierto ahogo le recorre el pecho, necesita sentarse pronto, se acuerda del desmayo de hace dos días. Evariste no deja de hablar pero Zenón solo barrunta el ruido de la calle.

XVIII

Según pasan los días va creciendo en Zenón Torrecilla una cierta hostilidad con el entorno. Las notas en el cuaderno veintiuno son cada vez más ácidas y suele hablar con más vehemencia, intenta que no le discutan sus respuestas, porfía a veces sin razón, incluso ha perdido completamente el sentido del humor y le disgusta que hagan chistes fáciles a su lado, o que su interlocutor esgrima una sonrisa, él entiende que no viene a cuento, aunque sea un acto normal en una conversación sana.

No es café, sino una cerveza lo que están bebiendo el francés y él después de salir del pequeño comercio en la calle de Toledo. Desde el bar se ven varias tiendas, desahuciadas por la crisis que aplasta a los tenderos, los cierres metálicos grafiteados dan un toque de color macumbé, una irisación al desánimo, Zenón se fija en esos detalles del decorado, al igual que en la suciedad del bar, un desaliño fruto de la indolencia de quien se va a jubilar pronto y ya no le importa nada. El dueño pulula tras la barra ordenando a dos marroquíes con poca disposición. Ese hombre al igual que Zenón no se ha afeitado esta mañana, lo que le da un aire de sordidez, el rostro arrugado, la barba cana a ronchones, el pelo escaso y apelmazado por la grasa de la freidora, los dientes descolocados y pendientes de un hilo a sus encías, Zenón se mira en el espejo de aquel barucho, y piensa que mejor será asearse antes de comer con Corín, "estás ausente, qué te pasa Zenón, creo que haces un buen negocio", pero las palabras de Evariste no penetran en el tímpano de nuestro hombre. Acuerdan, después de cerrar el trato, que el escritorio estará depositado en el trastero el lunes por la tarde, el francés acepta cobrar lo que Zenón entienda como justo "para eso somos colegas, y sobre todo amigos, págame lo que quieras, pero sé consciente que estoy tieso", nuestro hombre queda sorprendido por las palabras de Evariste, ahora no le encaja nada. Seguro que el francés desconoce el asunto de la caja de plata, que no conoce a Abreu, y al que se hace llamar Rodrigo está convencido que no lo habría visto nunca, que solo habló con Evariste por teléfono. Después de observar la buena disposición de Evariste, todas las

dudas y los fantasmas de los últimos días se están evaporando. Respira con cierto alivio sabiendo que Evariste va a lo suyo, como suele decir el amigo. Ahora desea que transcurra rápido el fin de semana para poder inspeccionar el escritorio, conocer en la intimidad el legado de Silverio Olivilla, desvelar para sí el secreto de aquel hombre, la herencia que nunca cobró Lucía, pero a pesar de la intriga el secreto quedará para él como un segundo secreto, en una cascada de secretos sin sentido. Qué curioso, que sensación tan extraña, guardando para sus adentros aquel asunto.

Después de dejar a Evariste vuelve sobre los pasos que le llevaron al pequeño comercio, y bajo las arcadas de la Plaza Mayor se acuerda que tiene que telefonear a Corín, mejor quedará con ella en el trastero, así le da tiempo a afeitarse. Hace la llamada, la conversación se mantiene hasta que Zenón llega a Callao, y en la Gran Vía toma un taxi, “lléveme al trastero”, “¿adónde dice el señor?”, “perdón a Claudio Coello 212”. Al entrar en el trastero escucha un ruido al que no está acostumbrado, es como el deglutir de un gigante, sonidos guturales salidos de un megáfono, tambores chaqueños sonando descompasados, estertores de un ser superior. Queda parado en medio de la planta baja, empapándose de la sinfonía sin sentido. Son las cañerías, las viejas conducciones en un estrépito sin cadencia, y siente, con los vellos erizados, cómo el edificio se está muriendo. Y no se volvió a acordar jamás de Manuel Tajaneiro. Tiene ganas de marcharse aunque no sabe dónde, pero se encuentra tranquilo a pesar de correr por su mente una inquietud, desea olvidarse también de Matías Marzol, del asunto de la caja de plata, de su amigo Evariste, de los fantasmas acumulados, del negocio de las antigüedades, y pensar solo en Corín, por eso va a sugerirle pasar el fin de semana fuera de Madrid, lo necesita, y está seguro de que ella también, harán planes, la dejará elegir el sitio. Sube a la buhardilla, abre la caja de los trastes de afeitar, se enjabona con meticulosidad poniendo una capa tras otra de jabón hasta que el rostro queda blanco y abultado, coge la hojilla como si de un escarpelo se tratara, y más que pasar la hoja por la barba rae la piel en cortísimas pasadas, es su preocupación un apurado infinito, busca un cutis de apariencia lampiña, pero las arrugas le juegan una mala pasada, y vuelve a estirar la piel con los dedos en otra irritadora pasada, y otra más, hasta dejar la carne en sangre viva, después el agua fría como primera friega calmante, las dos manos llenas bajo el grifo enfoscando la comisura de los labios, el pliegue de la barbilla, y cuando la piel se va calmando, abre el frasco de la crema hidratante, y se entretiene en un unte

prolongado y analgésico. Mientras su piel succiona el bálsamo, moja los cabellos blancos con agua, se pasa el peine, hasta eliminar cualquier onda o pelillo sobresaliente, siempre dando más de veinte pasadas por la cabellera, luego el agua de colonia, que Zenón no fue nunca de perfume. Una gotita de sangre le pone de mal humor, y para rematar el afeitado, limpia la pequeña herida, después la frota con piedra alumbre cortando la hemorragia, y guarda con mucho cuidado y aprecio la pieza blanquecina que ya solo la encuentra en una vieja droguería de Antón Martín. Cuando queda satisfecho dedica un buen rato a la limpieza de los útiles, quita el jabón a su querida brocha, limpia la hojilla y vuelve a colocar todas las piezas en la caja, todo el acto lo realiza como si afeitara a otro, el espejo le permite observar la perfección de su obra, como si fuera un barbero. Zenón Torrecilla escribió alguna vez, que el afeitado era una obra de arte, por eso cuando su ánimo no estaba en buena disposición dejaba aquella tarea para mejor momento.

Está en la calle dando pasos en dirección al garaje donde duerme el viejo golf. Al llegar, el guarda, un anciano de gesto rancio le saluda con un vago movimiento de cabeza. Aquel hombre, como casi todos los cuidadores de garajes, ha perdido la costumbre de hablar, al contrario que los porteros de vecindad que la van ganando con los años. Zenón se acerca al auto y cae en la cuenta de que tenía que haber lavado aquella chatarra, ¿qué pensará Corín?, se pregunta con cierto malestar, esa mujer es muy pulcra, la limpieza es una parcela importante en su vida, puede que de las más importantes, aunque Zenón no cree que sea maniática del plumero, eso lo llevaría muy mal, suponiendo que vaya a vivir con ella, que es mucho suponer aunque no lo descarta sobre todo al hilo de los últimos acontecimientos. Saca el coche del garaje, da la vuelta a la manzana y lo aparca delante de la puerta del trastero. Corín aún no ha llegado. Se queda sentado esperando, saca de la guantera una bayeta sucia y se pone a limpiar el polvo del salpicadero. Mientras recorre los plásticos y relojes del coche se acuerda de Mariela; en el Teuquito solo poseían una cascada motocicleta italiana. Recuerda cuando la recogía a la puerta de la barraca, ella se acomodaba apretando su cintura con los muslos desnudos, y salían a dar botes por los caminos polvorientos, Zenón se fijaba más en los muslos chaqueños que en la carretera. Mariela gritaba y gritaba; sentía un placer especial descargando su voz en mitad de la nada. La imaginaba con su larga mata de pelo al viento y después tumbados en el bosque él entrelazaba sus dedos en la cabellera de Mariela, su pelo se había clareado con el polvo del

camino y eso acentuaba el color de su tez más morena, resaltando el rosado de sus labios y allí hacían el amor aunque les estorbasen las moscas. Después ella le contaba historias del Teuquito, como la del viejo indio que se sentaba bajo un gran árbol a soplar el bombardino. Con aquel gastado instrumento adquirido en un mercadillo de Salta llamaba a los dioses en un monótono y prolongado bramido, y quien le escuchaba sin verle pensaba que era una fiera soltando profundos lamentos, quejas del diezmado bosque, quejidos de extinción como la de los indios chaqueños, pero Zenón intuía, mientras se deleitaba con aquel relato, que era el llanto de un pueblo, un pueblo casi invisible, y volvían a hacer el amor en un acto de desesperación buscando la preñez. Corín es distinta, la señoritinga de los perfumes, de la manicura, de la limpieza, de los polvos asépticos, y además no cuenta historias, ni huele a mujer, aunque le gusta, todavía no sabe por qué, pero siente una gran atracción por Corín. Lo que más le deleita de aquella mujer son sus largas uñas a dos colores acariciándole la piel de sus brazos, de su pecho, de su rostro, mientras le habla muy bajito siseándole casi en el oído, a Zenón le dan igual sus palabras, se deja llevar como en una onda agradable y termina dormido en sus brazos. Se percata de que Corín lleva un buen rato esperando junto a la puerta, no le vio dentro del coche, él se baja, “perdona, no me di cuenta”, “ya podía llamar, estás dormido”, “me quedé algo traspuesto mientras te esperaba, sube”, Zenón abre la puerta del viejo golf cortésmente, “vámonos a Ocaña”, “tendremos que comer primero, ¿sabes la hora que es?, ¿y por qué a Ocaña?”, “se me ha ocurrido en este mismo instante, hace mucho que no voy, comeremos cualquier cosa en el camino”, “pero ¿por qué tanta prisa?”, “tengo ganas de dejar la ciudad, te dije que saldríamos el fin de semana, ¿Vienes preparada?”, “este bolso es como una maleta, no te preocupes”, el viejo golf comienza a rodar por las calles de Madrid mientras los dos se enfrascan en una conversación sin sustancia, a la espera de vivir lo que acontezca el fin de semana. Más tarde escribirá en el cuaderno veintiuno que el otoño es menos otoño al lado de Corín, su compañía le transforma, le hace sentir de otro modo, como recién duchado después de despertar de una siesta espesa en una tarde calurosa. Está jovial, hablador, incluso se permite alguna broma. Corín colgada del brazo de Zenón, paseando por las calles de aquel pueblo toledano, y ríen, ha ocurrido un milagro, Zenón hablando de él, de su pasado, contando anécdotas, liberándose de tanto tiempo de silencio, y aunque los cuadernos sean siempre su desahogo, esto es distinto, ella vuelve a quedar prisionera de un

hombre diferente a todos los que ha conocido.

Las sobremesas fueron largas, bebieron, hicieron el amor, durmieron, y pasearon por aquellas calles con tanta historia; aquel pueblo se convirtió por unas horas en el jardín idílico, el que añoraba Zenón. Bajo las arcadas de la plaza mayor tomaron el último café antes de regresar a Madrid. Era domingo, la tarde caía; un ligero chubasco y el viento frío ni siquiera empañaron la sonrisa de aquellos rostros. El regreso fue lento, la autopista colapsada, pero aún tenían conversación, Zenón dejó a Corín a la puerta de su casa, y ella "quédate esta noche conmigo", "no, es mejor así, mañana sabes que tengo mucho trabajo, citas importantes, te llamaré cuando encuentre un momento de tranquilidad. Descansa", "he sido muy feliz", "y yo".

Zenón se marcha en dirección a su casa dando un gran rodeo, como suele hacer siempre. Esa noche se cerciora de que el viejo *Junghans* esté a punto, no puede quedarse dormido, tiene mucho que hacer, y vuelve a recapitular los asuntos que ha olvidado el fin de semana, se deja caer en la cama, un suspiro es el compas de un pensamiento reiterado y casi vocea "estaré aquí poco tiempo", como si el marcharse significara una liberación, un deseo oculto tantos años contenido, aguantado porque piensa que es su destino inevitable. Zenón Torrecilla dormita mientras decide qué hacer con todos los objetos del trastero. Su primera idea es regalárselos a Evariste, el francés no les haría ascos, además, en la calle de Toledo tiene sitio suficiente para almacenarlos. Después de la euforia de ánimo piensa que lo mejor será venderlos, hacer un gran saldo, está convencido que Evariste se quedará con ellos, no le importa si los paga a plazos. Se llevará pocas cosas, sus juguetes, un par de relojes de mesa, los efectos personales, algún pequeño objeto de última hora, y la caja de caudales que está escondida bajo las tablas de la tarima, en la buhardilla, debajo de la cama, muy bien disimulada. Aquel zulo lo inventó su predecesor y desde entonces el grueso de su pequeña fortuna está escondido a salvo del fisco. Desde que se implantó el euro ha ido cambiando poco a poco todo el dinero en billetes de quinientos, y están también dos docenas de relojes de oro de bolsillo, algunos muy valiosos, otras joyas, y la llave del barracón de Rivadavia, que guarda en aquella caja sin ninguna razón comprensible o quizá por la idea del retorno, quién sabe, de ese asunto no dejó nada anotado. Se acuerda de algo importante, hace un esfuerzo para no quedar tumbado en la cama, se incorpora, a oscuras accede al gabinete enciende el flexo que proyecta una luz como de gorro chino; encima de la mesa está el cuaderno veintiuno,

le quedan ya pocas hojas en blanco, allí está también el portaminas. Se sienta en la butaca y comienza a escribir, anota la fecha y la hora, y comienza a redactar las últimas experiencias, los últimos recuerdos, y a continuación con la letra más clara, escribe más despacio el testamento.

¿Qué pasaría por la cabeza de Zenón Torrecilla para abocarse a copiar como si de un escriba se tratara, sus últimas voluntades?, ¿y por qué no lo hizo en un papel aparte?, como si aquellos cuadernos fueran miembros del legado, inventarió generalizando, sin mucho detalle, las distintas porciones de su patrimonio, la caja de caudales en el zulo, las cuentas corrientes, el vehículo, y grosso modo los muebles y piezas menores del trastero y la buhardilla, y al final del párrafo *"… es mi deseo que mi heredero universal sea"* y dejó en blanco el nombre, tenía que pensarlo bien, sopesar los cariños, decidir el favorito o favorita, en ese momento debió de ser una tarea difícil, estaba inseguro; tal vez, como si se tratara de un concurso, de un premio, barajó la posibilidad de dejarlo desierto, ¿quién era el emérito?. Debió de estar mucho tiempo sentado bajo la luz del flexo, meditando, hasta que le rindió el sueño y su cuerpo y mente descansaron de tan agitados pensamientos.

XIX

No es un lunes cualquiera; por la mañana firmará la cesión del edificio al propietario, y la tarde queda reservada para que Evariste le haga entrega del escritorio. El Junghans suena casi a compás con el gallo del vecino, son las siete de la mañana en Madrid. La ciudad ya está desperezada y desde la buhardilla se escucha el tráfico de la calle como si se tratara de un zumbido lejano. Las viejas cañerías del trastero siguen repletas de aire y atascos, y la bombilla del baño empieza a fallar en un derroche de presagios, "esto se acaba" se dice Zenón mientras comienza con la liturgia del afeitado. En este lunes especial se vuelve a enfundar el traje beige claro que tanto le gusta; de una percha del armario hay colgadas media docena de corbatas de seda, elige la que cree más apropiada, una roja, se limpia los zapatos sin mucha minuciosidad, baja al trastero, manejándose con la escasa luz que entra desde la calle. Sale, se encamina hacia el bar de la esquina, la mañana es fría, pero de ese frío soportable del otoño, tiene hambre, pero es más por una cierta ansiedad que por apetencia, aunque el primer café del día está muy grabado en su memoria. Zenón se apresura a encender el teléfono móvil, hay que estar preparado, en cualquier momento pueden llamarle, concretar la hora, pedir algún dato, quién sabe. "Si quiere se lo sirvo en la mesa, ¿qué desea comer?", "dos porras", "ya se lo llevo", el camarero amable le prepara el desayuno, Zenón retira dos periódicos de la barra y se sienta junto a la ventana. A esas horas la escasa clientela la componen dos barrenderos y una mujer de aspecto descuidado, "a usted le conozco, tiene una tienda ahí al lado", Zenón extrañado "ah sí, ¿ha entrado alguna vez?", "no, pero paso muchas veces delante de su puerta, me gustan las cosas que tiene", "pues dese una vuelta por allí", la mujer coge sin elegancia la copa de anís que tiene en la barra y se acerca a Zenón, "¿puedo sentarme?", "no me importa, me disponía a leer la prensa, siéntese", se nota la peste de su aliento. Es de baja estatura. Debe tener esa edad que nunca se sabe, pueden ser cuarenta y cinco como cincuenta y cinco años, su ropa no parece de mala calidad, lleva un teléfono en la mano y un bolso grande, pero su pelo y su rostro

denotan un aire de dejadez. Los ojos claros y vidriosos, como si hubiera pasado la noche bebiendo, Zenón con curiosidad e indiscreción "¿a qué se dedica?", un silencio y varias muecas, enciende un cigarrillo "no estoy borracha", pero lo está e intenta disimularlo muy bien, "yo no he dicho nada de eso", "pero lo piensas, todos lo piensan", ensimismada dando una calada al cigarrillo y dejando que sus ojos floten por todas partes hasta que al fin clava la mirada en Zenón que la contempla, ella dice "he hecho tantas cosas que ya no sé a qué me dedico, ahora practico la quiromancia entre otras. Tengo un gabinete a pocos metros de aquí", "eso tiene que ser apasionante y ahora seguro que muy rentable; la gente está triste, quiere respuestas y a lo mejor las personas como usted pueden ofrecer algún consuelo", "eh, para para, yo no doy consuelo a nadie; digo la verdad, aplico una ciencia exacta, las rayas de la mano no se equivocan. He tenido un gran maestro que ya murió y me lo enseñó todo", Zenón con cierta sorna "eso me suena", "¿qué pasa es que le conociste?", "no, por supuesto que no, no he dicho nada", "a mí me gusta que me hablen claro", la mujer frunce el ceño y lo mismo demuestra enfado que más tarde una sonrisa, con los ojos medio vueltos y agitando la cabeza sin ningún sentido. "Aquí está su café" señala el camarero y añade dirigiéndose a la mujer "¿quiere otra cosa?", "no monín, con esto ya termino por hoy". Lo que no sabe Zenón es si "hoy" se refiere a ayer o al presente suponiendo que vaya a dormir la mona, "¿quieres que te lea la mano?", pregunta mientras con un aire de familiaridad le coge la mano. Zenón nota que tiene las uñas descascarilladas de una pintura roja clara, son manos pequeñas y suaves, los dedos delgados y huesudos y está llena de venas en relieve y algunas manchas, tal vez sea más mayor de lo que ha pensado. "Sí me gustaría, pero voy a desayunar, leer la prensa y después tengo trabajo, podemos dejarlo para otro momento", ella con gesto desairado "trabajo, trabajo, trabajo, si vas a mi gabinete te cobraré, aquí te lo hago gratis, porque me apetece, me caes bien". Zenón comienza a desayunar. La mujer le observa, apura la copa de anís. Suena el teléfono, "dígame", "don Zenón, perdone que le moleste tan temprano, soy Matías Marzol", "le escucho", "he hablado hace un momento con el propietario, los abogados seguirán hoy preparando los contratos. Me ha dicho que será mejor tenerlo todo ultimado y aplazar la firma para mañana a las diez, ¿le parece bien?", Zenón se levanta de la mesa en dirección a la puerta de la calle quiere que la mujer borracha no escuche la conversación "pero tenga en cuenta que le he dado un pagaré de cien mil euros para mañana mismo, lo

anulamos o qué”, “confíe en mí señor Torrecilla, no iré a cobrarlo hasta que usted no tenga su dinero”. Zenón después de un lapso de desconfianza “no sé, me pone en un aprieto, póngase en mi lugar”, “esté tranquilo, si quiere me acerco y lo cambiamos por un nuevo pagaré para el miércoles si así queda usted más tranquilo”, después de estas palabras Zenón deja las cosas como están “no, no se moleste, espero que todo salga bien”, “por supuesto, todo saldrá bien, tenga en cuenta que el único día hábil después de nuestro acuerdo fue el viernes, y en esta ciudad los viernes por la tarde no trabaja ni Dios, y hoy por la mañana esos abogados estarán en los juzgados, es comprensible que necesiten todo el día para preparar los documentos, incluso su dinero”, “vale vale, de acuerdo, entonces hasta mañana a las diez”, se dirige a la mesa, a terminar el ajetreado desayuno que no ha disfrutado, y la mujer le habla “ah los negocios, malditos negocios, y tan temprano, creo que está preocupado por algo importante, algo que le trunca la felicidad”, “no, solo negocios, qué más da”, “debería leerle la mano, así usted sabrá si todo va a ir bien”, “repito que da igual, lo que tenga que acontecer ocurrirá sin remisión”, “no crea, a veces se puede cambiar el discurrir de los acontecimientos, y eso altera el final, me explico, una leve modificación del curso de las cosas cambiará lo que está por acaecer”, “¿usted cree?”, “por supuesto, tengo experiencia”, “sus palabras demuestran que no puede predecir el futuro, hace ya mucho tiempo una gitana en Portugal, en Caparica, ¿sabe dónde está?”, la borracha niega con la cabeza y Zenón continua “me predijo el futuro, dijo que moriría muy anciano e inmensamente rico, o algo parecido, ¿y me quiere decir que cualquier alteración en el discurrir de mi vida puede modificar lo predicho?, pues vaya pitonisas de los cojones que sois”, Zenón cínico se ríe disfrutando de la grosería, y ella con aire familiar “no entiendes nada monín, déjame que te vea la mano”, “de eso ni hablar, he dicho que aquí no”, y aparta las manos del alcance de la borracha, ella en una pirueta para convencerle “imagínate que aquella mujer era una estafadora, que se lo inventó todo”, “no creo, no me cobró, fue ella quien me abordó en un lugar solitario. Apareció como una sombra vestida de negro, es más, a veces pienso si existió, fue después de una larga caminata por la playa, estaba cansado, muy cansado, a lo mejor fue un espejismo, pero no creo”, la borracha insiste con sus artimañas para leerle la mano “tú mismo te das cuenta que a lo mejor aquello no existió, y ésta es la ocasión, estás delante de la mejor quiromante, con experiencia y un gran maestro que me enseñó todo lo que se puede saber sobre los secretos de las manos”,

“todavía me lo voy a creer, además, si aquella gitana no existió entonces tuve una premonición, y esas se suelen cumplir”, “¿no tienes curiosidad por saber lo que te espera?”, “curiosidad sí, pero quizá tenga miedo, no creo que el miedo sea algo de lo que deba avergonzarme, a mi edad hay muchas cosas que me dan ya igual”, “te veo un poco pesimista, más bien derrotista, debes tener muchos problemas”, “no, que va, los problemas me distraen, si no los tengo me los invento, estoy harto del aburrimiento, de la vida tipo jubilado, ya me entiendes, es más, pretendo retirarme en breve, pero no voy a llevar una vida de rutina, vacía, tengo planes, aunque los tengo que pulir”, “¿estás casado?”, “no”, “pero seguro que tienes a alguien compartiendo tu vida”, “no exactamente, he conocido a una persona más joven que yo, con más fuerza y a lo mejor…”, ella le interrumpe “ya no digas más, ¿quieres saber cómo te va a ir con esa persona?”, “eres un poquito pesada, ¿cuándo abres el gabinete?”, “por las tardes, las mañanas duermo”, “si me permites un consejo, vete a dormir, te estoy entreteniendo, si quieres leerme la mano ya sabes dónde estoy, puedes pasar por allí cuando quieras, serás bien recibida”, la mujer haciendo un gesto de desprecio levanta de un tirón el bolso y se dirige a la barra “cóbrame chico” Zenón mueve su mano llamando la atención del camarero “corre de mi cuenta, no le cobres”, y el camarero a la mujer “está usted invitada por el señor” con cierta raspa suelta un “gracias” y se va hacia la puerta, mira a Zenón que ahora está intentando leer el periódico, y con voz más pausada “te debo una, te lo haré gratis” Zenón levanta la vista “hasta luego, que descanse” la mujer sale del bar sin muchas ganas, el camarero se acerca a nuestro hombre “es una vieja clienta del bar, no suele meterse con la gente, hoy estaba habladora”, el camarero intenta agradar a Zenón, hace poco que lo tiene de cliente y no quiere perderlo, “no importa, no ha sido desagradable, no se preocupe, dígame qué le doy”, paga la cuenta y se marcha.

Aquella mañana Zenón no había encontrado el sosiego que pretendía para desayunar. Además acude a su memoria la borracha; le ha gafado con la llamada del hombre del gabán, pero es una bobada lo que está pensando, todo saldrá bien, se dice ahora en un derroche de optimismo. Las horas pasan sin más complicaciones. No le apetece abrir el trastero. Con Evariste ha quedado después de comer, el asunto de Matias Marzol se ha pospuesto, por tanto decide hacer algo distinto, incluso no llamará a Corín. Va a la sucursal bancaria, ordena sus cuentas, da un paseo hasta la calle Goya, vuelve por Serrano, toma una cerveza, entra en la librería de el

Corte Inglés con Ayala, se entretiene manoseando los libros de bibliófilo, allí reposa un facsímil de la primera edición chilena de mil novecientos treinta y seis de *“Sangre de Mestizos. Relatos de la Guerra del Chaco”* de Augusto Céspedes, el libro está en una vitrina tipo urna con llave, pide al dependiente que se lo muestre, queda ensimismado; es la copia perfecta y magníficamente encuadernada de un librito gastado y medio deshojado que rodaba por la chabola del Teuquito, Mariela no era muy dada a la lectura, pero tenía tres libros que guardaba con religiosidad: *“Veinte poemas de amor…”* de Pablo Neruda; un libro antiguo sobre cocina criolla y *“Sangre de Mestizos”*. Aquel volumen fue un entretenimiento para Zenón durante muchas tardes cuando le aplastaba el estiaje del Teuquito. El libro lo había tomado prestado Mariela de casa de su padre, pero en realidad era de su abuelo. Aquella guerra absurda experimentada en las carnes del propio Céspedes fue un pilar más, junto con los cuentos de Mariela, para que Zenón entendiera mejor aquella tierra y sus gentes, y ahora vuelve a él, lo tiene en sus manos, y en un acto irreflexivo “me lo llevo”. El dependiente con una sonrisa le comenta “es el único ejemplar que tenemos, esta misma mañana lo he colocado en la vitrina, pensé que no le iba a interesar a nadie, no sólo por su elevado precio”, “me da igual, envuélvalo”. Zenón Torrecilla sale a la calle; un olor a tabaco habano le agrada y como un sabueso persigue el aroma; es un hombre con traje oscuro que ahora está en el semáforo, le mira sorprendido, es Orson Welles, pero no está muy mayor, aparenta cincuenta años más o menos; es increíble como algunas personas se parecen a otras, se dice Zenón clavado en la acera mientras observa cruzar la calle al hombre del habano, y piensa que a lo mejor fuma puros porque se parece a Orson, o quizá todos los que se parecen a él fuman puros, en un acto innato, reflexiona sobre sus propios comportamientos, a lo mejor él se parece a alguien conocido y actúa igual, pero no ha descubierto aún de quién se trata. Continua su paseo hacía el trastero, tiene ganas de releer el libro, y no se aguanta, decide comer de paso en una cafetería, hay un gran bullicio, está la barra atestada, busca una de las mesas vacías, estará tranquilo, anónimo, y podrá hojear el libro hasta la hora de la cita con Evariste, así lo hace, y allí se queda durante todo el mediodía amparado en el barullo de ese local que da de comer a oficinistas, sobre todo el menú, una comida barata y monótona, casi siempre de mala calidad, pero eso a él no le importa. Con el libro en sus manos le llueven recuerdos del Chaco, algunos redescubiertos ahora desde hace tantos años, que le parecen mentira, e imagina el bosque

chaqueño en blanco y negro, y se acuerda de algunas películas de Orson, de las que veía de jovencito, recuerda la lluvia de esos largometrajes, es como leche, como la primera vez que cruzó el Paraná, es la lluvia teñida del cine, de aquel cine, el Rex en esas sesiones dobles a las que acudía los domingos, una en blanco y negro y la otra en tecnicolor, y el bosque del Teuquito lo veía tras la lluvia como forrado por una película de papel celofán, "¿tomará café el señor?", el camarero vuelve a transportarle a Madrid. Poco más tarde sale paseando en dirección al trastero.

A cien metros de la puerta atisba una furgoneta grande en doble fila; seguro que le han traido el escritorio, están esperando a que abra, faltan pocos minutos para las cinco. La llave se encasquilla en la cerradura, falla como una vieja escopeta, los nervios o la impaciencia, los segundos de demora dan tiempo a que se acerque el chófer, "¿es usted Zenón?", y afirma sin mirar al hombre, al fin abre la puerta después de fijarse en las robustas botas y en el pantalón azul del mono, levanta la cabeza con el trastero entreabierto, "venimos de parte del señor Evariste, traemos un mueble", "ahora mismo despejo la entrada, colocadlo en el centro del local". El chofer y el ayudante se disponen a bajar el bulto del vehículo, está envuelto en dos mantas viejas atado con cuerdas; es pesado, lo sabe por el esfuerzo de aquellos operarios, lo colocan con cuidado en medio del trastero, le quitan el embalaje, y allí está, luciente el escritorio decó. Zenón aparta objetos, enciende luces; "bueno señor, ya está", el chofer, de movimientos torpes, es algo más mayor de edad que el ayudante, media barba moruna, corpulento, más alto que el otro, que es delgado de facciones, duras, ágil y callado, no abre la boca en ningún momento de la entrega, pero lo mira todo, con un aire entre sorpresa y timidez, "gracias chicos, ¿tengo que firmar algo?", "no es necesario" apostilla el mayor sin decidirse a arrancar, esperando una propina que no recibe. Se marchan, y queda una impronta de sudor sedimentado; es el olor de la descarga de la mañana y aunque Zenón no es muy exigente con los olores, su fino olfato le hace volver a abrir la puerta de la calle para ventilar; el ambientador se le ha terminado hace muchos años y lo único agradable que ofrece al aire de vez en cuando es el agua de colonia esparcida con un pulverizador que tiene más de cien años, de esos de cristal de roca que usaban las señoras en el tocador, con una pera con flecos al extremo de un tubito forrado y flexible. No queda satisfecho con la ventilación, y tiene que hacer uso del perfumador, en aquel momento quiere rodearse de un ambiente agradable mientras proyecta operar el

mueble deseado, cierra la puerta de entrada, perfuma el ambiente, lo ilumina a tope, como si fuera el día de la inauguración; le falta la música y esta vez fue contundente, se pone en situación e inserta en el viejo Denon la obertura de Tannhäuser a todo trapo navegando las notas por el trastero mientras abre el cajón de las bayetas, las que usa para limpiar los relojes, y comienza a relimpiar el escritorio limpio, a sacarle brillo en un acto necesario antes de la intervención. Allí está renacido el viejo cirujano del Teuquito dispuesto a desentrañar lo oculto.

XX

Zenón abre las puertas del escritorio. Quedan al descubierto los cajones. La nota en la caja de plata no especifica en qué cajón izquierdo. Resbala los tres y va colocándolos uno por uno sobre la mesa camilla; los observa y palpa con detenimiento; se sienta poniendo sobre sus rodillas el primer cajón en una inspección más pausada, busca el doble fondo. Descartado, lo deja en el suelo junto a su butaca y hace lo mismo con los otros dos; también los deposita en el suelo, se dice que estarán cambiados de orden, se levanta para coger los dos restantes cajones del escritorio, hace la misma operación. Ningún doble fondo. Baja el volumen del viejo Denon. Toma los cajones uno a uno agitándolos cerca del oído derecho, su mejor oído, no escucha ruidos delatadores, no aprecia nada en su interior, ahora forman una pila encima de la camilla. Zenón reposa, piensa qué hacer. Sube corriendo al gabinete de la buhardilla, se hace con una regla y algunas pequeñas herramientas, se dice que está muy bien disimulado el doble fondo, mide con precisión todos los lados de los cajones, sobre todo la altura. Idénticas. Decide, a pesar de la valía del mueble, desguazarlo. Está sintiendo el placer de la disección, es un cirujano que trasvasa la línea del corte. Eleva el volumen del viejo Denon, la apoteosis de la obertura, y empieza a golpear con un martillo el pequeño escoplo con saña, revienta los fondos uno a uno, disloca su estructura hasta que los hace astillas. Allí no hay absolutamente nada. No conforme se levanta con el martillo en la mano y comienza a golpear el esqueleto del mueble, desvencijando primero las puertas, luego las baldas, extrae las patas, desarma el armazón, quiebra las maderas hasta que las hace casi virutas, se incorpora e inclina la cabeza hacia atrás, respira fuerte, está agotado, el pelo alborotado y la mirada perdida. El martillo está todavía en la mano y lo deja caer en un resbalar suave entre los dedos, permanece de pie mientras espera recuperar el resuello, después del frenesí, se quita la chaqueta sudaba y se vuelve a sentar junto a la camilla. Detiene la música, y allí quieto intenta relajarse durante una hora, mirando la pequeña montaña de maderas. La decepción le inunda. Un vacío enorme le impulsa a

escribir, como si fuera una terapia necesaria, serán sus últimas letras en el cuaderno veintiuno. Entre tanto mira la portada del libro que acaba de comprar, y le viene a la memoria la anécdota que cuenta Augusto Céspedes en su obra. Augusto participó en la contienda del lado Boliviano, y en aquella patética epopeya un pelotón de soldados comienza a excavar un pozo a pico y pala en busca de agua, ésta se había evaporado por lo poco que llovió y no tenían nada de agua en muchos quilómetros a la redonda. A los doce metros, los soldados encuentran barro líquido, pero después a los treinta, a los cuarenta y cinco metros la polea sube baldes de arena cada vez más seca, aquellos hombres continúan excavando, día tras día, atados al pozo, pozo adentro que era boca de arena cada vez más honda y más muda; y cuando los paraguayos, también acosados por la sed, se lanzan al asalto, los bolivianos mueren defendiendo el pozo, como si tuviera agua. Este pasaje del libro hizo reflexionar a Zenón: tanto esfuerzo por nada, y recuerda que la Guerra del Chaco fue por el petróleo. Murieron cien mil hombres en vano, como en todas las guerras, y siempre las multinacionales detrás, azuzando a los hombres con promesas que lo único que buscan es su propio interés. La Standard Oil estadounidense había descubierto petróleo en la zona andina boliviana, junto al Chaco occidental, y la Royal Dutch Shell anglo-holandesa hacía prospecciones en el Chaco Paraguayo, Terminó aquella cruenta y absurda guerra después de tres años y se descubrió posteriormente que en el Chaco no había petróleo. Con estos recuerdos a Zenón se le erizan los pelos de los brazos, y un escalofrío recorre su cuerpo, piensa que todo el esfuerzo y la ilusión depositado en el asunto de la caja de plata ha sido inútil, qué perversa broma, ¿quién está jugando con él? Ahora se da cuenta de que no alcanzará a entrar en el jardín de las ocas, tiene que volver a la casilla de salida, pero ¿qué espera Zenón?, ¿un tesoro?, ¿la solución a un acertijo?, ¿otra pista para seguir fraguando ilusión?, ¿descubrir una estafa?, quién sabe lo que devana su mente; y lo que le deja mal sabor de boca es el no saber si la historia de Lucía es verdadera o falsa, sufre en estos momentos una frustración inconmensurable. Zenón Torrecilla está tirado en su butaca junto a la camilla, es casi la hora de cierre. De pronto se abre la puerta del trastero, aparece un hombre pequeño, delgado, con la cara arrugada y una sonrisa permanente; da las buenas tardes. Zenón queda paralizado, mudo. Ese acento, esos zapatos tipo deportivos, aquel pelo negro entorchado, una peluca; es el cara cartón, el hombrecillo de Aveiro, el siniestro investigador, el que no dejó huellas ni señales en el *Paloma Branca.* Ese hombre

aún en la entrada hace un gesto y resopla, dice refiriéndose al montón de astillas "parece que aquí ha habido un duro trabajo esta tarde", sonríe, y Zenón desde el otro lado, con una voz que casi no se escucha "¿qué desea?", "¿se acuerda de mí?", "creo que sí, de Aveiro, cómo se llama, no me acuerdo", "Agostinho Vieira, pero de todas formas tiene buena memoria", "¿cómo ha dado conmigo?, me dirá que ha sido una casualidad", el portugués se acerca poco a poco hacia Zenón, con esa sonrisa eterna "no existen las casualidades señor Zenón Torrecilla, usted está ahora sorprendido y a la vez defraudado por el juego, pero así es la vida". Está de pie, enfrente de nuestro hombre, y añade al señalar la butaca vacía "¿puedo?", "siéntese, pero quién le envía, ¿qué quiere de mí?", "tranquilo, todo a su debido tiempo, la persona que me envía quiere su alma, después su cuerpo y más tarde todos sus bienes materiales, ¿me entiende Zenón?", "déjese de bromas macabras, no le entiendo, todo esto es absurdo, estoy seguro de que es otra de las fechorías de Evariste Santá, seguro que es el artífice de todo", "no señor Zenón, le corrijo, Evariste Torrecilla Santá. Lo que ocurre es que él siempre utiliza en España únicamente el apellido de su madre", "imposible, me está tomando el pelo, entonces Evariste es…" le interrumpe el portugués "espere, deje que le explique, el padre de usted emigró a Francia y no a América como siempre pensó, pero no albergue esperanzas su padre está muerto hace mucho tiempo. Evariste ha sido un mero instrumento, un mero ejecutor, como lo fue el comerciante de Aveiro, o el señor Abreu de Porto, o el pobre diablo de la calle de Marianela, Evariste por un poco de dinero haría cualquier cosa, ha colaborado e interpretado su papel dignamente, y tenga en cuenta que a un hombre como usted, una caja de plata inglesa del dieciocho no se le iba a escapar, y al precio que la adquirió menos…" con curiosidad Zenón "¿cómo podían saber que despegaría el terciopelo?", "soy un hombre de experiencia Zenón, ya se lo dije en Aveiro, le conozco muy bien", irritado Zenón "¿de qué me conoce?, ¿qué sabe de mí?, aparte de todas las patrañas que me está contando, le ruego que me diga quién le envía", "vamos por partes Zenón, le he demostrado que sé muchas cosas, pero debo ir al grano para no perder tiempo; creo que usted sabe que el cielo y el infierno están aquí, y son insoslayables, mi cliente está esperando que le cuente lo que va a acontecer dentro de breves instantes, y se sentirá gozoso escuchando mi relato. Todo es mentira Zenón, todo es mentira, vemos la realidad que nos ofrece la vida como cada uno de nosotros quiere verla, y le comunico que la única verdad que existe es que va a morir dentro de unos minutos, eso supondrá el

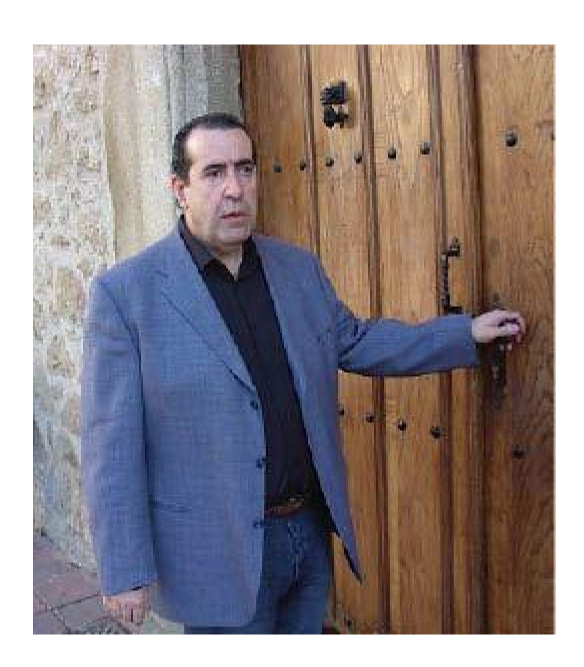
segundo logro para mi cliente, el tercero ya se lo imagina”, Zenón se levanta gritando “usted está loco, déjeme en paz, márchese inmediatamente”, “serénese, tenga una muerte digna”, “¿usted como estaría?, y dígame de una puñetera vez quién es el autor de esta perversa broma, ¿qué sentido tiene este artificio?”, el cara cartón saca un paquete de tabaco, enciende un cigarrillo, lo saborea y disfruta la primera calada, exhalando el humo le refiere con sangre fría “en un crimen perfecto la víctima no debe conocer quién es su verdadero verdugo, por si acaso y evitando posibles riesgos, imagínese que se encuentran en el más allá, yo no creo en esas cosas, pero comprenda las precauciones de mi cliente”, “no sé si está usted borracho, pero esto me está gustando cada vez menos, llamaré a la policía”, “no se moleste, ¿qué les va a decir, que tenemos una conversación existencial? o algo parecido”, el portugués se ríe, descubre la dentadura postiza, lo que le da un aire más tétrico. Zenón no sabe que contestar; a pesar de la intranquilidad, desea que aquel hombre le cuente algo más de su padre. Pero Agostinho Vieira se cansa de tanta conversación, saca el arma, la tiene muy bien escondida en la chaqueta de pana, apunta sin pestañear a Zenón, éste paralizado, sentado en la butaca junto a la camilla, el cara cartón dispara, el zumbido seco del silenciador llena la atmósfera del trastero y nuestro hombre queda silente, un hilo de sangre sale de la camisa, la bala certera al corazón le ha congelado el rictus, el cara cartón se incorpora, baja los párpados de Zenón y comienza a hurgar en sus bolsillos, coge las llaves del trastero, la cartera, rebaña todos los objetos del cadáver, apaga las luces y se dispone a cerrar, se olvida algo, sube a la buhardilla, baja al instante con una manta, tapa a Zenón envolviéndolo y comienza a buscar una cuerda para poder atarle, el trato era dejar preparado el bulto para cargarlo en una furgoneta, y aquel profesional cumple con eficacia su cometido. Zenón Torrecilla nunca alcanzó a saber si su final lo provocaron los dados, en ese juego circular, laberíntico, o como en la rueda del *samsara*, su vida fue el fruto de los errores o los pecados de sus ascendientes. Después del testamento, había dejado escrito, sin saber que era el colofón, un poema de su poeta favorito: *“Nuestro deseo y nuestro pensamiento / son las manos con las que otros nos guían / hacia donde ellos quieren / que nosotros deseemos”.*

XXI

La mañana es callada en el trastero; no se escucha el deambular del inquilino. Las cañerías enmudecidas, los olores casi evaporados, el viejo Denon encendido pero en silencio, el polvo reposado, las moscas muertas, la única voz que se escucha es la del tiempo a través de los relojes. El francés abre el trastero con la llave de Zenón, es temprano, pasea la estancia y contempla con detalle el escenario, mira el bulto, se sienta junto al cadáver en un acto de placer. Busca entre los discos. La *Casta Diva* emociona en un instante sublime a Evariste mientras espera a sus cómplices. Hojea el cuaderno veintiuno, busca el final, quiere leer la última escritura, lo hace despacio, intentando asimilar las últimas palabras allí escritas, toma el portaminas de plata y en el espacio en blanco del testamento, donde no existe beneficiario, escribe su nombre imitando la letra de Zenón. Evariste inclina la cabeza y se tapa el rostro con sus manos, los codos se clavan en los muslos, quiere llorar, gritar, pero no puede, se incorpora y compone su figura, el cuaderno en sus manos, arranca las dos hojas donde se extiende el testamento, se las guarda. Al momento entra el hombre del gabán y sin mediar los buenos días se dirige a Evariste "¿has cobrado el pagaré?", con esa voz cadenciosa y casi dulce que no se sabe bien si inspira ternura o miedo, la misma voz que escuchara Zenón Torrecilla desde el almacén de la calle de Toledo hablando con Marcela. El francés sin mirarle a la cara, con ese aire de superioridad de quien no da importancia a nada, "por supuesto, pero ya sabes que este dinero es para resarcirme por el escritorio destrozado. Ahora ayúdame a encontrar el resto", suben a la buhardilla sin mediar palabra, aquellos dos hombres se disponen a reventar el zulo. La tarea no es difícil, y como se puede suponer el francés en el reparto sale beneficiado. Aporrean la puerta de la calle, "baja a ver quién es, ya sabes lo que tienes que hacer, ten mucho cuidado", Matías Marzol diligente, acorta de tres zancadas los escalones, abre la puerta, y allí está ella, más elegante que nunca, apestando a perfume francés y con un cierto don de mando, ya dentro del trastero la mujer "¿dónde está Evariste?", "te espera

arriba”, taconea las viejas maderas mientras sortea las astillas del escritorio, el francés baja las escaleras, y al fondo del trastero, donde la luz se amortigua, se funden en un beso, ella le aparta con violencia, le abofetea primero la mejilla izquierda, luego la derecha con el dorso de su mano, Evariste con el gesto grave y sin mover ningún músculo de su cuerpo, mudo, y Corín arrebatada “por qué habéis empezado sin mí”, como si fuera una afirmación, el gesto tenso, y como una mantis satisfecha empuja al francés, esta vez con un ademán femenino y con la punta de sus dedos, hacia la escalera, con desprecio; suben los dos en silencio a la buhardilla. Sigue cantando la Callas, convirtiendo el trastero en escenario de una ópera decadente. Corín mirando la colección de cuadernos; “Búscame algo para guardarlos, me los llevo”, el francés resuelto dice “los tengo vendidos, no son para ti”, ella enojada “pero me prometiste que me quedaría con los cuadernos”, “no te preocupes al que se los he vendido no nos puede comprometer, ya te lo explicaré”, Corín se sienta en la cama pensativa. Matías Marzol sabedor de su cometido, pega por detrás del cristal de la puerta del trastero una cartulina *“cerrado por vacaciones”*. Del otro lado del cristal una mujer, mira al hombre del pelo graso y el gabán manchado, éste entreabre, asoma ligeramente la cabeza “¿qué desea? Está cerrado”, la pequeña mujer con voz de cazalla y cara de sueño “¿está el dueño?”, “no está, ¿no ve el cartel?, está cerrado”. La mujer da un respingo, mueve con brusquedad el bolso y se gira para seguir su camino hacia María de Molina mientras relata “él se lo pierde, aunque es verdad, creo que necesitaba unas buenas vacaciones”.

BIOGRAFÍA LITERARIA



Nace en España, en Navalmoral de la Mata (Cáceres) 1960.

Facultad de Derecho de Salamanca (1977-1981).

Máster de Administración Económico-Financiera de Empresas (1991).

Consultor de empresas y empresario (1987-2002).

• Publica su primer libro ***Atardecer***, Salamanca 1979

• Es uno de los fundadores de la revista poética ***Atril***, (1979-1980)

• ***Antología Novísimos Extremeños***, Badajoz 1980

• Miembro de la tertulia literaria “Orilla Izquierda” (1979-1984)

• Publica el segundo libro ***Repetición de la Palabra;*** Ed. Europa,

Salamanca 1983

• Publica poemas y reseñas literarias en periódicos y revistas

• ***Epítome para la sinfonía***, 1986

• ***Poemas del destierro***, 1996

• ***En la Soledad del Escriba*** (2002-2005)

• ***Poemas de la Habana***, 2006

• Colección de relatos ***La Ciudad Gris***, 2009

• Publica el tercer poemario: ***En la Soledad del Escriba (Antología 1986-2006);*** Ed. pasionporloslibros, Valencia 2010

• Publica la novela: ***El cuaderno veintiuno;*** Chiado Editorial, Lisboa 2010

• Colaborador de la revista "suite101.net", donde se pueden leer algunos de sus artículos relacionados con la cultura y los libros.

• Finalista I Certamen Internacional de Relatos "Torremocha", con el relato ***Agostinho Vieira,*** publicado en el libro ***El hombre que leía a Dumas***, Ed.Rubeo. Barcelona, 2011

• La novela inédita ***Café Bramante***, 2010

• La novela corta ***Paisajes de ceniza***, 2011

• Publica el volumen: ***La ciudad gris y otros relatos***. Chiado Editorial. Lisboa, 2011

• Autor de la obra Viaje Astral. Un libro entre la novela y la poesía, 2011

Web: carlosdetomas.es